

REPERTÓRIO

BOYACENSE

1982-83

9(861)(05)

PH

MCD 2013





REPERTORIO BOYACENSE

Organo de la Academia Boyacense de Historia

ULISES ROJAS

DIRECTORES:

RAMON C. CORREA

Presidente de la Corporación.

Secretario Perpetuo

AÑO XXXIX

República de Colombia - Departamento de Boyacá
ENERO A MARZO DE 1952

Nos. 163 a 164



1952-53

28 JUN 1952

BIBLIOTECA HISTORICA - MADRID
I. C. H.

280

Monumento al Coronel JUAN JOSE RONDON,
en Pantano de Vargas.

INDICE

	Páginas
En la muerte de José Joaquín Casas, por Rafael Azula Barrera	2407
Decreto de honores del Excelentísimo señor Presidente de la República	2411
José Joaquín Casas, por Luis Augusto Cuervo	2413
Acuerdo número 6 de 1951, por el cual se honra la memoria del doctor Casas	2416
Inauguración de la placa conmemorativa del IV Centenario de Santo Domingo de Tunja, por Ignacio A. Vargas Torres	2417
Los padres dominicanos en Boyacá, por Ramón C. Correa	2425
Discurso pronunciado por el doctor Humberto Plazas Olarte en la inauguración del busto del doctor Santiago F. Losada, en Sogamoso	2440
Informe rendido por el Secretario de la Academia Boyacense de Historia señor don Ramón C. Correa, en la Sesión Solemne del 12 de octubre de 1951	2446
Discurso pronunciado en la Sesión Solemne del 12 de octubre de 1951 por el H. S. Maestro don Luis Alberto Acuña	2462
Centro de Historia de Santa Marta	2467
Dos fundaciones en tierra firme, Santa Marta y Tunja, por Constantino Martínez Villamarín	2469
Discurso pronunciado en la Sesión Solemne del 6 de agosto de 1951 por la señora Elvira Sarmiento de Quiñones	2485
Al Convento de Santo Domingo de Tunja en su Cuarto Centenario-Epopeya, por Fray Luis Ramón Miranda C., O. P.	2491
Informe que rinde a la Academia Boyacense de Historia, el Jurado Calificador del Concurso sobre temas de historia, correspondiente al año de 1951	2500
Polívar, el Genio, por Eduardo Gómez Patarroyo	2503
Hunzahúa, Fundador Chibcha de Tunja, por Julio Roberto Galindo	2520
Raza Negra, por Manuel Guzmán Izquierdo	2524
Proposiciones aprobadas en la Sesión Solemne del 12 de octubre de 1951	2527

Faint, illegible text or markings in the center of the page, possibly bleed-through from the reverse side.



Señor doctor don

ALFONSO PATIÑO ROSELLI,

Gobernador de Boyacá y Presidente Honorario de la
Academia Boyacense de Historia, según el inciso
a) capítulo IV del Reglamento de esta corporación
patriótica.

REPERTORIO BOYACENSE

Organo de la Academia Boyacense de Historia

ULISES ROJAS

DIRECTORES:

RAMON C. CORREA

Presidentes de la Corporación.

Secretario Perpetuo

AÑO XXXIX

República de Colombia - Departamento de Boyacá
ENERO A MARZO DE 1952

Nos. 163 a 164

En la muerte de José Joaquín Casas

En el sepelio del maestro José Joaquín Casas, en nombre del gobierno nacional, el ministro de educación, doctor Rafael Azula Barrera, pronunció el discurso cuyo texto, se transcribe a continuación:

Señores:

El Gobierno de la República, como fiel personero del sentimiento colectivo, me ha confiado el honor altísimo de expresar, desde esta tribuna, a nombre de los poderes del Estado, el dolor que embarga a la Nación con motivo del fallecimiento de don José Joaquín Casas, insigne ciudadano cuya desaparición enluta a la patria. Y cumplo este deber con la emoción que suscita el espectáculo impresionante de una maravillosa vida de selección evaporada por la muerte cuando ya la propia historia de Colombia se había adelantado a comunicar a sus patrios rasgos biográficos el sello inconfundible de las consagraciones supremas.

Porque el señor Casas, a la usanza de los patriarcas bíblicos, envejecidos como la encina familiar que congregó a su alrededor florestas y razas, pudo medir, en su gloriosa ancianidad, su propia talla histórica a través del tributo que le rendían generaciones sucesivas para las cuales llegó a simbolizar el sentido clásico de la patria y el número y grandeza de sus tradiciones inmortales.

Pocas figuras como la suya recelan tan nobles resonancias de un pasado armonioso en cuyo espejo, aliviado ya del vaho trágico con que pudo empañarlo una tempestad transitoria, se vuelve a mirar de nuevo la República en la medida exacta de su imagen, dibujada a perpetuidad por su genio creador sobre la roca de los tiempos.

Perteneció, en efecto, el señor Casas a la generación que le correspondió en suerte reanudar el hilo de la historia boli-

variana, roto por la anarquía que desató la segunda mitad de nuestro siglo XIX. Hijo de un educador eminente había recibido de su ilustre padre la formación intelectual básica que determinó su conducta e inspiró su vocación pedagógica. Nacido en uno de esos hogares tradicionales de Colombia, bien cortados a la española, que en nuestra lírica provincia, aún permanecen como auténtico testimonio de lo que pudo el imperio de la cristiana civilización ibérica, al fundar costumbres que siguen nutriendo persistentemente la raíz de la estirpe, supo conciliar, desde la infancia, el culto del solar hispano con la adhesión ardorosa y casi romántica hacia los valores nativos. Por eso en él "lo español" no era una actitud postiza, ni aparecía como trasunto exótico de tiempos abolidos, sino la conducta ajustada a la exigente concepción filosófica de quien sabe que la patria no es la caótica improvisación de todos los días, sino el desenvolvimiento armonioso de una espiral metódica que arranca, como la sinfonía, del primer impulso orquestal hasta convertirse en una vasta jerarquía de sonidos donde cada nota responde, con su resonancia, a esa necesidad orgánica de las cosas eternas que instalan su clara arquitectura en los dominios del arte y en el ámbito de los siglos.

Fue un ortodoxo. Ninguna definición más acorde con su temperamento y con su índole. Era un retrato viviente de emoción clásica si por tal ha de entenderse el acomodamiento tranquilo del espíritu a normas consagradas por la experiencia y la dogmática. Las ideas le imprimieron carácter. La raíz de los principios, en que creyó siempre, llegaba hasta su propio corazón para que el río de la sangre los bañara con su fresca oleada de elación mística. La época atormentada y convulsa en que le tocó actuar, desde encumbradas posiciones, exigía, además aquella decisión inquebrantable de altivos y nerviosos cristianos encargados de reconstruir, a botes de pluma y de lanza, la república creada por Bolívar y que, como una tela de Penépole, era hecha y rehecha todos los días, dentro de una labor interminable en que el rencor anárquico de las guerras civiles destruía, en pocos instantes, lo que la fé fabricaba en tensa vigilia. Enamorados de la obra del Padre de la Patria los hombres de aquel tiempo cumplieron su misión de articular de nuevo el estado dentro de las normas imperecederas que trazó el genio y que, en más de cincuenta años de paz, le han devuelto a Colombia la conciencia de su destino histórico. Verdaderos arquitectos de patrias, educados en las más severas disciplinas de la inteligencia y del espíritu, pudiera decirse que fundaron de nuevo la nacionalidad afirmando las bases de sus instituciones y costumbres. Cuanto hoy poseemos de esencial como demo-

cracia cristiana, procede de aquellos varones ejemplares que en la Academia, en la cátedra, en el Gobierno y en la azarosa línea de las responsabilidades heroicas nos rescataron la república. Los robustos cimientos que resistieron la catástrofe, a que en años recientes nos precipitó la locura, constituyen sobrado testimonio de la atlética empresa.

Fue el señor Casas hombre de letras y lo fue en grado eminente. Su nombre aparece vinculado a la parte esencial de nuestro patrimonio literario de pueblo culto. Continúa la tradición humanística de Cuervo, de Caro, de Suárez, de Ortiz, de Gómez Restrepo, de nuestros latinistas y gramáticos que ganaron para Colombia el cetro de los estudios filológicos de todo el continente. Labraba el idioma con la pericia del Siglo Cervantino y la inspiración de los Luises parecía afluir a su pluma para darle al estilo la donosura y el encanto de las edades clásicas. Sin embargo el clasicismo, que era orgánica razón de su prosa, no lo extravió jamás por las sendas del amaneramiento arcaizante y de la hinchada cláusula impresionista que siempre fue disfraz retórico de los simuladores de cultura. Conocía minuciosamente los secretos del habla y sus imágenes tienen, por eso, la dignidad tranquila de las puras esencias. En su poesía aflora el primor de las cosas elementales y cuando se acerca amorosamente a la tierra para envolver su ambiente en la transparencia del verso, su fuerza lírica, doblada de humor y de ternura, adquiere, entonces, la pintoresca variedad del paisaje. La copla perdida en las encrucijadas de la montaña, sollozando en el hueco de la guitarra promesera el bambuco de una pena distante; la niebla que cubre, como el manto de las vírgenes pueblerinas, la eglogica parvedad de la aldea; las dulzuras del hogar campesino donde el tema vernáculo sirve al poeta para remontarse, en alas de su inspiración religiosa, a angélicas alturas vinculando el destino de las pobres criaturas y las humildes bestezuelas al conjuro de divinos designios; la patria que vibra en el arado, en la querencia rústica en la fábula del río comarcano; en el sencillo y tosco romance y en el tímido coloquio de los amantes. Y, por sobre todo, la fe ardiente, cargada de vehemencia teológica, que busca encontrar a Dios, como Santa Teresa hasta en el vaho del asado o quiere descubrirlo, con la frescura de Fray Luis de León en la queja del árbol trasplantado que siente "nostalgia de su bosque y de su río".

Mas todos estos múltiples aspectos de su personalidad seductora son tan sólo facetas luminosas de un bello prisma: su irrevocable vocación pedagógica. Don José Joaquín Casas fue por definición el maestro. El cual, si bien se observa su complejo mesiánico, tiene un poco de poeta y de hombre de estado,

tanto por su capacidad lancinante para herir con flecha lírica las sensibilidades en flor, como por su visión profética de los tiempos venturos para estructurar patrias mejores. El magisterio socrático es por eso un diálogo poético a la vez que un alumbramiento; esa lenta y dolorosa gestación del espíritu que trabaja sobre la esperanza de un destino más alto. Esta superación de sí mismo, que horada con generosidad en el presente los caminos del porvenir, es la que fija al magisterio su condición de apostolado y lo hace digno de la veneración de los pueblos. No se puede llegar allí con las sórdidas manos de la codicia; ni como supremo recurso compensatorio del vencimiento humano, ni con el corazón estrujado por la violencia corruptora. Es preciso una suma de austeridad y de heroísmo, un paciente acopio de virtudes que no alcanza el común de los mortales, pero que las naciones requieren de sus preceptores para construir su auténtica grandeza sobre graníticos cimientos.

Porque fuiste, oh conductor! arquitecto feliz de la nueva patria que surgió de la hornaza de nuestras contiendas civiles y afirmaste con tu carácter el respeto a las instituciones cristianas que nos rigen, hoy venimos a escoltar tu obra y tus hechos. Porque tu vida, oh maestro! la consagraste con dedicación amorosa, al cuidado de la niñez y de la juventud para formar auténticos ciudadanos de bien en la república, honramos tu memoria. Porque tus virtudes de varón ejemplar, de amigo fiel, de padre amantísimo, oh inolvidable caballero cristiano, permanecen enhiestas como unidad de medida de nuestros actos, evocamos tu nombre. Porque tu fe en Colombia, oh patriota insigne, fue más grande que tu infortunio y la serviste con inteligencia de amor, acudiremos presurosos a tu sepulcro cuando la voluntad enflaquezca o cuando sea preciso, como cantó el poeta, consultar oráculos más altos que nuestro propio duelo.

Mientras vivamos recordaremos siempre tu esbelta silueta de patricio, escapado de un cuadro del Greco o de Velásquez, la frente amplia y viril bajo su corona de nieve y la pesada capa española ciñendo tu cuerpo en bronceos pliegues de estatua. Tu muerte, como la del Conde de Orgaz, merecería ser fijada para la eternidad por los mismos dedos febriles que iluminaron un día la tela incomparable dentro de ese bosque de piedras metafísicas que es el recinto de Toledo. Curvadas sobre tí las figuras beatíficas que presidieron tu agonía y al fondo el coro de sombras inmortales que pueblan nuestra historia. En la alta jerarquía de la escena, libre ya de las miserias de la carne perecedera, el prodigio de las formas bienaventuradas y eternas donde el reino de Dios abre para su espíritu la fuente viva de la Sabiduría y los piélagos infinitos del Amor insondable.

Decreto de Honores

EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA DE COLOMBIA,

en uso de sus atribuciones legales y considerando: que en el día de hoy falleció el eminente ciudadano y hombre público señor doctor don José Joaquín Casas, jurista, escritor, académico y poeta, cuya obra ennoblece las ciencias y las letras colombianas; que el señor doctor Casas fue durante muchos años de vida abnegada educador de las juventudes colombianas, a las que supo infundir acendradas nociones de patria y cultura cristiana; que en diversas épocas ejerció altos cargos nacionales, tales como Primer Designado a la Presidencia de la República, ministro de relaciones exteriores, de guerra y de educación nacional, presidente del consejo de estado y senador y representante en varias legislaturas; que en todos los actos de su vida pública y privada el doctor José Joaquín Casas se guió por las más puras normas de patriotismo y del desinteresado servicio a la república;

DECRETA:

ARTICULO PRIMERO. — El gobierno nacional lamenta el fallecimiento del eminente hombre público, señor doctor José Joaquín Casas, honra su memoria como la de uno de los más preclaros varones de Colombia y ofrece su meritoria vida como digna de ser imitada en todos los tiempos.

ARTICULO SEGUNDO. — El día del entierro y en señal de duelo la Bandera Nacional permanecerá izada a media hasta en todos los edificios del estado.

ARTICULO TERCERO. — En el cementerio, durante las exequias del doctor Casas y a nombre del Gobierno Nacional, llevará la palabra el señor Ministro de Educación.

ARTICULO CUARTO. — Durante las exequias del doctor Casas, las tropas de la Guarnición de Bogotá, le rendirán los honores correspondientes a su alta jerarquía.

ARTICULO QUINTO. — Sendos retratos al óleo del doctor Casas serán colocados en el consejo de Estado y en la biblioteca nacional.

ARTICULO SEXTO. — Por intermedio del Ministro de Educación, el gobierno nacional editará las obras completas de doctor José Joaquín Casas.

ARTICULO SEPTIMO. — Los gastos del sepelio serán por cuenta del tesoro público.

ARTICULO OCTAVO. — El gobierno nacional hará los traslados presupuestales necesarios para la ejecución de las obras y trabajos ordenados en el presente decreto.

ARTICULO NOVENO. — En notas de estilo, copias de este decreto serán enviadas a la familia del extinto, al concejo municipal de Chiquinquirá, al consejo de estado y a las Academias Colombianas de Historia y de la Lengua.

Comuníquese y publíquese.

José Joaquín Casas

El ilustre historiador y literato nacional, doctor Luis Augusto Cuervo, pronunció el siguiente discurso en el cementerio central de Bogotá, ante el cadáver del gran poeta José Joaquín Casas.

Las Academias Colombianas de la Lengua, de la Historia, y de Ciencias Exactas, me han nombrado su vocero en esta despedida. De la primera fue el doctor Casas hasta el día de ayer su Director; a la segunda la fundó en 1902 y acababa de aceptar la máxima gratitud con el nombramiento de Presidente honorario para la conmemoración cincuentenaria de aquella fecha; la tercera recibió su soplo vivificador en 1933. Días de inquietud y de angustia agobiaron esas corporaciones durante la enfermedad del patricio, hasta que la muerte trajo la serenidad de lo irremediable. Mis palabras serán breves y hondas como salidas del alma, porque el elogio completo debe hacerse, no aquí, sino en los Institutos que él alentó y prosperó en sesiones públicas extraordinarias.

Al abrirse el puñado de tierra para recibir a José Joaquín Casas, parece que es la Patria misma que extiende los brazos para acoger al hijo que por muchos lustros le dió gloria y prestancia, que la cantó con altivo orgullo de sangre y que la sirvió como hidalgo y cristiano de raza, como hombre de bien y como paradigma de virtudes y talentos.

Ese fue el doctor Casas. La democracia lo llevó a los más altos puestos de la República y en todos ellos dejó la huella de su decoro, de su dignidad, del elevado concepto que tenía de la responsabilidad histórica. Lo que dijo y lo que hizo en culto a sus ideales de lucha tuvo la consagración de la sinceridad y por eso su nombre, que un día fue hito de vientos contrarios y de opuestas opiniones, recibió siempre el respeto de la nación, el amor de los de su propia estirpe política y el silencioso homenaje de los que veían en su vida un templado carácter, un proceder recto y un camino abierto en todo instante al servicio de Dios y de la Patria. Sus actos como hombre público imitaron la fortaleza de los aceros toledanos, que otrora empuñaron sus progenitores espirituales desde los lienzos del Greco en el entierro del conde Orgaz y en el caballero de la mano al pecho,

pero también copiaron la dúctil flexibilidad de las reverencias cortesanas que fueron patrimonio de los nobles castellaons en el siglo de oro de las armas y las letras. Y sin embargo, no fue la política como arte de gobernar y como manifestación de legislador, el campo de mayores predilecciones suyas en el movimiento de su mente y en el derrotero anímico de su vida interior. Sobre estas simpatías de su pensamiento y estos deberes de patriota, está su obra literaria como orador y polemista, como crítico y como pedagogo, como apologista cristiano y como poeta que interpretó mejor que ninguno otro la tradición española de la lengua y la propia autonomía de la lírica popular colombiana. Fue el cantor de los pobres y de los humildes, de las chozas campesinas y del paisaje regional, del ambiente terrígeno que interpreta una modalidad de la raza o una tendencia social específicamente nuestra. Sus versos quedan grabados en el corazón, cuando ese corazón sabe amar la tierra, comprende a sus hijos y lleva muy adentro la raíz de sus principios religiosos. Sus estrofas salen del alma y llegan a ella sin complicaciones métricas, como manantial que brota purísimo en la selva cuajada de aves y de flores y se riega por las llanuras de la Patria, por sus montañas y picachos, para fertilizar la propia savia del suelo que hicieron nuestro los Libertadores. Grande más que en toda otra actividad humana fue en ésta de la poesía el doctor Casas, porque él, que era nieto de valientes adalides de Castilla, que llevaba en sus venas jugos magníficos ultramarinos que en su figura y en sus modales, hasta en el habla cotidiana, recordaba todo lo bueno del hidalgo manchego y lo más puro y rico del romancero clásico, jamás olvidó el terruño natal y nunca dejó de admirar y de querer al pueblo en sus costumbres raciales, en su mística sencilla y en sus emociones tímidas ante el dolor o bulliciosas en las horas fugaces de extrañas alegrías.

Vida ejemplar ésta que hoy termina su ruta terrestre para descansar en el seno de su Creador. Claro varón de España y de América, pronto su gloria recibirá la consagración definitiva. Patriarca de las letras nacionales, patriarca de la República y patriarca del hogar, José Joaquín Casas muere cuando ya había cumplido con todos sus deberes de ciudadano de Colombia. Sus hijos honran los merecimientos del padre y en torno suyo, en la vida y en la muerte, se mueven las más preciadas virtudes cristianas y con ellas todos los atributos de la sabiduría en las artes y en las ciencias.

Se fué el doctor Casas en vísperas de la conmemoración de la fiesta de la Raza. El 12 de octubre tendrá ahora entre nosotros un vacío muy difícil de llenar, y el Almirante del mar

océano al divisar las brumas del Nuevo Mundo verá este año que en la nave capitana falta un soldado, el que hablaba mejor la lengua de Castilla, el de más dulce corazón y más suave coraje, el amigo y consejero inigualable, el cristiano viejo y tenaz, el caballero de Isabel la Católica y el cruzado mayor de las tres virtudes teologales.

Hace mucho tiempo, casi siete lustros, oí recitar al doctor Casas unas coplas que él llamaba tristes y que después se publicaron en "El Literario" de Diego Uribe. No he podido olvidar ésta:

“Cómo lloran las campanas
por tantos que alegres ví!
Esas que lloran por otros,
también llorarán por mí!”.

Las campanas que escuchó el poeta hoy cumplen el fúnebre presagio. Suenan en el alma de todo el pueblo colombiano porque murió un ciudadano eminente, un gran patriota, el auténtico cantor de la raza y de su credo. Son ahora tañidos de dolor, que al remontarse a las alturas anuncian el Aleluya de una bienaventuranza perdurable. Descanse en paz el cuerpo de José Joaquín Casas y goce su espíritu del premio que ganaron sus virtudes.

LUIS AUGUSTO CUERVO.

Acuerdo número 6 de 1951

(Octubre 8),

por el cual se honra la memoria de un ilustre acedémico.

LA ACADEMIA BOYACENSE DE HISTORIA,

en uso de sus atribuciones, y,

CONSIDERANDO:

Que en el día de hoy dejó de existir en la ciudad de Bogotá el señor doctor don *José Joaquín Casas Castañeda*, nobilísimo y preclaro boyacense;

Que entre los muchos merecimientos y títulos de que gozaba el insigne desaparecido están el de haber sido Miembro Correspondiente de esta Corporación y Fundador de la Academia Colombiana de Historia;

Que su muerte cubre de luto la Patria Colombiana que veía en este varón eminente a uno de sus más auténtimos representantes en el campo de las ciencias y las letras, y,

Que su memoria es digna de la mayor veneración y respeto y su vida ejemplo de virtud y patriotismo,

ACUERDA:

Lamentar profundamente la muerte del ilustre patricio y académico señor doctor don José Joaquín Casas Castañeda y presentar su vida como un ejemplo a las generaciones colombianas.

Enviar una comisión del seno de la Academia para que asista a los funerales del doctor Casas Castañeda y presentar a su distinguida familia, en nombre del Instituto, su más sentida condolencia.

Este Acuerdo en nota de estilo será enviado a los parientes del extinto, a la Academia Colombiana de Historia, a la ciudad de Chiquinquirá y publicado en El Repertorio Boyacense, órgano de la Corporación.

Dado en Tunja, en el Salón de la Academia, a 8 de octubre de 1951.

El Presidente, ULISES ROJAS.

El Secretario, *Ramón C. Correa*.

Inauguración de la Placa Conmemorativa del IV Centenario de Santo Domingo

Discurso del Académico Ilmo. Sr. Canónigo
doctor Ignacio A. Vargas Torres.

Excelentísimo Sr. Obispo, señor Gobernador, señores:

La Academia de Historia de Tunja no podía permanecer indiferente a la conmemoración del cuarto centenario de la erección canónica del Convento de Padres Dominicanos, que con el título del Santo Fundador y bajo el vicariato del R. Padre General Fray José de Robles, y como primer Prior Fray Francisco López Camacho, quedó definitivamente establecido el día cuatro de agosto de 1551 en esta ínclita ciudad.

Designado por la Presidencia de la ilustre Academia, y en mi condición de miembro de la Tercera Orden Dominicana, a la cual tengo el honor de pertenecer, vengo a pronunciar unas breves frases en homenaje a la benemérita institución, que hace cuatro siglos plantó por vez primera sus toldos de campaña en este privilegiado suelo boyacense, para reflejar sobre estas dilatadas comarcas los fúlgidos rayos de su sabiduría y su celo, para esparcir la prolífera cimiento del Evangelio, para arrancar al enemigo de Cristo las almas que tenía aherrojadas con la ignorancia y el pecado, para ilustrar las inteligencias con la luz indeficiente de la fe y de la ciencia, para atraer con sus oraciones y mortificaciones el fecundante rocío de la gracia sobre estos pueblos sentados en las sombras de la muerte, en una palabra, para dar gloria a Dios, paz a las almas, brillo a la Iglesia, lustre, esplendor y triunfo a este nuevo mundo, que la fe y la constancia y el genio del almirante genovés, acababa de arrancar al misterio.

Para cumplir la honrosa comisión que se me ha confiado, me propongo echar una rápida mirada sobre algunos siquiera de los principales luminares que han brillado con luz propia en la constelación dominicana, y han proyectado los rayos de su virtud y de su ciencia sobre la historia de la humanidad y sobre nuestra patria, para despertar y acrecentar con estos recuerdos más y más nuestra admiración, y estimular y avivar nuestro agradecimiento para con los ilustres hijos de la gloriosa comunidad, que desde su aparición en el mundo ha llevado la antorcha de la fe y la llama

de la caridad, que preludió en simbólica visión el nacimiento del Patriarca, de un confín al otro de la tierra.

Para el celo ardiente y apostólico del gran paladín de la fé y portanestandarte de la virtud y de la ciencia en la Edad Media, **Santo Domingo de Guzmán**, no era suficiente el trabajo personal que se había impuesto, empleando todos sus talentos y energías en glorificar a Dios y ganarle almas, purificar las costumbres y combatir los errores y pulverizar las herejías, sino que a semejanza del Divino Maestro quiso perpetuar su obra al través de los siglos, y quiso que hubiera otros espíritus abnegados y otras almas templadas al calor de ese mismo fuego, que renunciando a los halagos del mundo y a las vanidades de la tierra se consagraran como él a atesorar riquezas en el cielo, con la palabra y con las obras, *ore et manu*. De aquí surgió la redentora idea de fundar la insigne y benemérita Orden, ocho veces secular, de los padres dominicanos, que para usar la frase bíblica, cual árbol gigantesco ha sido elevado como el cedro sobre el Líbano, y como un majestuoso ciprés ha sido colocado en el monte santo de Sión, que ha extendido la frondosidad de su ramaje por toda la redondez de la tierra, y sus ramas y sus frutos están llenos de majestad y de hermosura.

Si es cierto, como dicen las sagradas letras que el árbol se conoce por sus frutos; qué deberemos pensar de ese árbol nacido del corazón de Domingo, y plantado, en expresión del salmista, *secus decursus aquarum*, a orillas de la fuente misma de la gracia, María; *quod fructum suum dabit in tempore suo*, que siempre ha dado en tiempo oportuno los mejores frutos, y en donde han encontrado albergue las más canoras aves que han surcado los cielos de la filosofía y de la teología, de las ciencias sagradas y profanas?

Convertir la ciencia en instrumento de verdad, transfigurándola por la caridad y reparándola por la pureza para ponerla al servicio del apostolado; hé aquí cómo describe maravillosamente un autor la síntesis armónica de esta portentosa Orden Dominicana.

Temeraria pretensión sería, querer enumerar siquiera, ese glorioso ejército de apóstoles, de confesores y de mártires; de teólogos, de filósofos y artistas, de escritores, juristas, oradores y poetas; en una palabra, de sabios y de santos que han hecho la primera de las Ordenes Mendicantes, que han llenado de gloria las páginas de la historia, y que han obligado a exclamar con razón, al ilustre Balmes: "Si Santo Domingo no hubiese sido un santo, y la Iglesia no lo hubiese puesto en sus altares, el mundo agradecido tendría que levantarle una estatua".

Al echar una ojeada en los anales de la Orden, no se puede menos de exclamar con el inspirado Profeta del Apocalipsis: *Vidi turbam magnam quam dinumerare nemo poterat*; porque quién podrá en efecto, contar las estrellas que brillan en el cielo y las perlas que se ocultan en el fondo del mar? Decidme, qué Orden será aquella que cuenta entre sus hijos, santos capaces de salvar con su oración y penitencia a la Iglesia, de la terrible invasión musulmana, y dar milagrosamente en Lepanto el triunfo a las armas cristianas como S. Pío V? Sabios tan universales como aquel de quien se ha dicho que pareció haber llegado a los confines de la ciencia humana, San Alberto Magno? Teólogos y filósofos como aquel esplendoroso sol de Aquino, cuyo mérito es inútil que yo os lo encarrezca, pues lo pregonan siete siglos y toda la Iglesia, cuya apoteosis no ha tenido igual entre los hombres, y para decirlo de una vez, el último grado a donde puede llegar la inteligencia humana? *Tolle Thoman*, dijo significativamente Bucero, *et dissipabo Ecclesiam*. Quitad a Tomás viviendo en sus obras y en sus discípulos, y disiparé la Iglesia. Dónde buscar un misionero que supere en celo a uno de los más grandes santos que hayan pisado la tierra de Colón como San Luis Beltrán? Qué artista ha superado a Fr. Angélico, cuyas obras resaltan en los mejores museos del mundo? Dónde encontrar juristas e historiadores como San Raimundo de Peñafort y San Antonio de Florencia, quienes metodizaron el estudio de las Sagradas Escrituras con las Concordancias, y el Derecho Canónico en el *Corpus Juris*? Y quién puede competir en ciencias jurídicas con el erudito Padre Francisco de Vitoria, cuya obra de la defensa de los derechos de los indígenas sobre sus tierras y su libertad personal es considerada como que marca el punto de partida del derecho de gentes, que se adelantó a los mejores internacionalistas, y que fue, en concepto de un ilustre diplomático, el precursor de una verdadera unión universal de naciones, sobre firmes principios de igualdad y de respeto a los derechos de todos los pueblos, cualquiera que sea su grado de civilización?

Y dónde iremos a buscar los modelos de la elocuencia sagrada, sino en la Orden por excelencia de los Predicadores, de quien son honra y prez entre otros muchos, los dulcísimos e inagotables Beatos Jordán y Reginaldo, verdaderos heraldos del Evangelio, que cautivaron a sus oyentes con su palabra y cuya fama aún guarda la historia? San Vicente Ferrer, de cuyos labios brotó, dice un escritor, la palabra más prodigiosa y elocuente que jamás se ha oído, y los Sotos y Billuart y Besson y el insuperable Padre Granada, llamado con razón el Crisóstomo de la Iglesia latina, el Cicerón español cristiano, de cuya elocuencia inimitable están dando testimonio sus admirables obras, citadas en todas las antolo-

gías como modelo de galanura en el bien decir?

Y en los tiempos modernos, quién no sabe que en la gran metrópoli del mundo, en la Basílica de Nuestra Señora de París, han conquistado ellos la hegemonía, y quién no se ha deleitado con esa brillante serie de conferencias que comenzó con el príncipe de los oradores sagrados Lacordaire, sin rival en su tiempo, y que luego continuaron gloriosamente los elocuentísimos Monsabré, Olivier y Didón hasta el Padre Janvier, a quien varios colombianos tuvimos la fortuna de oír hace algunos años en el Congreso Universal Eucarístico de Lourdes, el más aplaudido entre los insignes oradores que ocuparon aquella alta tribuna?

Y no quiero hablaros, para no alargarme demasiado, de esas hermosas y perfumadas flores que como Santa Catalina de Sena, reputada como la primera diplomática de su siglo, las Ineses, las Imeldas y las Rosas de Lima, Patrona de América, cuya fiesta celebra hoy la Iglesia, embalsamaron el jardín de la Esposa de Cristo con la fragancia de sus exquisitas virtudes, y escribieron bellas páginas en el calendario de la Iglesia, y trazaron a su paso estelas luminosas que han señalado el camino de la perfección a otras almas escogidas?

Pero no creáis que solamente en los grandes centros como en la ciudad Luz, y en la capital del mundo católico, (donde, dicho sea de paso, les han confiado los más altos cargos, como Maestros del Sacro Palacio o Teólogos del Papa que por derecho les corresponde), despliegan su apostólico celo los hijos de Domingo; sino que, como misioneros, han acudido los primeros a llevar la luz del Evangelio y a derramar su sangre por predicar la doctrina de Jesucristo. Y para no hablaros sino de lo que a nuestra Patria se refiere, decidme: hay nombres acreedores a nuestra sincera gratitud y a la gratitud nacional, no son por ventura el de un Fr. Diego de Deza, el principal animador en la atrevida empresa de Colón, el de un San Luis Beltrán, y el de un Fr. Bartolomé de las Casas, o el de un Fr. Cristóbal de Torres, fundador del Colegio del Rosario, en donde como en el de San Bartolomé se modelaron los principales forjadores de nuestra nacionalidad?

Quién celebró la primera misa en nuestra Patria? Quién fundó el primer colegio? Quién defendió con más empeño la libertad y la justicia de nuestros aborígenes? Y quiénes, finalmente, han defendido, aun a costa de su vida, esa Imagen querida de la Reina de Colombia que la misma Virgen sacrosanta quiso confiar a sus predilectos hijos, los predicadores del Rosario?

Bien sabéis señores, que entre todas las instituciones religiosas que han nacido del seno fecundo de la Iglesia Católica, una de las que con mayor fervor, desinterés y abnegación realizó el mandato de Jesucristo *Ite docete omnes gentes*, fue la ínclita Orden del Patriarca de Guzmán, que después de haber salvado a la Iglesia en el viejo mundo, en diversas ocasiones, contra los ataques de los enemigos, contra las persecuciones y herejías, y de haber hecho tremolar victorioso el estandarte de Cristo y el oriflama Mariano del Santísimo Rosario, se alistaron los primeros en esas nuevas y atrevidas cruzadas en que iban a conquistar para Dios un nuevo mundo y ganar para la Iglesia innumerables almas.

Hé aquí por qué, entre los uniformes y arreos militares de los primeros conquistadores que arribaron a nuestras playas, se destacaba ya el blanco sayal de los hijos de Guzmán, como un símbolo de paz, de concordia y de amor.

A diferencia de algunos de sus conmlitones, como lo insinúa el Apóstol, venían revestidos tan sólo con la armadura de la fe y con el escudo de la buena voluntad, y con las invictas armas de la Cruz y el Rosario, dispuestos a sacrificarlo todo, aún la misma vida, en aras de la caridad, del anhelo por la gloria de Dios y la salvación de sus hermanos que también redimidos con la Sangre de Cristo. Veinte frailes dominicos acompañaron a Colón en su tercer viaje al nuevo mundo, bajo la dirección del apostólico misionero Fray Tomás Ortiz en el año de 1529; y primero en las costas del Caribe y luego en las demás regiones del país, estuvieron ejercitando su misión de apóstoles, con ese celo y esa abnegación heroicos que sólo pueden nacer de un corazón abrasado en amor a Dios y de un aprecio sobrenatural por la conquista de las almas.

Fueron ellos los primeros que purificaron con las aguas lustrales del bautismo a los naturales de estas tribus salvajes, y los primeros que encendieron en sus mentes la antorcha de la fe y la luz divina de las enseñanzas de Cristo.

En la expedición de Quesada al interior del país hacia 1536 al frente de ese puñado de valientes venía el nunca bien ponderado Padre Domingo de las Casas, que con su palabra inflamada y con sus heroicos ejemplos de virtud y santidad templó el ánimo de sus compañeros, levantó sus casi exhaustas fuerzas y les comunicó valor y energía hasta llegar a coronar estas alturas y plantar el lábaro victorioso de Cristo en los inaccesibles dominios de los Zaques y de los Zipas.

El P. Pedro Durán, insigne entre sus correligionarios por su abnegación y por su celo, tuvo la gloria de catequizar y convertir y bautizar tanto al sumo sacerdote de Sugamuxi, como al último de los soberanos de Tunja, cuyo sacrificio nunca dejó de lamentar.

Entre esa brillante nómina de religiosos misioneros, que desafiando todos los peligros, y sobreponiéndose a toda las inclemencias llegaron a estas ignotas altiplanicies, hay un nombre que debiera grabarse con áureos caracteres en las crónicas de Tunja: el R. P. Fr. José de Robles, no menos distinguido por su virtud que por su ilustración y su talento. A los desvelos y trabajos de este benemérito hijo epónimo del Patriarca de Guzmán, se debió la fundación oficial canónica, en esta ciudad, del primer convento dominicano, que realizó en su carácter de Vicario General de la Orden, con asistencia del Cabildo, con el beneplácito de las autoridades y con universal regocijo de todos los pobladores, según rezan las crónicas.

"En agosto de 1551, dice un ilustre historiador dominicano, haciendo uso de las facultades delegadas por el Rdo. Padre General de la Orden y con la licencias concedidas por el Emperador Carlos V, para satisfacer los piadosos deseos de los tunjanos, fundó nuestro convento de esta ciudad, bajo el patrocinio de nuestro mismo Santo Patriarca, dándole inmediatamente Prior y asignándole el personal necesario y requerido para constituir Convento formal, según los privilegios concedidos por la Santa Sede para las provincias de América". Acreedores a nuestra eterna gratitud son todos los primeros fundadores de nuestro convento que fueron las piedras sillares bajo cuya égida creció y se robusteció llegando a ocupar el segundo puesto, por su excepcional importancia en toda la provincia".

El primer convento y la primera iglesia, según el citado historiador, los edificaron donde está actualmente el Panóptico, en terreno que para el efecto les donó el Cabildo; bien pronto resolvieron trasladarlo a otro sitio, y finalmente en 1559 lo fijaron definitivamente en donde hasta hace pocos años residió el Palacio de Justicia, y del cual fueron despojados por disposiciones de todos conocidas, en el año de 1861.

De este importante centro de operaciones, o más bien desde este cenáculo de Apóstoles, taller y fragua de abnegados y virtuosos misioneros, salieron los discípulos de Domingo a evangelizar las comarcas de infieles, a fundar centros parroquiales y catequísticos, desafiando peligros y retando a la muerte, sometiéndose a un sinnúmero de privaciones, no sólo en los lugares que hoy forman nuestro departamento sino hasta en los Santanderes y en las vastas llanuras que bañan las aguas del Meta y del Orinoco.

Larga sería la lista de los religiosos que iluminaron con su ciencia y santificaron con sus virtudes esos claustros venerandos, que por muchos años han venido dando gloria a Dios, honor a la Iglesia, paz a las almas e incremento y estímulo a la civilización

cristiana. A su celo, a su abnegación y a su espíritu de progreso, se deben en lo material, además de estos dos hermosos y elegantes edificios que contemplamos a uno y a otro lado del suntuoso templo, la bellísima capilla del Rosario, verdadera joya de arte, admiración y pasmo de cuantos la visitan, nacionales y extranjeros y que constituye un lujo en la ciudad de los blasones.

En un oscuro rincón de la casa que hoy ocupa el nuevo convento, como si dijéramos en una nueva y humilde cueva de Belén, quiso la Madre de Dios que tuviera origen el lienzo milagroso de su imagen, renovada más tarde, y colocada luego en el santuario de Chiquinquirá, desde donde vela como Reina Soberana sobre los destinos de Colombia, pero cuyo nacimiento tuvo lugar, repito, en esta legendaria ciudad que ha sido visitada por Ella en varias solemnes ocasiones, y a quien bien pudiéramos saludar con las palabras del Divino Dante:

In te misericordia, in te pietate,
In te magnificenza, in te s'aduna
Quantunque in creatura e di bontatè.

Habría de sobra materia para escribir un libro si se quisieran dar a conocer las biografías y los hechos históricos trascendentales de los ilustres hijos del Patriarca, que han desfilado por los claustros venerandos del convento de Tunja; literatos, filósofos, teólogos, historiadores, catedráticos, escritores, prelados y maestros, y bien podría afirmarse que por él pasaron los más egregios religiosos que han dado lustre y nombre a la gloriosa comunidad dominicana en nuestra patria, desde los primeros misioneros que con Montemayor y Durán catequizaron a nuestros aborígenes y a quienes se deben las primeras escuelas y los primeros planteles de enseñanza primaria, hasta los que en esta misma ciudad regentaron la primera universidad del Nuevo Reino de Granada.

Y aquí vienen bien las palabras de un ilustre escritor colombiano cuando dice: "Todas nuestras ciudades del trópico tienen que reconocer dos clases de fundadores: los que derribaron la selva y levantaron la primera capilla, y los que desbrozaron los espíritus y esculpieron las primeras almas. Los que con robustos brazos descargaron sus hachas contra los troncos que obstruían el camino y contra las ramas que impedían ver en todo su esplendor maravilloso el azul del cielo, y los colonizadores de la inteligencia, que fueron sembrando en los espíritus, después de haber derribado los troncos de la ignorancia y la maleza de los perversos instintos, que impedían contemplar la soberana luz de Dios: estos son los misioneros".

Si de la Colonia pasamos a la Independencia, la historia nos

dice que cuando en el año de 1813 se firmó el acta de la independencia de Tunja, el superior del convento Fr. Mariano Garnica, se apresuró no sólo a ofrecer sino a entregar parte de los recursos de que disponía la comunidad dominicana. Más de una decena de religiosos próceres figuran en la independencia; y quién ignora que sin la presencia y el valor y la pericia y el coraje del P. Ignacio Mariño, no se habría llevado a feliz término la campaña libertadora del Norte que culminó con el triunfo del Puente de Boyacá y que decidió de la independencia americana?

Renuevos también de este árbol cuatro veces secular son las beneméritas Terciarias Dominicanas, nacidas en la legendaria Villa de Leiva, bajo los auspicios del connotado P. Saturnino Gutiérrez, honra y prez de su comunidad, y que en los pocos años que lleva de existencia ha realizado, sobre todo en el campo educacionista, una obra laudable y fecunda, y ha contribuído en gran parte a la formación cristiana de las nuevas generaciones para gloria de la Iglesia y honor de nuestra Patria.

Loor, alabanza, reconocimiento y gratitud a los ínclitos hijos del Patriarca de Caleruega, que hoy hace cuatro siglos, como águilas caudales construyeron sus primeras mansiones en estos escarpados riscos, para volar luégo desde estas gélidas alturas en alas de la virtud y de la ciencia a todo lo largo y ancho no sólo de este departamento, sino de todo el territorio colombiano y aún de toda la América, para llevar juntamente con la luz del Evangelio, los gérmenes preciosos de la ciencia y la cimiento bienhechora de la cultura y de la civilización cristianas.

La Academia de Historia, en cuyo nombre hablo, y que tiene el honor de contar entre sus más salientes miembros a los eruditos padres dominicanos Mesanza, Báez, Molano y Mora Díaz, a nombre de esta noble y agradecida ciudad, que tantos beneficios debe a los discípulos del gran paladín de la fe Santo Domingo de Guzmán, quiere perpetuar por medio de esta modesta pero significativa insignia que hoy queda incrustada en estos seculares muros, los sentimientos de alabanza, de admiración y gratitud a la vasta, fecunda e imponderable obra que desde el comienzo de nuestra vida, han llevado a cabo los que con el rosario de María en una mano y la Suma de la ciencia teológica en la otra, han hecho flotar siempre victorioso el estandarte de Cristo y de su Iglesia, de uno a otro confín de la tierra conforme a las palabras del Apóstol: **"In omnes terram exivit sonus eorum, et in fines orbis terrae verba eorum"**.

He dicho.

Los Padres Dominicanos en Boyacá

Por RAMON C. CORREA

Boyacá debe muchos servicios a la Comunidad de religiosos de hábito blanco y negro, brillante institución fundada por el excelso Patriarca de la Iglesia Católica, Santo Domingo de Guzmán.

El ilustre padre dominicano Fray Domingo de la Casas acompañó al Conquistador don Gonzalo Jiménez de Quesada y a su ejército en la larga y penosa expedición de 1536. Salieron de Santa Marta el 6 de abril del citado año, atravesaron montañas vírgenes, habitadas por tribus salvajes y por animales de presa. Ascendieron y descendieron las serranías del Opón y de 800 soldados que partieron de Santa Marta sólo llegaron a tierras hoy de Vélez 166, no de hombres robustos como antes, sino de seres flacos, pálidos y enfermos, llenos de miseria, cubiertos de harapos, sucios y los cuerpos con úlceras. Todos los demás habían muerto devorados por las fiebres, por el cansancio, por el hambre y algunos destrozados por los colmillos de los tigres.

En el pueblo de indios llamado Ubazá, hoy vereda de Moniquirá, caserío situado en las cercanías del río Saravita, titulado después **Suárez**, el padre Fray Domingo de las Casas dijo la primera misa en tierras de la altiplanicie de los Andes colombianos. Elevó en ese paraje el cuerpo y la sangre de Jesucristo ante las miradas llenas de asombro de los aborígenes que jamás habían visto una magna ceremonia religiosa como la que se acababa de realizar, teniendo el religioso por templo el dombo azul del firmamento y por orquesta el canto de canoras aves.

El padre de las Casas exhortó a los Jefes, Oficiales y soldados españoles sobrevivientes a seguir adelante en la gloriosa expedición, con el laudable fin de conquistar para la Madre España tierras desconocidas, sembrar en los corazones de los infieles la doctrina católica y conquistar almas para el cielo.

El diezmado ejército de allende los mares y su capellán padre Fray Domingo de las Casas, pasaron por varios pueblos de indios de Boyacá, como Moniquirá, Suta, (Sutamarchán), Tinjacá y Ráquira, entraron en suelo del actual Departamento de Cundinamarca, visitaron a caseríos aborígenes y después de un largo recorrido por cerros y valles, llegaron al sitio donde se levantaba el cercado del Zipa de Bacatá.

El 6 de agosto de 1538 el conquistador don Gonzalo Jiménez de Quesada fundó solemnemente a Santa Fe de Bogotá y el padre dominicano Fray Domingo de las Casas dijo la primera misa en la sabana de Bogotá, revestido con humildes ornamentos, ante un crucifijo que es llamado el Cristo de la Conquista. Consagró la sangre de Jesucristo en un cáliz de plomo.

Llegan los Padres dominicanos españoles

Después de la fundación de Bogotá vinieron de España a tierras hoy de Colombia varios padres de la orden de Santo Domingo, con el fin de internarse en las vírgenes montañas, convertir a los aborígenes de la idolatría a la doctrina de Jesucristo, evangelizar a los caseríos prehistóricos y hacer flotar airosa la bandera del catolicismo en todos los lugares donde antes reinaba la adoración de dioses falsos.

En Ramiriquí

En 1541 encontramos a los padres dominicanos en la población indígena de Ramiriquí, caserío que fue en siglos pasados capital del poderoso imperio de los Zaques. De Ramiriquí salió el Cacique Hnzahúa, tomó el camino hacia el occidente, subió y descendió colinas, llegó a unas tierras áridas y desprovistas de vegetación, se estableció aquí con su madre y una hermana en un pequeño valle, hacia el norte, y fundó un nuevo poblado que llamó Hunza. A este lugar se trasladó más tarde la capital de los muisca, gobierno que funcionaba en Ramiriquí. El caserío precolombino denominado Hunza, nombre que viene de Hunzahúa, tomó con el andar de los años el título de Tunja.

El padre Pedro Durán llegó a Ramiriquí en 1541. Más tarde los padres de la misma orden de Santo Domingo Fray Diego Mancera, Fray Reginaldo Galíndez, Fray Gerónimo de Peralta y Fray Juan de Montemayor, arribaron a Ramiriquí a sembrar la fe católica en los corazones de los indígenas.

Idolos chibchas

Los indígenas de Ramiriquí rendían culto al demonio en un adoratorio que tenían en una cueva. El dios estaba simbolizado en un enorme pájaro. El R. P. Fray Diego Mancera, misionero dominicano, cuando fue a evangelizar a los naturales de este pueblo, supo la idolatría que se tributaba a Satanás y determinó poner fin a esta falsa religión.

El padre Mancera, con la destrucción del dios, no logró conseguir que los indios abandonaran sus torcidas creencias. Años después fue a Ramiriquí el padre dominicano Fray Reginaldo Galíndez y supo que sus feligreses continuaban por la senda de la ido-

latría. El sacristán ofrecía culto a Satanás. El padre lo reprendió y el indio que ayudaba a la celebración de los cultos divinos dijo al religioso que ellos heredaban el sacerdocio y los ídolos porque habían pertenecido a sus antepasados. El padre reunió varios de los dioses y los quemó en la plaza de Tunja, logrando por este medio que los indígenas olvidaran el fervor al demonio y entraran de lleno a adorar al Dios verdadero.

El historiador padre Zamora dice: "Llegó un día un indio, de edad de unos cuarenta años, pidiendo al padre Galindez que fuera a visitar a su abuelo, que era gentil y pedía el bautismo. Fue el padre a su casa, y diciéndole los misterios de nuestra santa fe católica, para bautizarlo con grande instancia le decía el indio que lo bautizara. Preguntóle por qué entonces pedía el bautismo, habiendo vivido gentil? A que respondió que hacía dos semanas que cada día al amanecer y canto del gallo, le daban golpes en un hombro y despertaba preguntando: ¿Quién me recuerda? y respondiendo una voz que no conocía, le decía: "Llama al padre de Ramiriquí que te baptice y eche agua". Por eso he rogado a este mi nieto que te llame. Bautizólo y volviendo al pueblo a decir misa, llegó el indio que lo llamó y le dijo: "Padre: luégo que te viniste, se murió mi abuelo diciendo: "Jesús, Jesús".

El padre dominicano Fray Juan de Montemayor fue al pueblo prehistórico llamado Boyacá a predicar y halló en el templo de los indios una estatua "que en un cuerpo tenía tres cabezas y de esto tomó pie para explicarles el sublime misterio de la Santísima Trinidad, teniendo la dicha de que muchos abandonaran sus prácticas gentiles y entraran a formar parte del rebaño de Jesucristo", según el historiador padre Zamora.

Evangelización de pueblos

Los padres dominicanos evangelizaron los siguientes pueblos indígenas hoy de Boyacá: Ramiriquí, Siachoque, Boyacá, Somondoco, Sáchica, Turmequé, Soracá, Cucaita, Viracachá, Duitama, Paipa, Gámeza, Toca, Suta (hoy Sutamarchán), Tinjacá, Tenza, Pesca, Cerinza, Samacá, Sotaquirá, Chíquiza, Tota, Guateque y Garagoa. También evangelizaron varios otros pueblos anteriores a la conquista que ya desaparecieron.

En Casanare

Los religiosos dominicanos extendieron la evangelización de infieles a la región de Casanare. A esta gran llanura fueron los hijos de Santo Domingo y predicaron el Evangelio a tribus salvajes que habitaban en la parte oriental que hasta hace poco perteneció a Boyacá. La labor de los padres resultó allí benéfica para la civilización cristiana.

Fundación de Conventos

Los padres dominicanos fundaron conventos de su orden en Tunja, en 1551, Muzo, 1566, Santo Eccehomo, jurisdicción de Sutamarchán, en 1620 y Chiquinquirá en 1636, año este en que se hizo cargo la Comunidad de Santo Domingo del Santuario de la Virgen del Rosario y en 1639 año de la erección formal del Convento.

Iglesia y antiguo Convento de Santo Domingo de Tunja

Los padres dominicanos y los padres agustinos fueron los primeros frailes que llegaron con los españoles al Nuevo Reino de Granada a catequizar a los aborígenes que habitaban en los pueblos anteriores a la conquista. El Rey Carlos V, conoedor de los esfuerzos de los hijos de Santo Domingo en bien de los moradores de las tierras dependientes de España, facultó a estos religiosos por real Cédula de 8 de enero de 1551, para fundar conventos en los sitios y caseríos que estimasen conveniente.

En virtud de este mandato real, el 4 de agosto de 1551 los padres Fray José Robles, Vicario General, Fray Francisco López Camacho, Prior, Fray Pedro Durán, Fray Juan de Montemayor, Fray Juan de Zamora, Fray Bernardino Figueroa, Fray Gaspar de Estremera y el hermano Converso Fray Andrés Jadraque, fundaron el Convento de Santo Domingo de Tunja. El lugar donde hoy se contempla el edificio de la Penitenciaría fue señalado para la casa dominicana. Allí los religiosos levantaron una capilla y una pequeña habitación con destino a vivienda de los padres, ambas construcciones pajizas y de humilde apariencia.

Los religiosos no ocuparon bastante tiempo el sitio indicado debido a que se halla retirado de la plaza principal. Resolvieron construir el convento y la iglesia en un punto más central. Se trasladaron en 1559 a las casas que donó a los padres el conquistador García Arias Maldonado.

Construcción de la iglesia

El Pior R. P. Fray Francisco López Camacho dio principio a la obra de la iglesia. En 1568 estaba adelantada y para principios de 1600 quedó terminada.

El crítico español doctor Enrique Marco Dorta dice de la iglesia de Santo Domingo:

"La iglesia dominicana es de un tipo que parece haber sido característico de la Orden en Colombia: una nave amplia y dos laterales estrechas y más bajas, aprovechándose la mayor altura de aquella para iluminarla con ventanas rectangulares abiertas en el muro del Evangelio. La nave de este lado está dividida en capillas, y sobre el último tramo de la central se encuentra el coro. La ca-

pilla mayor tiene testero plano y está cubierta con alfarje "de jaldetas", a cuatro aguas. Semejante a esta sería, seguramente, la techumbre de la nave central, de la que sólo quedan unas tirantas sobre canecillos de tipo renacentista. El arco triunfal de medio punto descansa sobre pilares, cuyos basamentos tienen esculpidos en medio relieve y policromados los perros portadores de antorchas con que soñó la madre de Santo Domingo de Guzmán".

La capilla más bella de Santo Domingo es la de Nuestra Señora del Rosario. Al frente y a los lados están tallados primorosamente en bajorrelieve los misterios del Rosario, trabajo que exhibe altísimo valor artístico. El camarín de la Virgen tiene incrustaciones de conchas marinas, porcelanas y cristales antiguos. En medio se levanta la estatua de la Virgen del Rosario de Roque Amador, traída de España por el señor don Félix del Castillo. La capilla llama la atención de los turistas más ilustrados, no sólo de los departamentos de Colombia, de países de Sur América, sino de naciones de Europa. Tunja se ufana de tener en el templo de Santo Domingo una joya que haría honor a la catedral más suntuosa del mundo.

Hace algunos años estuvo en la ciudad el eximio escritor mexicano Licenciado don José de Vasconcelos. Este brillante literato y crítico fue a la iglesia de Santo Domingo, visitó el monumento religioso y dijo que por sólo conocer la capilla del Rosario se debe hacer un viaje de Europa a Tunja.

El doctor Marco Dorta dice de la capilla del Rosario:

"Como en la iglesia Mayor, también en el templo dominicano fundaron capillas algunos vecinos de Tunja. La más notable de todas, por las riquezas artísticas que atesora, es la de la Virgen del Rosario, fundada con los bienes que para ello dejó García Arias Maldonado, conquistador y regidor perpetuo de la ciudad, que murió en 1568.

La construcción de la capilla fue iniciada por el famoso pintor quiteño Fray Pedro Bedón, fundador de la cofradía del Rosario, que en 1591 pasó al Nuevo Reino de Granada y cuatro años después se hallaba en el Convento de Tunja. Su presencia en la ciudad del Zaque puede explicar cómo llegaron hasta ella las influencias del foco artístico de Quito, bien patentes sobre todo en la decoración interior de las iglesias.

Consta la capilla del Rosario de dos tramos, correspondientes el primero a uno de la nave del Evaneglio. Este tiene techumbre plana sobre cuatro grandes arcos de medio punto: el segundo, o sea la capilla propiamente dicha, se cubre con artesa a cuatro aguas. Arcós y cubiertas están revestidos de tableros de madera con aplicaciones doradas sobre fondo rojo. En la rosca de aqué-

llos, la decoración, de escaso relieve, mezcla motivos vegetales un tanto estilizados con otros más naturalistas, como pájaros y racimos. Grandes hojas con una piña en el centro recuerda la mazorca del maíz andino, decoran las enjutas, y hojas que parecen metálicas se disponen radialmente como engarzadas en la moldura que señala la rosca del arco. Otros florones con hojas y racimos, en torno a la mazorca central, decoran los intradoses. Tanto en el techo plano del primer tramo como en la arceza del segundo, la decoración se distribuye al modo renacentista: los florones ya descritos están encerrados en casetones octagonales, como en los techos dibujados por Serlio y publicados en la traducción castellana de Villalpando. La persistencia del Renacimiento es bien patente, pues aun los motivos vegetales no tienen las formas carnosas del barroco, sino las metálicas del último cuarto del siglo XVI. La misma decoración tiene el techo plano de la nave de la Epístola".

En la iglesia dominicana está la célebre estatua llamada **Judío de Santo Domingo**, que tantas leyendas curiosas ha hecho trazar a más de cuatro escritores y versos humorísticos a algunos vates. Desde los tiempos coloniales se atribuyen a la efigie muchas consejas que se han transmitido de generación en generación. Se afirma que el Judío hablaba, que los legos lo alimentaban en el convento con los desperdicios de la cocina hasta el extremo de que se volvió muy gordo. También se dice que en épocas lejanas estuvo en Tunja el Judío Errante, que fue al templo de Santo Domingo, que se encaminó a la ermita donde están Jesús Nazareno, San Simón Cirineo y el Judío, y que sostuvo con éste una conversación en presencia de un padre dominicano.

En el templo de la orden dominicana se encuentran los cuadros al óleo de Santa Catalina, Santo Domingo y San Francisco, impresión de las llagas, obras del gran pintor colonial Gregorio Arce Vásquez y Ceballos.

Convento antiguo.

En 1574 y 1577 el convento estaba en construcción. Para principios del siglo de 1600 ya había sido terminado.

El profesor doctor Marco Dorta dice del edificio antiguo dominicano:

"El claustro de Santo Domingo es, como el de Santa Clara, uno de los más bellos que el arte mudéjar del Renacimiento dejó en Colombia. Sus pilares octagonales prueban su abolengo andaluz que recuerda el Patio de los Muertos, edl convento de San Isidro del Campo, cercano a Sevilla, y de idéntico origen hispalense son los listeles que, prolongando el eje de los soportes y uniéndose a otro horizontal que corre bajo la cornisa, forman los alfices mudé-

jares que encuadran los arcos. Son éstos de medio punto, sensiblemente peraltados y de sección cuadrada y rosca lisa, en las galerías bajas. En el claustro, los pilares descansan en basamentos cúbicos y se prolonga mediante gruesos ábacos que dan apariencia de carpaneles a los arcos escarzanos”.

Cuando los religiosos volvieron a Tunja de su destierro decretado en 1861, se establecieron en una pequeña casa situada en la calle 6ª, casa que tenía entrada a la iglesia por la sacristía. En esta sencilla habitación vivieron los padres durante largos años hasta que en el presente siglo XX empezaron a levantar el magnífico palacio de tres pisos por la calle 6ª y carrera 5ª, de arquería romana el interior, convento en general que da elegancia y honor a la ciudad de Tunja.

Convento del Santo Eccehomo

Este Convento, situado en jurisdicción de Sutamarchán, fue fundado por los padres dominicanos, en 1620. Don Juan de Mayorga, Encomendero de Sorocotá y Moniquirá, dio terrenos para la iglesia y convento. Los religiosos de Santo Domingo hicieron levantar el templo y el claustro, hermosas edificaciones que todavía se contemplan en el paraje llamado “Desierto del Santo Eccehomo” y que llaman la atención de los turistas entendidos en cuestiones de arte colonial.

La Virgen de Chiquinquirá

Un hermano de la Comunidad Dominicana tuvo influencia importante en la hechura del milagroso cuadro de Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá, como se demuestra en el siguiente relato de la pintura y renovación de la citada advocación religiosa.

En el sitio de Chiquinquirá había un hato y un pequeño caserío, rodeados de montaña.

En 1555 vivía en Suta, pueblo de indios, el español Antonio de Santana, esposo de Catalina García de Islos. En el punto llamado Aposentos el Encomendero Santana hizo construir una casa de bahareque y paja. Al lado de la habitación levantó una pequeña capilla de la misma hechura de la casa. Como buen católico tenía deseos de colocar en la ermita un cuadro de Nuestra Señora del Rosario. Supo que en Tunja había un pintor de nombre Alonso de Narváez. Se trasladó a esta ciudad y contrató por veinte pesos oro la confección de la imagen. En esta labor tomó parte activa el hermano dominicano Fray Andrés Jadraque, doctrinero de los aborígenes de Suta y pueblos vecinos. La tela que se empleó fue un lienzo trabajado por los indios. Con tierras de los barrancos de Tunja y con zumo de yerbas de los alrededores de la misma ciudad,

Narváez trazó en el centro del lienzo la Virgen del Rosario. A los lados de la imagen quedaron espacios como para otros santos. Narváez pintó a la derecha a San Antonio y a la izquierda a San Andrés, por los nombres del Encomendero y del lego dominicano.

Una vez terminado el cuadro en 1560, fue trasladado a la ermita que Antonio de Santana hizo construir en sus Aposentos de Suta. Allí se le rendía culto por los fieles de los contornos a la casa del Encomendero. La capilla era pajiza y de hechura ordinaria. Debido a estas dificultades no tardó mucho tiempo en deteriorarse. En el techo se abrieron goteras y el cuadro principió a sufrir daños hasta el punto de que las imágenes se borraron casi en su totalidad. El cura de Suta, Juan de Leguizamón, quitó el cuadro del altar por imperfecto. El lienzo fue destinado para sacar al sol trigo, maíz, etc.

Antonio de Santana tenía una casa y un ható en el paraje de Chiquinquirá. Resolvió, después de algún tiempo, enviar a este sitio el cuadro de la Virgen para que lo colocaran en un oratorio que había en la habitación. A los siete años de estar la Virgen en Chiquinquirá, o sea en 1585, llegó a esta estancia María Ramos, natural de España, terciaria dominica, muy piadosa y de la familia de Antonio de Santana. Ansiosa de hallar un lugar apropiado para llevar a cabo sus devociones cuotidianas, recorrió la casa en busca de un cuarto adecuado para el fin que ella perseguía. Tropezó con el oratorio y lo encontró en un abandono lamentable, hasta el punto de que los animales del ható entraban en él, debido a que la ermita carecía de puerta. Contempló los objetos que había en el oratorio y vio botado en el suelo un bastidor. Observó que el bastidor tenía las huellas de santos; lo alzó, lo arregló en unión de una criada, y lo colocó en el altar, bien atado a unas cañas. La Ramos iba todos los días a orar al pie de las imágenes borrosas. Después de unos días la esposa de Santana le refirió que en ese lienzo se hallaba la Virgen del Rosario, y además de esto, le contó la historia del cuadro. Mayor fue el entusiasmo de la virtuosa mujer, pero al mismo tiempo sentía tristeza porque no veía el rostro de la Virgen. Prostrada al pie del lienzo le decía: "¿Hasta cuándo, Rosa del Cielo, habéis de estar tan escondida? ¿Cuándo será el día en que os manifestéis y dejéis ver al descubierto, para que mis ojos se regalen en vuestra soberana hermosura, que llena de gustos y alegría mi alma?" Súplicas de la misma clase de la anterior, repetía María Ramos todos los días. La Providencia resolvió oír las oraciones de la piadosa mujer.

El 26 de diciembre de 1586, después de las oraciones de la Ramos, como a las nueve de la mañana, pasaba por enfrente de la capilla una india con un pequeño de la mano. El niño echó una

mirada al altar, vio algo extraño y gritó: "¡Mire, mire!" La india, a las voces del niño, miró al altar y observó que el cuadro se hallaba en el suelo y en medio de resplandores, y gritó a María Ramos el suceso tan portentoso. La Ramos vino precipitadamente, contempló el prodigio que la Providencia acababa de hacer patente, se postró a los pies de la Virgen y vio el hermoso rostro de la Reina del Cielo y hoy Reina de Colombia, en su admirable advocación de Virgen del Rosario de Chiquinquirá.

Un escritor dijo admirablemente lo siguiente en relación a la Virgen del Rosario:

"Elegió a Tunja para su cuna, a Sutamarchán para su sepulcro, y a Chiquinquirá, para su resurrección".

La noticia de la renovación del cuadro de la Virgen del Rosario se extendió a todas partes, y el sitio de Chiquinquirá comenzó a ser visitado por numerosos fieles de diferentes comarcas. Los milagros eran frecuentes, y debido a estas mercedes, afluían a Chiquinquirá promeseros de lugares apartados. En un principio el doctrinero de Suta administraba los sacramentos a los moradores de Chiquinquirá y tributaba culto a la Virgen renovada. Después fueron nombrados sacerdotes seculares de curas de las nacientes poblaciones. En 1636 se puso el Santuario de la Virgen, ya en buen templo, bajo el cuidado de los padres dominicanos. La soberbia Basílica la hicieron construir los religiosos citados. Fue empezada en los comienzos del siglo XIX y terminada en 1812. El lego capuchino Fray Domingo de Petréz levantó el plano del templo.

Los conventos de Santo Domingo de Tunja y Chiquinquirá han dado a la patria colombiana muchos religiosos que han sobresalido como eminentes obispos, como elocuentes oradores sagrados, como literatos de fluídos períodos, como autores de eruditas obras históricas, como doctos filósofos, como periodistas de cáusticas plumas y como poetas de bien templadas liras.

Universidad dominicana en Tunja en la Colonia

Los religiosos dominicanos dirigieron planteles de educación superior en la época de la Colonia.

En 1604 el Capítulo General de Roma de la Comunidad Dominicana constituyó al Convento de Santo Domingo de Tunja en Universidad. Allí se dictaban las clases de Filosofía, Teología, Gramática, Latín, etc.

En esta Universidad muchos jóvenes cursaron estudios superiores. Unos siguieron la carrera religiosa y otros alcanzaron grados sin recibir el hábito de la orden de Santo Domingo.

La Universidad del Convento Dominicano de Tunja duró hasta 1861. Fue restablecida en 1904 y funcionó durante buen número de años de este siglo.

Constitución de la República de Tunja

El 9 de diciembre de 1811 la ciudad de Tunja sancionó su Constitución y se declaró en República libre e independiente de España.

En la Constitución quedó representada la Comunidad Dominicana con las firmas de los padres Fray Manuel León y Fray Felipe Antonio Herrera. De estos religiosos dice el historiador señor don José María Restrepo Sáenz en su trabajo titulado "Constituyentes de Tunja en 1811":

"Fr. Manuel León. -- Representante de Leiva. De la Orden de Predicadores. En 1797 era Padre Presentado, Rector de la Universidad de Santo Tomás y definidor tercero del Capítulo Provincial. Prior de los Dominicanos de Tunja de 1799 a 1802. A principios de 1803 figuraba como Vicario Prior de los mismos. Murió hacia 1817".

"Fr. Felipe Antonio Herrera. -- Elector de Santa Rosa. De la Orden de Predicadores; Presentado en Sagrada Teología; Prior de los Dominicanos de Tunja de 1803 a 1804; Cura y Vicario excusador de la parroquia de Santa Rosa desde el 12 de mayo de 1805. Concurrió como Representante de los pueblos de Santa Rosa, erigida en Villa, y de los a ella agregados, a la Asamblea que se reunió en Tunja en diciembre de 1810 con el objeto de organizar el Gobierno de la Provincia y nombrar Representante para el Congreso General del Reino. Hasta 1814 fue Cura excusador de la referida población. Prior del Convento de Chiquinquirá y Cura de esta parroquia en 1817 y en 1823".

Independencia de la Provincia de Tunja

El Congreso o Colegio Eleccoral reunido en la ciudad de Tunja proclamó el 10 de diciembre de 1813 la independencia de España de la Provincia de Tunja. En el acta figuran los nombres de los padres dominicanos Fray Ignacio Mariño y Fray José María Vargas.

Alhajas de la Virgen de Chiquinquirá para ayuda del sostenimiento de la Independencia

La Comunidad Dominicana se distinguió en bien de la libertad. En las páginas de la historia se ven los inmensos servicios del R. P. Ignacio Mariño y Torres desde la proclamación de la independencia del 20 de julio de 1810, hasta la entrada gloriosa a Bogotá de los ejércitos de Bolívar. También se ve en la historia, en 1815, el rasgo de nobleza del Prior del Convento de Chiquinquirá R. P. Fray Miguel Garnica en favor de los patriotas. Don José Acevedo y Gómez, en nombre del Gobierno y en su carácter de Jefe Político del Distrito de Chiquinquirá, dirigió al Prior de Chiquinquirá una nota pidiéndole prestadas las alhajas preciosas de la Virgen para

el sostenimiento de la emancipación. La Comunidad contestó en la forma siguiente:

"Ciudadano José Acevedo Gómez, Comandante General y Jefe del distrito.

Habiendo llamado a consulta la comunidad de este convento con motivo del oficio de usted de fecha de hoy, en que nos pide un préstamo voluntario a nombre del gobierno para atender a las urgencias de la presente guerra de independencia, ha acordado lo que sigue:

"El infrascrito Notario de este convento de Predicadores de Chiquinquirá, certifico en debida forma: que el día 19 de enero de 1815 convocó el M. R. P. Prior Frai Miguel Garnica, a los MM. RR. Padres de consulta a la celda de su habitación, y estando todos juntos se leyó el oficio que antecede, y en su inteligencia determinó esta comunidad, uniformemente, resignar en las manos del gobierno general todos cuantos haberes posee en común y en particular, hasta la persona de cada uno de los religiosos de este convento, siempre que dicho gobierno tenga a bien usar y disponer de todo sin excepción alguna, y que por ahora se entregue a los comisionados el dinero y alhajas de oro y plata que actualmente existen en el depósito para ocurrir con la mayor presteza a las urgencias del Estado; y todos firmaron.

F. Miguel Garnica. -- F. José M. Echanove. -- F. Felipe Jiménez.-- F. José María Moncada, Notario del Convento. -- F. Antonio Barragán. -- F. Antonio María de Cárdenas. -- F. José María Páez".

No incluyo la lista de las alhajas preciosas de la Virgen de Chiquinquirá en bien de la independencia por no hacer muy largo este artículo. Inserto sí la contestación de recibo del ilustre prócer don José Acevedo y Gómez:

"Desde el momento que concebí el proyecto de oficiar a V. P. y venerable Consulta, sobre el negocio más importante que me ha confiado el Gobierno general, me permití desde luego la generosa demostración que acaba de hacer la distinguida comunidad de dominicanos de esta villa. Parece que por un privilegio particular esta Religión ha sido siempre la defensora de los derechos de la América y actualmente la más decidida por la causa justa de su libertad e independencia. ¡Que el brillante ejemplo que ofrece V. P. a la América del Sur, excite de tal modo la emulación de nuestros conciudadanos, que todos se dispongan por su parte a hacer sacrificios de tanto mérito!

Dios guarde a V. Paternidad muchos años.

Chiquinquirá, enero 20 de 1815.

JOSE ACEVEDO GOMEZ

Muy R. P. Prior y venerable comunidad de Predicadores de esta villa,

Januario Silva, Secretario".

**Patriótica arenga del Padre Fray Ignacio Mariño en 1819
en "Llano de San Miguel"**

En mayo de 1819 salió el Libertador de "El Mantecal" en dirección a Casanare. En la inmensa llanura lo esperaba el General Francisco de Paula Santander con 1.200 hombres. Los ejércitos patriotas, al mando de Bolívar, pasaron por pueblos de Casanare y el 27 de junio libraron combate con los españoles en Paya y salieron victoriosos. El 30 de junio en el punto llamado "Llano de San Miguel", vecindario de Paya, se verificó una reunión. A esta junta concurrieron el Libertador, Generales Santander, Soublotte, Anzoátegui, el padre dominicano Fray Ignacio Mariño y Torres, etc., etc. Bolívar al ver la muerte de muchos soldados, expuso a los asistentes los obstáculos para no continuar la marcha en pos de la Provincia de Tunja sino regresar a Casanare, ir a Venezuela a pelear por la causa republicana y después por Cúcuta marchar camino del hoy suelo de Boyacá. El General Santander hizo una exposición muy razonada acerca de las posibilidades futuras de triunfo de las huestes patriotas sobre las realistas. Dijo que él continuaría el viaje con la gente a su cargo pero que no daría un paso hacia atrás. El R. P. dominicano Fray Ignacio Mariño y Torres adhirió a la palabra del General Santander por medio de la siguiente arenga:

"Es preciso que os haga presente que lo propuesto es una quimera irrealizable: los godos están es verdad, haciendo pesar más su tiranía sobre nuestra hermana la capitania general de Venezuela, que sobre nuestra amada Nueva Granada, pero sabéis por qué? Es porque en Venezuela están potentes. Ir a libertar a Venezuela con nuestro pequeño ejército, sería ir a sacrificar inútilmente las vidas de nuestros valientes, sería ir a colocarnos audazmente en el pecho del tirano para que nos ahogara con sus espantosos brazos, nuestra audacia no sería suficiente a librarnos de nuestra desgracia.

Nosotros marcharemos a Venezuela si vos lo ordenáis, no habrá uno de nosotros que deserte de vuestro lado, pero pensad, General, que la responsabilidad es inmensa: vais a sacrificar la vida de los que os sigan, y no debéis tener ni la esperanza de libertar a Venezuela, porque es imposible resistir al golpe que allí tienen los españoles, y forzosamente habremos de perecer y con nosotros la esperanza de libertad para la Patria.

Vamos a libertar al Reino, y aunque es menos el poder que los españoles tienen aquí, todavía necesitaremos hacer esfuerzos

heroicos, sin duda, pero los que quedan verán la libertad de la Patria.

General, no me mueve un vil egoísmo, no: es sólo la convicción de que en Venezuela, vuestra cara y desgraciada patria, serían inútiles nuestros sacrificios, mientras que aquí ellos serán fructuosos y nos procurarán recursos para marchar ya fuertes, a Venezuela. Atended, señor, la voz de un patriota, que no ambiciona título ni honores. Si la Providencia me concede la vida después del triunfo, ésta será mi única recompensa; yo volveré a mi claustro y dejaré las charreteras, porque me serían inútiles. Acceded, señor, os lo suplico, os lo ruego; lo pido por esta corona que me consagra ministro de Dios".

**La Virgen del Rosario de Tutazá favoreció a los patriotas
en la batalla de Pantano de Vargas**

Después de los hechos de armas de la independencia de Gámeza, Tópaga y Corrales, el Libertador Simón Bolívar, oficialidad y tropa hicieron un recorrido por Betéitiva y otros pueblos y visitaron de paso a Tutazá, caserío donde la piedad católica venera, desde los tiempos coloniales, una estatua de Nuestra Señora del Rosario, llamada la "Estrella de Tutazá". El Libertador estuvo en el templo, conoció la efigie y rezó ante esta augusta Señora. Esto fue el 18 de julio de 1819. El 25 del mismo mes de julio se verificó en el inmortal campo de Pantano de Vargas una formidable batalla entre patriotas y realistas. Ambas fuerzas pelearon con ardor, hasta imponerse valerosamente las huestes del Rey de España sobre las granadinas. Hubo un momento en que los soldados de allende los mares tenían ya ganada la jornada bélica. Cuando el Libertador vio que los republicanos estaban flanqueando ante el empuje de los extranjeros, se le vino a la mente la Virgen del Rosario de Tutazá, pero en el instante de terrible angustia de perder la batalla olvidó el nombre de Tutazá, se acordó de los utensilios de cerámica, industria principal de los habitantes de este poblado y gritó: "¡Virgen Santa de los tiestos!" A esta exclamación del Libertador, la Virgen del Rosario dio valor al Coronel Juan José Rondón y a los catorce lanceros y los quince héroes de caballería atacaron a pura lanza a sus enemigos, los arrollaron, los confundieron, los pusieron en fuga, y el sol de libertad nació lleno de rayos purpúreos en el cielo de la Patria, todo por favor de la Providencia y por intercesión de la Virgen del Rosario, patrona en Colombia y en Boyacá de los Padres Dominicanos.

**En la Villa de Leiva fue fundada la Comunidad
de Hermanas Terciarias Dominicanas.**

Quiso la Providencia que en suelo de Boyacá naciera una

hermosa niña que con el andar de los años viniera a tomar puesto de alta importancia en la Comunidad que fundó en el mundo Santo Domingo de Guzmán.

En la elegante mansión colonial, llamada "La Hacienda de la Compañía", porque esta finca fue de propiedad antes a 1767 de los padres jesuitas, hacienda ubicada dentro del vecindario de la población de Firavitoba, vino a la vida el 22 de mayo de 1848 una niña que en la pila bautismal recibió el nombre de María Gabriela Durán y Párraga. La doncella creció en medio de la virtud y ofreció su corazón a Jesucristo. Enamorada de la Comunidad de Santo Domingo de Guzmán, resolvió fundar la religión femenina de Hermanas Terciarias Dominicanas. Expuso su pensamiento al padre dominicano Fray Saturnino Gutiérrez, religioso que se hallaba entonces en la Villa de Leiva, y el distinguido fraile mencionado le dio su aprobación y la Comunidad de Hermanas Terciarias Dominicanas echó en Leiva sus bases para venir en años futuros extendiendo sus raíces no sólo en Boyacá sino en otros departamentos de Colombia y en el Ecuador, etc., hasta ocupar en la actualidad puesto brillante entre las congregaciones más notables de mujeres de la América, como educadoras de niñas.

En la población de Tuta un padre dominicano fundó un Colegio

El padre dominicano Fray Miguel Rodríguez, fundó en 1873 en la población de Tuta, en asocio del ilustre literato, poeta y autor de bellos cuadros de costumbres y doctor en abogacía don Juan Francisco Ortiz, hermano mayor del excelso bardo boyacense señor don José Joaquín Ortiz, un colegio para varones. En ese plantel cursaron los primeros estudios varios jóvenes que años más tarde se distinguieron en la carrera eclesiástica, en la jurisprudencia, en la milicia, en la oratoria y en el campo de las letras.

"El Cruzado" en Boyacá

Hace veinte años que vino de la ciudad de Chiquinquirá a la ciudad de Tunja un ilustrado religioso que es honra y prez de la Comunidad Dominicana, fraile que brilla en la orden de Santo Domingo de Guzmán con el preclaro nombre de Francisco Mora Díaz.

Desde que se estableció en Tunja el Padre Mora Díaz principió a figurar en la oratoria sagrada, en el amor a su Comunidad, en la propagación de la fe cristiana, por medio de la palabra hablada, y del credo político que hoy rige con orgullo los destinos de la Patria.

Al ver el R. P. Mora Díaz en 1932 que las ideas católicas eran perseguidas, resolvió fundar en Tunja una trinchera periodística

con el laudable fin de disparar desde esa fortaleza sus certeras baterías al campo de la impiedad y poder defender a la Religión cristiana de los ataques que ya empezaban a propagarse en contra de las doctrinas del Mártir del Gólgota.

Vio la luz en 1932 en Tunja "El Cruzado", de pequeño formato. Fue repartido a los pueblos no sólo de Boyacá sino de la República. Los católicos recibimos el periódico con entusiasmo. Las páginas eran leídas con avidez. Debido a la unánime aceptación del público por "El Cruzado", el formato se agrandó a tamaño respetable.

El Padre Mora Díaz abrió polémica ardorosa y elocuente con los mejores publicistas nacionales de izquierda en defensa del catolicismo, de odio a la masonería y a las malas costumbres. Brillantes editoriales de "El Cruzado", de olor a pólvora, dieron motivo a que el gobierno moderara sus actuaciones de persecución a la colectividad que había caído del poder. Cada editorial de "El Cruzado" era una batalla decisiva en pro de la religión de Jesucristo. Diez años duró combatiendo el P. Mora Díaz en bien de Boyacá y en contra del comunismo que ya había echado raíces en la nación.

En 1942 se clausuró "El Cruzado", tribuna de sabiduría, de carácter, de verdad y de hombría ante el peligro. Por disposición superior el R. P. Mora Díaz tuvo que abandonar la ciudad de Tunja para trasladarse a Bogotá y el corajudo semanario cerró sus labores en medio del dolor profundo del catolicismo boyacense. El director es ampliamente conocido dentro y fuera de Colombia como orador sagrado y profano de verbo elocuente, como escritor de pluma demoledora y como erudito historiador. Pertenece a la Academia Boyacense de Historia y a varias Academias de Historia de dentro y fuera del país. Fue Presidente en repetidos períodos de la Corporación histórica de Boyacá.

El gobierno español del Generalísimo Francisco Franco otorgó una honrosa condecoración al R. P. Mora Díaz como premio a la gran campaña que el eximio religioso dominicano libró desde "El Cruzado" en bien de la guerra en España de las fuerzas del epónimo caudillo General Franco en contra de las tropas comunistas rusas que tenían dominada la Península.

Las campañas de "El Cruzado" de 1932 a 1942 fueron contribución de valor a la vuelta a Colombia del partido que ama la paz y respeta las creencias católicas. El R. P. Mora Díaz es digno de que en su pecho ostente la "CRUZ DE BOYACA".

RAMON C. CORREA

Tunja, febrero de 1951.

DISCURSO

pronunciado por el doctor Humberto Plazas Olarte, en la inauguración del busto del doctor Santiago F. Losada, en Sogamoso.

Santiago F. Losada recibe hoy, entre el afecto y la emoción de sus discípulos agradecidos, la consagración inmortal. Más de tres lustros y su memoria apenas tuvo, sobre el silencio y la serenidad de su tumba, el discreto homenaje de las juventudes sogamoseñas que hasta allí llegaban para evocar el brillo de sus virtudes, la sabiduría de sus cláusulas y el significado de su apostólica y ejemplarizante misión de educador. El rescate de su figura, del insondable y tenebroso mar del olvido, que todo lo marchita y destruye, es, a más de un imperativo de la historia, el obligado homenaje de tres generaciones que de él recibieran enseñanza, orientación y guía. Sobrevivir así a la muerte y retornar a los claustros, de los que fuera artífice y rector, para presidirlos ahora desde el bronce simbólico, es timbre de gloria y título perdurable, destino casi insular en esta época en que imperios, repúblicas, sistemas, poderíos, fama, riquezas y blasones de la ciencia o de la virtud, devienen al caos, a la confusión, cuando no a su absoluta desaparición. Sobrevivir en esta hora, en que casi el sol no se pone sin que el cataclismo universal se trague un atalaya del orbe, o un signo de la cultura, tras el sino cruel o dilacerante de lo que no tiene retorno, es prodigio reservado a los que únicamente han tenido valor intrínseco, a los que representan la auténtica grandeza, a los que han dejado para la humanidad un beneficio, a la civilización un factor inquebrantable de progreso y a la ciencia una contribución fecunda. Y Losada fue valor purísimo, apóstol irreductible de la enseñanza, paradigma de la virtud y urna genial en la que tuvieron concreción la inteligencia esplendorosa, la sabiduría y la bondad.

Sobre el paisaje abierto, límpido y virgiliano de esta "ciudad del sol", enantes sede del Imperio Chibcha, Losada alzó esta tienda del espíritu en donde desde hace cincuenta años se nutren, una a una, las juventudes

de Sogamoso. Pedagogo, pero no el simple sentido de la palabra, sino en el amplio y dilatado del maestro, Losada a la manera socrática robustecía el acervo de sus conocimientos con la honda disciplina del pensar, hasta forjarse el humanista que deslumbraba con el fuego de su dialéctica, el razonador y apologista de su probada fé cristiana, el orador de diáfana elocuencia, el escritor de castiza y cervantina prosa y el periodista combativo que siempre tuvo en bote su lanza en las luchas por la verdad y por la educación del pueblo. Nacido en las ardientes tierras del sur, casi sobre la mole andina, desde la que se escruta el piélago de nuestras llanuras ilímites y la realidad de nuestras fronteras patrias, Losada vió la primera luz en época en que se debatía la república entre las más pugnaces justas de nuestra democracia. La libertad, hoy como ayer, era motivo de discusión y lucha y un concepto, un sistema o un dogma se sucedían tras la interpretación fugaz o movediza del día anterior. El país era campo de ensayos que hacían contraste unas veces por la demagogia delirante y otras por la reacción implacable contra derechos que se consideraban de origen natural y divino. Y el orden institucional parecía languidecer si no en manos de la anarquía al menos tras el carro victorioso del sistema regenerador. Pero quedaba a Colombia la herencia de la generación libertadora, el derrotero señalado por la espada fulgurante del Libertador, la inspiración del orden republicano recogida sobre el testamento de Camilo Torres y de Santander, de Nariño, en fin, la obra y el aliento de nuestros héroes y mártires por la causa de la Independencia y de la libertad. La patria se salvó, empero, tras las consignas de Bolívar, y a la desolación de nuestras guerras civiles sucedió la obra reformadora y de grandiosa afirmación nacionalista de Rafael Reyes. Con esa única verdad y ese lastre, Losada inició su formación de educador. La acendrada cultura que logró asimilarse en la Escuela Normal Superior de Bogotá, en donde recibiera el grado de institutor, fue incrementada con el caudal de las ciencias educativas, en el que Losada bebió a raudales, dirigido por sabios y profesores como el abate Sullie que le señalaron el camino para iniciar y desarrollar en Colombia la obra de la reforma educacional, sobre la base de procedimientos y sistemas fundados en el conocimiento del alma del niño, del estímulo del honor, desechando los métodos has-

ta entonces en boga del castigo corporal y de los complejos denigrantes de la personalidad escolar. Fue así como este maestro, de recia e imperturbable vocación, creó y puso en marcha elementos reformistas con los que, sin exageración puede decirse, se inició en Colombia, desde principios de este siglo, una nueva y definitiva etapa en la obra de la enseñanza y preparación de las nuevas generaciones. Bajo el aliento de su grande espíritu surgieron a la vida de la cultura establecimientos como el de "Los Andes" de Pitalito, se perfeccionaron otros de secular y señera tradición, como el de "Santa Librada" en Neiva y se fundó y organizó éste Colegio Sugamuxi, que por sí solo bastaría para exaltar su obra de pedagogo sin par y para recomendar su vida al ejemplo y a la perdurable gratitud de sus conciudadanos. Su nombre se conoció entonces en Bogotá y en algunas naciones suramericanas como el de uno de los precursores de la reforma educacional y pedagógica y estuvo vinculado a una que otra ardiente polémica, entre los adalides y mentores de la instrucción pública. Pero como en este varón de singulares excelencias espirituales, de limpio corazón y de probada vocación de apóstol y de renovador, la modestia, a lo Francisco de Asís, era incompatible con el esplendor del triunfo o de la carrera pública, prefirió la sencillez de los claustros al ancho camino que sus merecimientos ya le tenían abierto para dar culminación a su vasta y bienhechora labor, desde el propio Ministerio de la Educación.

Traído a Sogamoso por el acierto e iniciativa del entonces cura párroco de esta ciudad y hoy canónigo de la catedral de Tunja, el fundador del instituto y uno de los grandes benefactores de Sogamoso, doctor Jocelyn Parada Leal, cuando ya las bases se asentaban graníticamente con el aporte generoso de los patricios sogamoseños Juan y Fidel Reyes Melgarejo, Losada inició aquí su fecunda y dilatada obra educacionista, que no registró vacilaciones, que jamás claudicó, que consultó no sólo el aspecto de la enseñanza y de la formación moral e intelectual de las juventudes sino que cubrió diversos y amplios campos de la cultura. A su impulso generoso se deben publicaciones periodísticas de muchos años, ediciones de libros de que fueran autores intelectuales sogamoseños, bibliotecas populares, para la enseñanza y cultivo de las clases media y obrera, sociedades de espíritu público, no sólo correspondientes al am-

biente particular del colegio sino a toda la ciudadanía y hasta la colaboración de los alumnos en las mismas obras de ornato y de embellecimiento de la ciudad.

Patriota integérrimo, sólo a la patria rindió culto y por su causa, que él entendía esencial y estrechamente vinculada a la formación de las generaciones nuevas, promesa y pedestal de esa misma Patria, en los postreros años de su misión educativa vivió y murió dentro de la mayor pobreza, "no legando a la posteridad otros bienes que un modesto jergón, unos libros y unos papeles". No es este su más noble, su más grande, su más insigne título? Porque en Losada, como decía Quintiliano, "el saber se unió a la virtud que es la fama", y en el servicio a los hombres "fue sencillez y de abnegación perfecta", lo que constituye la verdadera gloria, al decir de Gandhi. En los claustros del Colegio de Sugamuxi, Losada dió a sus sistemas educacionales el más amplio sentido y la más clara concepción republicana y democrática: Los bandos de "Oriente y Occidente" y la "Sociedad de Espiritu público" reflejo fueron de nuestros dos partidos tradicionales y de la República entera, entendida bajo el alterno juego de la voluntad ciudadana. No que fuera un político, porque Losada desconoció el sectarismo, sino porque como patriota integral el alma de Colombia bullía entera a través de su obra y su fisonomía toda, considerada como estado, como nación o como pueblo, en la estructura de su colegio era trasunto fiel. Enamorado de su fé Cristiana, Losada fue apologista y paladín de sus creencias, hasta entregarnos páginas que recuerdan los períodos de los escritores peninsulares. Dijérase un cenobita o un apóstol de los antiguos tiempos que recorría el desierto, la ciudad o la umbría, sin más arma o sostén que su cayado, predicando la verdad. De él sí que se pudiera decir como de Goethe que al morir no dejó otra meta sino la de la luz que iluminase las conciencias. En sus discursos hay pasajes de imperecedero relieve y, como anticipándose a la catástrofe que en esta hora se abate sobre el mundo, recordando las palabras del señor Merchán, expuso: "la humanidad solo ha encontrado en la moral cristiana el báculo en que se ha apoyado durante diecinueve siglos y si ahora pretende desecharlo por indeseable, se encontrará detenida hasta que la alcance y la oprima la barbarie". Preceptor fué no a la manera de Maquiavelo sino en el sentido redentor y luminoso de Pablo de Tar-

so. Y de los viejos maestros recogió la herencia de postulados y virtudes que se estremecieron elocuentes en los labios de Séneca.

Trasunto de su labor y de su obra, son las generaciones educadas por Losada, de las que, en cada una, han sobresalido figuras y representativos de alto prestigio, que hoy dilatan por el ámbito de Colombia, con dignidad y orgullo, el nombre de Sogamoso: exponentes de la iglesia, sabios y profesores de la medicina, jurisconsultos, magistrados, historiadores, escritores, periodistas, literatos y poetas, ingenieros y matemáticos, militares de fulgurante carrera, científicos y artistas, empresarios, gerentes, hombres de singular valía en el comercio, en la agricultura y en la industria, y, en fin toda una pléyade de ciudadanos que intervienen con brillo y eficacia en todos los órdenes de la actividad nacional. Signo y expresión de la juventud modelada por Losada y del común y trascendente destino que le corresponde es el joven estadista y mandatario a cuya inteligencia y fervor han sido confiados ahora los destinos de Boyacá, el doctor Alfonso Patiño Roselli.

Cuando sobre este valle de *Suamox* se anuncia no ya tan solo el esplendor de la más grande empresa de la civilización y del progreso, sino la propia liberación económica de Colombia, la figura de Losada surge aureolada por la grandeza de la misión cumplida, al servicio de gentes a quienes tocará en suerte ser impulsadoras, copartícipes o beneficiarias de aquéllas. El amanecer de otra era se anuncia clarividente y magnífico sobre el suelo de Boyacá. Si ayer sobre sus campos inmortales corrió la caravana libertadora hasta asentar sobre sus breñas frías el edificio de la nacionalidad, mañana aquí también se darán cita los hitos formidables de sus tres grandes destinos: el de la raza, vencida y conquistada, que será rescatada a la tragedia de su tradicional fatalismo y de su resignación milenaria, para vivir ahora bajo el ritmo de la transformación industrial, el de Bolívar, genio y libertador, que lo anunció con antelación de siglos y el de la propia España que, como compañera de Roma, en la génesis de la historia, cuna de civilizaciones y forjadora de pueblos, confundió su sangre, su lengua y su religión con el mito, los elementos y la fertilidad de esa misma raza. Colocada esta ciudad

sobre el cruce de esos caminos estelares a ella corresponderá en suerte ser la sede industrial de la gran siderúrgica de Paz de Río, centro prodigioso del desarrollo comercial y urbe privilegiada entre las grandes de Colombia.

Cuando ese porvenir venturoso se torne en realidad auténtica, cuando el humo de las grandes fábricas y factorías empañe la transparencia de su cielo, pregonando la civilización del hierro, cuando los vergeles y praderas de su valle pródigo se confundan con las calles y plazas de la gran metrópoli, entonces, las generaciones agradecidas vendrán a inspirarse en este monumento que la gratitud ciudadana levanta hoy a su maestro insigne. El Colegio de Sugamuxi seguirá siendo el símbolo de su ambiental cultura y, hoy, como ayer y como mañana, el precioso legado de su primero y más denodado conductor pasará de esas limpias y excelsas manos a otras no menos dignas y ejemplares.

Desde aquí, oh maestro, presidirás los destinos de la tierra del sol, la parábola de su historia y el porvenir augusto que le espera. Tus enseñanzas perdurarán, y tu noble, tu inmarcesible ejemplo, hará más firme el laurel que ceñirá tus sienes inmortales. No otras palabras más fieles que las de Bolívar para exaltar el mérito de tu ideal:

“La gloria está en ser grande y en ser útil”.

INFORME

rendido por el Secretario de la Academia Boyacense de Historia señor don Ramón C. Correa, en la Sesión Solemne del 12 de octubre de 1951, acto que se verificó en el Aula Máxima del Colegio de Boyacá.

Señor Gobernador del Departamento, Ilustrísimo señor Obispo, señor Presidente de la Academia Boyacense de Historia, señores, señoras:

Como Secretario de la Academia Boyacense de Historia rindo el informe reglamentario en relación a las labores de esta ilustre Corporación patriótica, del 12 de octubre de 1950 al 12 de octubre de 1951. Hablaré por el espacio de cuarenta minutos.

En noviembre de 1950 la benemérita Comunidad de padres franciscanos cumplió cuatrocientos años de establecimiento en el Departamento de Boyacá.

Durante cuatro siglos de estada en Boyacá de los eximios hijos de San Francisco de Asís, estos religiosos han trabajado con entusiasmo por el progreso de esta sección de la Patria, ya con la evangelización de pueblos indígenas, ya con la construcción de edificios para conventos e iglesias de elegantes estilos arquitectónicos, como el templo de San Francisco de Tunja y el convento antiguo de la misma ciudad, el soberbio convento y hermosa iglesia de Monguú, ya con apoyo eficaz a fechas gloriosas de la independencia relacionadas con Boyacá, ora con la organización en la naciente República del histórico plantel para varones llamado Colegio de Boyacá.

Los padres franciscanos, con sus doctas enseñanzas pedagógicas, dieron vida en 1822 al Colegio de Boyacá, por orden del Vicepresidente de la República General Francisco de Paula Santander. El R. P. franciscano Fray José Antonio Chaves fue el primer Rector en los años de 1822, 1823, 1826 y 1827. El padre franciscano Fray Rafael Serrano fue nombrado en 1822 de Capellán del Colegio de Boyacá. El padre franciscano Fray Nicolás Matallana fue el primer Síndico del citado cole-

gio y “el elemento más valioso que tuvo el plantel en sus primeros años” según documentos oficiales. El artículo primero del decreto de 9 de octubre de 1835, expedido por el Presidente de la República General Santander, dice: “Artículo 1o.—Se crea una cátedra de filosofía en el Colegio de Boyacá, cuyo desempeño gratuito y durante un curso estará a cargo del padre Nicolás Matallana”. El padre franciscano Fray Francisco Antonio Florido que “estaba de cura de Ramiriquí ofreció costear una beca anualmente en el Colegio de Boyacá y contribuir con cincuenta pesos fuertes cada seis meses para premiar al joven que más se distinguiese”, según lo dice el gran historiador don José Manuel Groot en su inmortal obra titulada “Historia Eclesiástica y Civil de la Nueva Granada”. Los hijos de San Francisco de Asís tuvieron mucha parte en la fundación y organización del Colegio de Boyacá, el instituto más histórico que actualmente tiene el departamento. La educación secundaria de Boyacá debe inmensos servicios a los religiosos franciscanos.

La Academia Boyacense de Historia, por medio de una Resolución, rindió tributo de respeto y gratitud a la Comunidad Franciscana por los cuatrocientos años de permanencia en Boyacá e hizo votos fervientes porque esta casa de oración y de estudio, continúe dando brillo a la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Tunja.

El 20 de diciembre de 1950 murió en Bogotá el ilustre canónigo de la Catedral de Tunja y distinguido miembro de la Academia Boyacense de Historia señor doctor don Rafael Amaya Daza. El extinto se hizo visible en el departamento como poseedor de sólidos conocimientos eclesiásticos, como literato, historiador y como poeta de sonora lira. En el Capítulo Catedral conquistó ascensos hasta llegar a elevado puesto en la respetable corporación católica mencionada. Desempeñó el rectorado del Colegio de Boyacá. Desde este importante cargo de instrucción secundaria supo dirigir con acierto a la juventud estudiantil de esta sección de la República.

En 1931 vino de España a Colombia el ya afamado historiador y hombre de ciencia R. P. franciscano capuchino Fray Marcelino de Castelví. Se estableció en Sibundoy, Putumayo, región donde los religiosos capuchinos tienen misiones para civilizar a las numerosas tribus salvajes del Sur de la República. Desde el principio del establecimiento del padre del Castelví en Sibundoy, el eminente fraile empezó a estudiar con brillo los diversos dialectos que hablan los aborígenes en aquel vasto sector de la Patria. Fundó allí el Centro de Investigaciones Americanistas. La docta corporación analizó las características

raciales, como lenguaje, creencias religiosas, costumbres de los naturales. Los trabajos del padre del Castelví llamaron bien pronto la atención de Academias científicas de Sur América y de Europa. Formó en Sibundoy una rica biblioteca y fundó la revista titulada "Amazonía", revista que dió a la luz valiosos estudios sobre idiomas indígenas.

Veintiocho Academias americanas y europeas otorgaron al R. P. del Castelví diplomas de miembro honorario, de número y correspondiente como premio a la ciencia del eximio religioso. Entre esas corporaciones está la Academia Boyacense de Historia. Hace diez años el padre del Castelví estuvo en Tunja y visitó la Academia. Tuve la felicidad de hablar por largo rato con tan docto escritor sobre temas indigenistas. El R. P. del Castelví al morir deja inéditos muchos trabajos científicos y sobre los idiomas de las tribus de la región del sur del país. Que el gobierno nacional publique tan brillantes estudios para gloria tanto de la Madre España como de Colombia. La ciencia de mi Patria está de profundo duelo con la desaparición eterna de un sabio religioso que gastó su preciosa vida en aras de la catequización e ilustración de miles de compatriotas que moran en comarcas montañosas del sur de la República.

En la ciudad de Medellín murió el señor Coronel don Avellino Fajardo, ciudadano de distinción en la milicia de Colombia y en la historia patria. Pertenció a doctas Academas patrióticas y a corporaciones culturales. Dió a la publicidad interesantes estudios históricos que le merecieron honrosos conceptos de autoridades en la materia. Entre esos trabajos está el titulado "Biografía Militar de Ricaurte", estudio que prueba, con documentos contundentes, que el héroe de San Mateo sí prendió fuego al parque que custodiaba con sus propias manos y voló en átomos por los espacios.

La bandera tricolor tiene enlutados sus pliegues por la muerte del gran patricio señor doctor don José Joaquín Casas, gloria purísima de Colombia e hijo eminente de Boyacá. El 8 de este mes de octubre el eximio poeta exhaló el último aliento de su preclara vida y entró a formar parte del recinto donde moran los inmortales.

El doctor Casas figura con brillo diamantino entre los poetas y literatos más egregios de la Patria. Como bardo fue autor de hermosas poesías místicas, épicas, descriptivas, románticas, eróticas y populares. Entre las producciones místicas sobresale en lugar destacado la titulada "Canto a María", de entonación clásica. Fue maestro en el soneto, género bastante difícil en la métrica. Los sonetos del libro "Crónicas de Aldea", describen con gracia y originalidad muchas escenas campestres y exhiben

a su autor como un gran pintor de la naturaleza, de los usos, costumbres y regocijos de nuestras masas campesinas. El doctor Casas arrancó a su lira graciosa coplas que se oyen cantar, por suaves voces, en las fiestas religiosas y profanas, en los campos y caminos al santuario de la Virgen de Chiquinquirá. Entre las poesías de sabor nacional, están en puesto visible "La Promeserita" y "La flor de la viravira", composiciones llenas de encanto. El literato don Daniel Samper Ortega dijo de la poesía popular del doctor Casas: "Porque Casas, buen lector de los "Mosaicos", que quiere decir costumbristas, pero buen lector también de los clásicos latinos, ha sabido ennoblecer la poesía popular, los tipos y paisajes del villorrio, sin quitarles nada de su frescura original". El literato y crítico R. P. salesiano José Joaquín Ortega Torres, dijo del doctor Casas: "Es a un tiempo académico y popular, mucho más culto que Ortiz y Flórez, más espontáneo que Torres, más clásico que los tres".

El doctor Casas ocupó altos puestos en la nación y en el exterior. Fue diputado a asambleas departamentales; representante a la cámara; senador de la república en varios períodos; ministro de estado en las carteras de Educación, Relaciones Exteriores y Guerra; Consejero de Estado; Primer Designado a la Presidencia de la República; candidato a la Presidencia de Colombia en 1930; ministro plenipotenciario en España; miembro de las Academias de la Lengua, de la Historia, de la Jurisprudencia, de la Real Academia Española, de la Real Academia de Ciencias y de numerosas corporaciones literarias, científicas, históricas, pedagógicas y de folklore tanto de Colombia como de países extranjeros. Fue condecorado por el gobierno nacional con la Cruz de Boyacá y por el Gobierno del Generalísimo Francisco Franco con la Gran Cruz de Isabel la Católica. Fundó la Academia Colombiana de Historia, corporación que ha dado y dará días de bienandanza a las hazañas de la Patria.

El 7 de agosto de 1939, con motivo de las fiestas del cuarto centenario de la fundación de Tunja, los eximios bardos doctor José Joaquín Casas y don Alfredo Gómez Jaime, recibieron, sobre sus sienes, en el Teatro Cultural de Tunja, con gran solemnidad, la corona de la inmortalidad. La idea de la coronación salió del Centro de Historia, hoy Academia Boyacense de Historia, y fue lanzada por el académico que habla en este momento.

Que el bronce y el mármol perpetúen perennemente el nombre del doctor Casas como poeta, literato, historiador, pedagogo, crítico, como sincero cantor de los sublimes misterios de la religión Católica, para orgullo de la tierra boyacense que vió nacer a este epónimo varón.

La Academia Boyacense de Historia lamenta las muertes de sus importantes socios señor canónigo doctor Rafael Amaya Daza, R. P. Fray Marcelino de Castelví, Coronel Avelino Fajardo y doctor Casas y deposita ante las tumbas de estos discípulos de la diosa Clío esta pequeña semblanza como recuerdo a los valiosos servicios que prestaron a la historia nacional.

La Academia confirió este año el título de Miembro Correspondiente al doctor Luis Duque Gómez y al Maestro don Luis Alberto Acuña, ilustres historiadores nacionales asistentes a esta Sesión Solemne.

Los doctores Duque Gómez y Acuña no necesitan de presentación. Ambos son ampliamente conocidos en la República como autores de eruditos estudios históricos, científicos, de arte colonial y sobre las diferentes razas que poblaron y pueblan el territorio no solo de Colombia sino el de países de Sur América. Pertenecen a la Academia Colombiana de Historia y a Academias de dentro y fuera de la nación. El doctor Duque Gómez es un gran etnólogo. Ha analizado científicamente la historia de los aborígenes de Colombia con todos los detalles de la vida íntima y racial de las numerosas tribus que moran en varios lugares de la República. La Academia Colombiana de Historia contrató con el profesor Duque Gómez un volumen en relación a los indígenas de la nación, volumen con destino a la Historia extensa de Colombia que con brillo está preparando la docta Corporación histórica mencionada.

El Maestro Acuña, es, además de historiador, notable escultor y pintor. En ambas ramas ha creado brillantes trabajos que le conquistaron el honroso cargo de Rector de la Escuela de Bellas Artes de la Universidad Nacional. Museos de Europa, Estados Unidos, México y Colombia guardan esculturas y óleos del Maestro Acuña. Los monumentos escultóricos del fundador de Bogotá Mariscal don Gonzalo Jiménez de Quesada y del General Benjamín Herrera y los bustos de los poetas don Rafael Pombo y don Jorge Isaacs y el busto de bronce del historiador presbítero don Joan de Castellanos, este último que se levanta en el atrio de la Catedral de Tunja, fueron modelados por el admirable cincel de este prestigioso maestro del arte. En 1950 obtuvo en Bogotá el primer premio por su importante cuadro al óleo "El bautismo de Aquimenzaque". En la iglesia de San Francisco de Tunja se exhibe en los días de Semana Santa un gran telón que recuerda la prisión en que estuvo Nuestro Señor Jesucristo antes de morir y luego exánime en el Santo Sepulcro. Esa obra de pintura también salió del áureo pincel del Maestro Acuña, para esplendor del templo de los hijos

del "Ruisenor de Umbría".

Doy el saludo de bienvenida a la Academia a dos eximios exponentes de las glorias patrias de Colombia.

El 4 de agosto de 1951 se cumplieron cuatrocientos años de la fundación canónica en Tunja del Convento de Santo Domingo.

La Academia rindió tributo de homenaje a la Comunidad de padres dominicanos de Tunja por medio de una placa de mármol que se descubrió solemnemente el 30 de agosto en el muro exterior del templo de Santo Domingo, placa que exhibe los nombres de los preclaros padres españoles que en 1551 echaron las bases de la casa mística que ha dado a Boyacá muchos religiosos eminentes en la ciencia y en la oratoria sagrada. El académico señor Canónigo doctor don Ignacio A. Vargas Torres pronunció un brillante discurso en honor de los frailes de hábito negro y blanco, oración que recibió aplausos del selecto y numeroso público que concurrió al certamen patriótico en referencia.

La comunidad de padres dominicanos ha prestado valiosos servicios a Boyacá durante cuatro centurias. En el período de la conquista los religiosos recorrieron numerosos pueblos prehistóricos, evangelizaron a las tribus salvajes, les enseñaron la religión de Jesucristo, destruyeron los ídolos falsos que adoraban los primitivos moradores de estas altiplanicies y levantaron iglesias donde elevaron consagrados el cuerpo y sangre del dulce Rabí de Galilea.

Los padres dominicanos no sólo hicieron excelente labor evangélica en caseríos del interior hoy de Boyacá. Atravesaron la Cordillera a pie y en medio de penalidades entraron en la extensa llanura de Casanare a llevar la luz del Evangelio a las tribus que habitaban en las pampas orientales.

Después de la catequización de pueblos precolombinos, los religiosos determinaron hacer construir templos y edificios para conventos, de hermosos estilos arquitectónicos, como se observa en las artísticas obras de la iglesia y convento de Santo Domingo de Tunja, en la soberbia Basílica de Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá, en el elegante convento dominicano de la misma ciudad y en el convento e iglesia del Desierto del San Eccehomo en vecindario de Sutamarchán. Las edificaciones mencionadas han sido y serán muy visitadas por los turistas ilustrados de Colombia y del exterior.

La iglesia de Santo Domingo de Tunja guarda con orgullo una joya de elevado valor artístico, joya de arte cristiano que no posee otro templo de Colombia. Me refiero a la bellísima

capilla de Nuestra Señora del Rosario. El docto profesor español doctor Enrique Marco Dorta, en su gran estudio titulado "La arquitectura del Renacimiento en Tunja", publicado en España y que yo reproduje en el primer tomo de la "Historia de Tunja", analiza científicamente el valor antiguo de la obra que custodian con respeto los hijos de Santo Domingo. Tunja se ufana y se gloria de tener en la iglesia dominicana un tesoro que daría honra a la catedral más suntuosa del mundo.

Hace algunos años visitó la ciudad de Tunja el escritor mexicano Licenciado don José de Vasconcelos. Este eximio literato y crítico fue a la iglesia de Santo Domingo, visitó detenidamente el monumento religioso y dijo que por solo conocer la capilla del Rosario se debe hacer un viaje de Europa a Tunja.

Los padres dominicanos de la Colonia dieron empuje a la juventud estudiosa de aquella lejana época. En colegios y universidades que regentaron en Santa Fé, Tunja y otras ciudades formaron muchos muchachos que años más tarde figuraron en puesto de honor, unos en la carrera eclesiástica y otros en las letras.

Los hijos de Santo Domingo ocupan también sitio de distinción como concedores de idiomas de las distintas tribus que poblaban el territorio hoy de nuestra Patria. Entre los más eruditos en vocabulario aborígen sobresalieron los padres Diego de Valverde, Alonso Ronquillo, Juan Martínez y Bernardo de Lugo. Este eminente religioso, nacido en Santa Fé de Bogotá, escribió un libro en relación a la Gramática de los indios Moscas. Como los padres dominicanos fueron muy profundos en idiomas prehistóricos, los frailes recibieron el título de *lenguaraces*.

Los padres dominicanos coadyuvaron en bien de la independencia. En la Constitución de la República de Tunja, el 9 de diciembre de 1811, y en la proclamación de la independencia de la Provincia de Tunja, el 10 de diciembre de 1813, religiosos de Santo Domingo firmaron, como Electores por pueblos de Boyacá, ambos trascendentales documentos de separación hoy de Boyacá de la Madre España.

El 19 de enero de 1815, el eximio prócer don José Acevedo y Gómez, en nombre del gobierno republicano y en su carácter de Jefe Político del Distrito de Chiquinquirá, dirigió al Superior del Convento de padres dominicanos de Chiquinquirá R. P. Fray Miguel Garnica una nota pidiéndole prestadas las alhajas preciosas de la Virgen para ayuda del sostenimiento de la emancipación de la Patria. El padre Garnica contestó en atento oficio al prócer citado que la comunidad deter-

minó designar en las manos del gobierno general todos cuantos haberes posee en común y en particular y hasta las personas de los religiosos del convento y que se entreguen a los comisionados el dinero y alhajas de oro y plata para ocurrir con la mayor presteza a las urgencias del Estado.

En 1819 el excelso genio de la guerra de independencia Libertador Simón Bolívar y el General don Francisco de Paula Santander organizaron en los extensos Llanos de Casanare las huestes republicanas con el fin de seguir a la Provincia de Tunja y redimir a los habitantes de la esclavitud en que yacían. Altos jefes y tropa y dos religiosos uno dominicano y otro agustino hicieron la penosa y larga travesía desde el límite con Venezuela hasta Paya. En la trayectoria murieron muchos soldados y caballos, de manera especial en el paso del terrible páramo de Pisva. El Libertador sintió dolor ante la muerte de buen número de soldados. Pensó en no continuar la marcha. Antes de dar este paso determinó oír la opinión de los jefes de operaciones para seguir a la Provincia de Tunja o volver a Casanare. El 30 de junio de 1819 el Libertador verificó una junta en el punto llamado "Llano de Miguel", vecindario de Paya. A esa reunión concurren los Generales Bolívar, Santander, Soubllette, Anzoátegui, el padre dominicano Fray Ignacio Mariño. El Libertador al ver la disminución de sus huestes, expuso a los asistentes los obstáculos para no continuar la marcha en pos de la Provincia de Tunja sino regresar a Casanare, ir a Venezuela, fortalecer allí sus tropas y entrar más tarde a suelo hoy de Boyacá por Cúcuta. El General Santander habló acerca de las posibilidades de triunfo en un futuro no muy lejano de los ejércitos patriotas sobre los realistas. Dijo que si volvían él continuaría la jornada emprendida hacía varias semanas y con la gente bajo su mando se enfrentaría al enemigo pero que retrocedería un paso.

El padre dominicano Coronel Fray Ignacio Mariño tomó la palabra y pronunció ante el Libertador una elocuentísima alocución toda llena de encendido amor patriótico. En esa oración pidió al Padre de la Patria que las tropas republicanas siguieran al Reino a conquistar la libertad. Para finalizar dijo el eximio hijo de Santo Domingo:

"Atended, señor, la voz de un patrota, que no ambiciona título ni honores. Si la Providencia me concede la vida después del triunfo, este será mi única recompensa; yo volveré al claustro y dejaré las charreteras, porque me serían inútiles. Acceded, señor, os lo suplico, os lo ruego; lo pido por esta corona que me consagra ministro de Dios".

El Padre de la Patria atendió las razonadas exposiciones

del General Santander y del R. P. dominicano Fray Ignacio Mariño, continuó con sus ejércitos, salvó la cordillera, entró en la Provincia de Tunja, libró con los españoles las dos grandes batallas del 25 de julio y 7 de agosto de 1819 y el sol de la libertad nació esplendoroso en estas saradas tierras de Boyacá.

Del 22 al 23 de julio la ilustre Corporación Sociedad Bolivariana de Colombia verificó en Bogotá un imponente Congreso con delegados de los países fundados por la gloriosa espada del Libertador Simón Bolívar y de los Centros Bolivarianos de los departamentos de Colombia. Las sesiones fueron espléndidas para la augusta memoria del genio militar más excelso de la independencia. Por la Sociedad Bolivariana de Boyacá concurren al Congreso el señor canónigo doctor don Ignacio A. Vargas Torres, doctores Ulises Rojas y Rafael Salamanca Aguilera.

Entre las proposiciones presentadas al Congreso por la delegación de Boyacá, figura una en que se solicita de la presidencia se nombre del seno de la corporación una comisión que seleccione de entre los múltiples y variados escritos del Libertador (proclamas, discursos, epístolas, testamento, etc.), algunos de los muchos geniales pensamientos que sean más adecuados para dar a conocer la egregia personalidad del Padre de la Patria en sus diversos y grandiosos aspectos y que se solicite del señor Ministro de Educación el que se impriman y se difundan por todos los ámbitos del país, principalmente en los colegios y escuelas, para que las generaciones que se están educando se formen y troquelen en los sublimes ideales y magnánimos sentimientos en que se inspiró el Genio incomparable del héroe epónimo que dió libertad a América.

Esta proposición, y a petición de la presidencia, fue sustentada en la más solemne de las sesiones, por S. S. doctor Ignacio A. Vargas Torres, quien al hacer uso de la palabra expuso entre otros motivos el de que el pueblo menos ilustrado sólo tenía del Libertador un concepto recortado, se le admiraba bajo un solo aspecto, se le consideraba únicamente como un guerrero invicto, como un caudillo revolucionario y como un genio militar, pero es tan sólo una faceta de su alma diamantina, de su excelsa y desconcertante figura, pero casi se le desconoce como un profundo pensador, como un consumado filósofo, como un egregio estadista, como un máximo orador y sobre todo no se ha meditado y profundizado lo bastante en la magnanimidad de sus generosos sentimientos, en la grandeza de su alma y en la nobleza de su cristiano corazón que se revela en sus palabras y en sus obras y que no debemos contentarnos con estudiarlo

y admirarlo a la luz relampagueante de las descargas en Pantano de Vargas o del Puente de Boyacá o en Ayacucho y Carabobo, sino también y muy particularmente el vuelo inextinguible de su genio en la Carta de Jamaica, o en su parte de Angostura o en sus admirables proclamas o finalmente en su augusto testamento de San Pedro Alejandrino, última llamarada, como dijo el señor Canónigo don Cayo Leonidas Peñuela de aquel gran corazón y relámpago con que aquella inteligencia maravillosa, chispa de la infinita sabiduría, se desprendió del mundo para ir a buscar en lo infinito el reposo que sólo allí puede hallar el alma, formada a semejanza de Dios.

El Congreso Bolivariano determinó, con mucho acierto, clausurar sus brillantes sesiones, en el campo histórico de Pantano de Vargas, el 25 de julio, y antes de ir a este sitio, rendir un homenaje de respeto al Libertador Simón Bolívar en el Puente de Boyacá.

El señor Gobernador del Departamento doctor Carlos Arturo Torres Poveda y sus secretarios, la Academia Boyacense de Historia y la Sociedad Bolivariana de Boyacá adhirieron con entusiasmo a la visita del Congreso Bolivariano al Puente de Boyacá y a Pantano de Vargas y organizaron en la mejor forma posible los actos en honor de los distinguidos admiradores del Libertador, que honrarían a Boyacá con su presencia.

El 25 de julio a las diez de la mañana partieron en dirección al Puente de Boyacá en varios automóviles, el Ilustrísimo señor Obispo Monseñor Angel María Ocampo, Monseñor Norberto Forero, Obispo de Pamplona, canónigos de la Catedral, el señor Gobernador, los secretarios del despacho ejecutivo, el señor Comandante de la Primera Brigada Coronel Arturo Charry, altos oficiales del Ejército, el Jefe y oficiales de la Policía División Boyacá, los miembros de la Academia Boyacense de Historia, miembros de la Sociedad Bolivariana, caballeros, los corresponsales de diarios de Bogotá, los directores de "El Demócrata" y "El Trabajo" y la banda del Departamento.

A las doce llegaron el señor Presidente y miembros del Congreso Bolivariano y el señor Capellán del Ejército Padre Pedro Pablo Galindo. A la presencia de tan ilustres viajeros, la banda ejecutó el Himno Nacional. Todos los asistentes partimos para el lugar donde se levanta el soberbio monumento al Libertador del escultor alemán Von Müller. Los miembros del Congreso depositaron al pie de la estatua la Historia una hermosa corona de laurel. La señorita María Aurora Escobar, alumna de derecho, pronunció un interesante discurso de honor al Libertador. El señor Presidente de la Academia Boyacense de Historia doctor Ulises Rojas, leyó unas eruditas páginas histó-

ricas en relación a la batalla del Puente de Boyacá, el 7 de agosto de 1819, fragmentos de un estudio que presentó al Congreso. El doctor Rafael Salamanca Aguilera, Presidente de la Sociedad Bolivariana de Boyacá, dió, en elegante improvisación, la bienvenida a los miembros del Congreso. El doctor Mauricio Makenzie, Presidente del Congreso, saludó al sitio inmortal donde nació la libertad. Los cuatro oradores fueron muy aplaudidos. La Academia ofreció a los miembros del Congreso, Ilustrísimos Obispos, señores canónigos, señor Gobernador, etc., una copa de champaña. La Banda amenizó el acto patriótico con escogidas piezas musicales.

En seguida la comitiva, en número de 22 carros, partió en dirección al Hotel Termales de la población de Paipa. Una vez en el recinto del amplio y elegante comedor, el señor Gobernador obsequió a todas las entidades ya mencionadas, con un suntuoso banquete. El señor Secretario de Gobierno doctor Miguel de J. Niño Leal, pronunció, en nombre del gobierno departamental, un magnífico discurso que recibió repetidos aplausos del selecto auditorio. El señor Presidente del Congreso Bolivariano doctor Makensie, contestó el discurso del señor Secretario de Gobierno. La banda departamental ejecutó varias piezas clásicas durante el banquete.

Terminado el anterior acto social, la peregrinación bolivariana se encaminó al campo histórico de Pantano de Vargas. Ya al pie del monumento del héroe de la batalla del 25 de julio de 1819 Coronel Juan José Rondón, la banda tocó el Himno Nacional. En seguida ocupó la tribuna el presbítero doctor don Ernesto Reyes y pronunció un espléndido discurso patriótico en representación de la Academia Boyacense de Historia, pieza que alcanzó repetidos aplausos del selecto y numeroso auditorio. A continuación el ilustre Gobernador de Boyacá señor doctor don Carlos Arturo Torres Poveda, con sonora voz y con muy buena acción, improvisó una elocuente oración de períodos literarios e históricos, oración académica que recibió muchas ovaciones de los respetables oyentes. Para terminar un miembro del Congreso dió lectura a un pergamino de honor al señor Presidente doctor Makenzie. Este académico presentó sus agradecimientos por el homenaje que se le dispensó. El Himno Nacional y veintiún cañonazos dieron por terminada la fiesta de respeto y admiración a la memoria de los invictos héroes que en el campo inmortal de Pantano de Vargas pelearon con bravura por legar a las futuras generaciones una Patria grande y libre.

La Academia aprobó un acuerdo sobre concursos anuales

de Historia de Colombia entre los estudiantes de segunda enseñanza de la capital de Boyacá y señaló una suma de pesos para premiar los dos mejores trabajos que se presentaran al concurso, premios que serán adjudicados el 12 de octubre de cada año, durante la Sesión Solemne de la Corporación. Los temas fueron: Campaña libertadora de 1819 tratada en su conjunto o en el desarrollo de alguna de sus etapas culminantes y estudio sobre el Libertador referente a cualquiera de sus hechos de armas o alguno de los rasgos fundamentales de su carácter. El concurso de 1951 se cerró el 20 de septiembre. El Jurado Calificador quedó constituido así: Presidente de la Academia Boyacense de Historia, Presidente del Centro Bolivariano de Boyacá y Director de la Biblioteca del Departamento. El informe del Jurado Calificador, que adjudica los premios, será leído por separado en esta misma Sesión Solemne.

Desde hace mucho tiempo el Concejo Municipal de Tunja había venido celebrando, con una Sesión Solemne, el aniversario de la fundación de la ciudad de Tunja, el 6 de agosto de cada año. Esta usanza patriótica la verificó el Cabildo hasta antes de entrar la nación en estado sitio.

Como el aniversario de la fundación de una ciudad ilustre de la talla de Tunja no se puede dejar pasar en silencio, por más que el país esté en estado sitio, la Academia Boyacense de Historia resolvió el año pasado y en el presente subsanar el error y el poco amor patrio de los miembros del actual Concejo Municipal de Tunja por la capital de Boyacá, con la celebración de una Sesión Solemne en el salón del Concejo, el 6 de agosto, fecha en que vino a la vida española una urbe que ocupa puesto de alto honor en los anales de la historia de Colombia y que mereció del Libertador Simón Bolívar los gloriosos títulos de "Ciudad heroica, foco del patriotismo y taller de la libertad".

La sesión se desarrolló en el salón del Concejo Municipal ante respetable auditorio. Abrió la junta el erudito historiador señor doctor don Nicolás García Samudio, ex-Gobernador de Boyacá y eximio hijo de Tunja. Se dió comienzo al acto con el Himno Nacional ejecutado por la Banda del Departamento. Después el Secretario leyó el acta de fundación de Tunja, el título de Ciudad, las mercedes concedidas a Tunja por el Rey de España, el Escudo de Nobleza, etc. La señora doña Elvira Sarmiento de Quiñones, en representación de la Academia, pronunció un interesante discurso en relación a la noble Villa del Capitán don Gonzalo Suárez Rendón, discurso que recibió aplausos y felicitaciones de los oyentes. La lectura de proposi-

ciones y una pieza tocada por la banda dieron por terminado el acto patriótico.

Concluída la junta se verificó un desfile a la iglesia catedral a depositar una corona en el monumento del fundador de Tunja, homenaje de la Academia. La Banda tocó en el recorrido del Concejo al atrio del templo mencionado. La ofrenda floral fué colocada por el doctor García Samudio al pie del busto del Capitán don Gonzalo Suárez Rendón. El honorable socio señor canónigo doctor don Ignacio A. Vargas Torres rezó un responso por el eterno descanso del alma del noble Padre de la ciudad de Tunja.

El 26 de septiembre de 1951 la Escuela Superior de Guerra, el señor General don Carlos Bejarano, los agregados militares de las Embajadas de Estados Unidos, Argentina, Chile, Brasil y Uruguay, el señor Gobernador doctor Carlos Arturo Torres Poveda y sus secretarios y el Presidente de la Academia Boyacense de Historia doctor Ulises Rojas, visitaron los inmortales campos de Pantano de Vargas y Puente de Boyacá. El doctor Rojas, por invitación de la Escuela Superior de Guerra, dictó en ambos sitios memorables eruditas conferencias históricas en relación a las dos grandes batallas del 25 de julio y 7 de agosto de 1819, conferencias que alcanzaron aplausos del respetabilísimo auditorio.

El 29 de noviembre de 1916 fue celebrado con brillo en la ciudad de Tunja el primer centenario del sacrificio de los mártires doctores José Cayetano Vásquez y Juan Nepomuceno Niño y Teniente Coronel José Ramón Lineros. El muro que sirvió de patíbulo quedó resguardado por un templete de madera. Al frente del monumento, y en presencia de los restos de los preclaros próceres citados, el Ilustrísimo señor Deán dijo una misa de requiem, oficio religioso que oyeron el Ilustrísimo señor Obispo doctor don Eduardo Maldonado Calvo, el señor Gobernador del Departamento doctor Domingo Antonio Combariza Mariño y sus secretarios, los miembros del Centro de Historia de Tunja, descendientes de los doctores Vásquez y Niño, del último el señor canónigo doctor don Aquilino Niño y numeroso gentío. La Banda departamental ejecutó sentidas partituras. El elocuente orador sagrado doctor don Abigaíl Morales, cura párroco de Santa Bárbara y miembro del Centro de Historia, pronunció una bella oración fúnebre de elogio a los ajusticiados por su amor a la independencia.

A la una de la tarde se dió principio a una imponente procesión cívica desde la plaza de Bolívar hasta el paredón. Las al-

tas autoridades civiles y eclesiásticas, historiadores, familias distinguidas y las provincias del departamento, representadas con pendones de colores, el Batallón de Tren Soublette, acantonado en Tunja y numeroso público, marcharon en dirección al monumento. Una vez allí, la Banda tocó el Himno Nacional y el Batallón presentó armas. En seguida el brillante historiador de talla nacional doctor don Nicolás García Samudio pronunció un elocuente discurso de homenaje a los esclarecidos varones que al pie de esa pared habían exhalado sus vidas en pro de la fundación de la República.

Pasaron treinta y cinco años y el templete de madera levantado en 1916 para amparar el paredón donde fueron fusilados los doctores Vásquez, Niño y Teniente Coronel Lineros, llegó al deterioro y el monumento de la independencia amenazaba ruina total.

El progresista Gobernador de Boyacá y elocuente orador señor doctor don Carlos Arturo Torres Poveda y su competente Secretario de Obras Públicas doctor don Pablo Hernández Rojas, concibieron la feliz idea de hacer cubrir el paredón de un hermoso templete y encargaron al afamado artista Maestro don Luis Alberto Acuña para que modelara la maqueta. El Maestro hizo la obra que ya fue realizada en grande como homenaje brillante a la memoria de los mártires sacrificados en 1816 por la libertad. La Academia Boyacense de Historia, en Sesión Solemne del 6 de agosto de 1951, aprobó por unanimidad la siguiente proposición:

“La Academia Boyacense de Historia felicita efusivamente al señor Gobernador del Departamento doctor don Carlos Arturo Torres Poveda y al señor Secretario de Obras Públicas doctor Pablo Hernández Rojas por la inauguración solemne que se verificará mañana del hermoso templete que hicieron construir para cubrir el muro donde fueron fusilados el 29 de noviembre de 1816 los eminentes hijos de la ciudad de Tunja doctores José Cayetano Vásquez y Juan Nepomuceno Niño y el Teniente Coronel José Ramón Lineros, oriundo de la Villa de Las Palmas, Santander. La Academia agradece a los altos funcionarios citados el gesto de noble patriotismo que han demostrado en pro de un monumento que vió exhalar las preclaras vidas a tres eximios varones en aras de la libertad de la Patria. La Academia también felicita al ilustre arquitecto Maestro don Luis Alberto Acuña por la artística maqueta que modeló para desarrollar la obra y al competente constructor señor don José del Carmen López que dirigió el trabajo hasta llevarlo a feliz término”.

MCD 2015 El siete de agosto a las once de la mañana fue inaugurado

solemnemente el nuevo templete que amparará el paredón histórico. Concurrieron el señor Gobernador del Departamento y sus Secretarios, vestidos de etiqueta, el Ilustrísimo señor Obispo Monseñor Angel María Ocampo, el clero secular y regular, el señor Comandante del Batallón Bolívar Coronel Arturo Chary y oficialidad en traje de parada, el Jefe y oficiales de la Policía División Boyacá, los doctores Miguel Jiménez López y Luis F. Reyes Llaña, el señor doctor don Nicolás García Samudio y el Maestro don Luis Alberto Acuña, miembros de la Academia Colombiana de Historia, los miembros de la Academia Boyacense de Historia, el señor Alcalde de la ciudad, señores, señoritas, una compañía del Batallón y gran gentío entre hombres y mujeres. Las fuerzas armadas hicieron honores a la Bandera Nacional y al muro y la Banda ejecutó el Himno Nacional. El Comandante del Batallón Bolívar Coronel Arturo Chary y el Maestro Acuña pronunciaron magníficos discursos ante el monumento, piezas oratorias que obtuvieron repetidos aplausos del numeroso público.

La obra quedó elegante y digna de todo elogio. La doble vía fue pavimentada e iluminada y recibió por nombre "La Avenida de los Mártires". Que la Patria pague a los doctores Torres Poveda y Hernández Rojas el alto respeto que guardan por los sagrados recuerdos de la Historia.

En el monumento de la independencia quedó incrustada una placa de mármol con la bella frase final de la elocuente proclama del Gobernador de la Provincia de Tunja doctor don José Cayetano Vásquez a los pueblos de su mando, de fecha 27 de febrero de 1816, pensamiento sublime que dice: Eternamente vive quien muere por la Patria".

He dicho.



Sentado, don Horacio Isaza. De pie, de izquierda a derecha: doctor Ulises Rojas, doctor Manuel Avella, rector del Colegio de Sugamuxi, de la ciudad de Sogamoso, don Ramón C. Correa y doctor Humberto Plazas Olarte. Los académicos ostentan la artística medalla de la Academia Boyacense de Historia.

DISCURSO

*pronunciado en la Sesión Solemne del 12 de octubre de 1951
por el H. S. Maestro don Luis Alberto Acuña.*

Honorable señor Presidente de la Academia Boyacense de Historia, señores miembros de la misma, caballeros:

Ha tenido a bien esta institución ya benemérita traer a su seno en esta fecha a dos ciudadanos nacidos lejos de la tierra boyacense pero íntimamente ligados a ella por los lazos de la admiración y del afecto. Fruto es el primero de tales sentimientos del reflexivo estudio de su glorioso historial y el segundo se deriva ora del frecuente trato de sus gentes, ora del entusiasmo que la contemplación de sus reliquias nos produce o ya como lógica consecuencia del primordial sentimiento admirativo. Y este doble y por demás entrañable sentir hacia la tierra de Boyacá, hacia sus gentes y su historia, lo compartimos por igual y desde vieja data mi compañero, el joven y ya ilustre director del Instituto Etnológico Nacional licenciado profesor Luis Duque Gómez, y quien os habla. Y si en esta ocasión, para nosotros memorable, me atrevo e inclusive me complazco en hacer pública profesión de decidido entusiasmo boyacensista, es porque tal circunstancia ha sido motivo para merecernos el honor altísimo que aquí se nos dispensa, o, por mejor decir, el único motivo por lo que a mí respecta ya que, en honor a la verdad, paso y repaso mis flaquísimos méritos sin encontrar alguno digno de merecer, siquiera en parte mínima, distinción tan señalada. Otra cosa es lo que a mi compañero respecta: en plena juventud, ayer tan promisorio como hoy fructífero, Luis Duque Gómez constituye un caso raro, por no decir único en nuestra sociedad y en nuestra época, de consagración a las altas disciplinas científicas, en cuanto ellas tienen de más árduo, austero y desinteresado. Los treinta años de su vida representan dentro del devenir de la ciencia colombiana un ejemplo de gloriosa juventud sólo comparable a las de Caldas y Eloy Valenzuela, así por la profundidad investigadora como por la laboriosidad silenciosa. Y de la dilatada enumeración de realizaciones, a cual más importantes, en los campos de la arqueología, la antropología física, la etnología e inclusive el folklore y la

lingüística, que corren a lo largo de esa hoja admirable que es su *curriculum vitae*, no puedo callar dos hechos, que son como piedras angulares en la envidiable ejemplaridad de su carrera, cuales son el llevar sobre sus hombros, ya por algo más de un lustro, la dirección del Instituto Etnológico Nacional, institución que hace honor a las ciencias colombianas, que tiene por objeto el estudio del hombre en el pasado y el presente, y sus íntimas relaciones con el medio, y que, en consecuencia, plantea trascendentales soluciones para lo porvenir. Es la otra su participación en la Historia Magna de Colombia, empresa monumental que en la actualidad adelanta la Academia Colombiana de Historia y cuyo primer volumen, referente a nuestros aborígenes, le ha sido encomendado. Obra será aquella que para satisfacer esa primordial necesidad de nuestra cultura que consiste en hacer un detenido, extenso y cabiloso inventario de nuestro devenir histórico, necesita el aporte en equipo de las mentes más eruditas y los más graves criterios con que en la actualidad cuenta el país en la ciencia de la historia. Se calcula en algo más de una docena la cantidad de rebultados volúmenes que tarea de tan vasto aliento habrá de llenar; y el primero de tales volúmenes, básico sillar del monumento, le ha sido confiado con unánime beneplácito a Luis Duque Gómez; ahí teneis, pues, definido tan sólo dos hechos extractados entre otros varios no menos meritorios, la personalidad de uno de los miembros que hoy llamais a vuestro seno. Al otro de ellos, aquí le teneis; y por cierto que no es obedeciendo a un elemental sentimiento de modestia por lo que me niego a referirme detenidamente a mí mismo, sino porque en algunas de esas horas de profunda y dolorosa meditación en que de tarde en tarde solemos sumergirnos los hombres, cuando a lo largo del decurso de nuestra vida advertimos que vamos doblando el "Cabo de las Tormentas" y que la estación final de esa cosa amable y efímera que llamamos "la vida" pone en nuestras sienes en vez de los verdes laureles soñados las primeras nieves precursoras, ha sido entonces, en algunos de tales monumentos de fría autocrítica e implacable balance, cuando he advertido no ser yo cosa distinta de un espíritu transido por la curiosidad y el ansia de saber, absorto ante el panorama múltiple y cambiante que la naturaleza tiene a todo momento abierto a nuestros ojos. De mis reiteradas incursiones de aficionado a los campos del arte o de la ciencia hubiese podido sacar la tremenda conclusión del sabio clásico, "Sólo sé que nada sé", si la bondad divina no me hubiese deparado, de tiempo atrás, la suerte de hallar verificado el apotegma del poeta: "Todo es Dios, todo es himno, todo es arte". En efecto, todo es Dios; y sorprende, a tal propó

sito, advertir como algunos científicos o artistas de altísima valía sólo lo encontraron ya al final de su carrera, o no lo hallaron nunca, no obstante que El está ahí no más, presente en la maravilla de su obra y listo a mostrársenos tan sólo conque le busquemos con rectitud de criterio y sencillez de corazón.

Si la profundidad de la investigación científica o la excelsa elevación del arte hubiesen de servirme para desembocar a la postre en las desamparadas regiones del ecepticismo, he de vivirle muy agradecido a mi estrella que me induce a revolotear cual las avejas de incesante laboriosidad sobre las corolas del jardín de Natura para rosarlas apenas y extraer de ellas un ínfimo adarme de su miel. Porque esa miel, constituye presencia de la Divinidad y prueba inequívoca de su sabiduría y su poder; y si a mí se me pidiese una definición del concepto que tengo formado de Dios, yo diría que El es la Belleza, la Verdad y el Bien, en infinita plenitud, en perfecta cabalidad. Por modo que quien se afane en el logro de la belleza, de la verdad o del bien, cualquiera sea la vía por donde lo intente, a condición que no sea la tortuosa, habrá de encontrarse con El. Y es singular privilegio para quienes impulsados por el ansia infinita de saber nos hallamos apenas en el principio del principio, el tener presente a toda hora el proverbio fundamental: "Timor Domini principium sapientia".

Condición característica de nuestro tiempo por lo que a las altas disciplinas de la mente se refiere, es la especialización; y lo es a tal punto, que el hombre en su afán de penetrar secretos no se cura de cosa distinta que encastillarse en una sola y exclusiva rama del saber, con absoluta prescindencia de cualquiera otra preocupación. Posición es esta hallada tan conveniente y plausible que todos los laboratorios y cátedras del pensamiento la han auspiciado; ningún reproche, empero, suscitara tal posición si en rigor de verdad existiesen algunas ramas del saber por tal modo desvinculadas de las otras que gozando de plena autonomía no le presentasen a sus cultivadores el problema inmanente de sus constantes y múltiples entronques. Mas como quiera que tal autonomía no existe sino que, contrariamente, una hurdimbre infinita los vincula, resulta sobremañera atrevido, para decir lo menos, la intentona de constreñir y encausar la mente, la sensibilidad o cualquiera otra facultad del espíritu por una única e independiente vía. Pero muy, mucho más atrevido, por lo tremendo de la responsabilidad, resulta el pretender desmembrar los conceptos de Belleza, de Verdad y de Bien que desde siempre existieron como integrantes de un todo armónico, indisoluble y perfecto. Porque, qué importa al arte su perfección si no lo ampara la filosofía, ni qué va-

len a la postre los logros de la mecánica, la física y la química si la ética nos los informa, regula y asiste? La adquisición de la energía nuclear no constituye acaso un problema de las más funestas consecuencias si un criterio jurídico, amable y fraternal no la inspira? Es que en la sociedad como en el ente ninguna actividad puede considerarse nunca independientemente sino sólo como parte de una armoniosa relación; y es por ello por lo que el especialista de nuestro tiempo resulta a la postre más disperso que el individuo del Renacimiento, el cual era múltiple en su curiosidad investigadora, diverso en el ejercicio de sus facultades. Razón es esta por la cual si a mí se me diese a escoger entre la posición introvertida del hombre moderno, engolfado en la afanosa búsqueda de un algo único, y la extravertida del renacentista, inquieta y juvilosa, y conciliadora de actividades diversas, no vacilaría en escoger alborozado esta última; porque a ella pertenecieron Hernán Cortés, Alonso de Ercilla, Jiménez de Quesada y Joan de Castellanos, hombres tan intrépidos en la acción como concentrados en el pensamiento; ínclitos militares, convencidos teólogos, cultivados poetas, latinistas insignes. Y qué decir de los artistas de aquella época, todos ellos cultivadores a un mismo tiempo de la arquitectura, de la pintura y la escultura, de la poesía y de la música, sin curarse de cuál de tan excelsas artes había de darles la fama o la fortuna sino estimulados por la recompensa exclusiva de gozarse en su ejercicio. Y qué encontraron aquellos hombres del Renacimiento?; la respuesta es obvia: encontraron la Belleza como inmediata consecuencia y como ulteriores e indivisibles hallazgos el Bien y la Verdad; es decir, que encontraron a Dios, y ahí están sus obras como perenne testimonio de tan inaudito portento. Díganlo si nó Miguel Angel con su *Juicio Universal*, Rafael con su *Disputa del Santo Sacramento* y Leonardo con su *Cena* inmortal.

Permitidme finalmente, que exaltado por el honor que me dispensais al llamarme para ocupar una silla en esta mesa en la que se elabora ese pan del saber que es la Historia "maestra de la vida", como tan atildadamente la llamara Cervantes, dejándome llevar por un excesivo raptó de optimismo imaginé que la posteridad pueda quizá en algún momento recordar mi nombre; si ello fuese así, tan sólo me atrevería a desear que como definición de mi mediana personalidad pero como timbre el más alto de mi orgullo se diga de mí: ese tal pudo haber sido realmente importante si hubiese concentrado sus facultades en una sola actividad; pero, exaltado de entusiasmo ante la maravilla de la creación y atraído por múltiples ramas del saber, disperso en su acción y corrió afanoso en busca de la Belleza, de la Ver-

dad y del Bien; como definitiva conclusión de tan inquieta búsqueda, dijo haber hallado a Dios en todas las cosas, y sobrecogido de su santo temor, procuró siempre vivir en su presencia.



Sr. Constantino Martínez Villamarín,

a quien el Centro de Historia de Santa Marta eligió miembro Correspondiente y el gobierno del Dr. Alfonso Patiño Roselli, Director de la Imprenta Departamental.

CENTRO DE HISTORIA

Santa Marta

Septiembre 24 de 1951.

Señor don
CONSTANTINO MARTINEZ V.
Tunja.

Me es muy grato manifestar a usted, que en sesión de esta

fecha el Centro de Historia del Magdalena eligió a usted, miembro de la Corporación en la calidad de Correspondiente.

Al comunicar a usted esta designación me complace mucho presentarle los parabienes del Centro y las cordiales felicitaciones de su atento seguro servidor y colega,

TEODOSIO GOENAGA, Presidente.

Hay un sello que dice:

“República de Colombia. — Depto. del Magdalena.
Centro Deptal. de Historia. — Santa Marta”.

INFORME DE COMISION

“Señor Presidente:

En atención a la candidatura presentada al *Centro de Historia del Magdalena* por los Miembros doctor Teodosio Goenaga y don Ezequiel Linero Padilla para que admita como socio correspondiente al señor don *Constantino Martínez Villamarín* y habiendo dispuesto esa Presidencia que emitamos concepto sobre el trabajo histórico-literario “*Dos Fundaciones en Tierra Firme: Santa Marta y Tunja*”, de que es autor el señor Martínez Villamarín, trabajo que servirá de fundamento para su admisión, manifestamos al señor Presidente que ya conocíamos al señor Martínez Villamarín por su labor historial en Boyacá, especialmente por su importante obra “*Presidentes de Colombia*” y que el trabajo que hemos leído con atención aumenta sus títulos de historiador y lo hace merecedor de ocupar sitios honrosos en las academias del país. El señor Martínez Villamarín, laborioso investigador, conocido de sobra en la República por sus valiosos escritos, es miembro de número de la “*Academia Boyacense de Historia*”, de la “*Sociedad de Amigos del Museo Etnológico del Magdalena*” y bien puede honrar a nuestro Centro en el carácter de correspondiente.

Pedimos pues sea acogida la insinuación de los miembros Linero Padilla y Goenaga.

FRANCISCO LANA O. — JUAN LAZARO ROBLES.

Hay un sello que dice:

República de Colombia. — Depto del Magdalena.
Centro Deptal. de Historia. — Santa Marta”.

Dos fundaciones en tierra firme, Santa Marta y Tunja

Por CONSTANTINO MARTINEZ V., de la Academia Boyacense de Historia, de la Sociedad Bolivariana de Boyacá, de la Sociedad de amigos del Museo Etnológico del Magdalena, y del Centro de Historia del mismo Departamento.

Corría el año de 1521. Un intervalo muy largo transcurrió desde el abandono de la colonia de San Sebastián de Urabá hasta que Rodrigo Galván de las Bastidas, tales eran sus nombres de pila, concertó en diciembre de ese año la fundación el lugar en toda la extensión comprendida desde el cabo de la Vela hasta las bocas del río grande de la Magdalena.

Según el historiador Joaquín Acosta, se le impuso la obligación "de llevar 50 vecinos, entre ellos algunos casados", pues ya se trataba seriamente de colonizar y de tomar posesión en nombre del Rey, de aquellas tierras, temiendo que otras naciones pudieran adelantarse.

Veámos cómo el eminente etnólogo, notable profesor alemán, Gerard Reichel-Dolmatoff, Director del Instituto Etnológico del Magdalena, trata este mismo asunto en su notable estudio "Datos histórico-culturales sobre las tribus de la antigua Gobernación de Santa Marta": "en 1521, la Corona dispuso de nuevo poblar las costas de Tierra Firme. Don Rodrigo de Bastidas, quien vivía entonces en Santo Domingo, con relativa pobreza obtenida en sus viajes anteriores, aspiró a ser nombrado poblador de esta región y su petición fué aceptada por el Consejo de Indias, que con fecha 15 de septiembre del mismo año lo nombró Gobernador y Adelantado de la región entre el cabo de la Vela y la desembocadura del río Magdalena, dándole permiso además de reclutar gente en la Isla Española, Santiago y Jamaica. Entre las obligaciones de este cargo figuraba la de fundar dentro del término de dos años una población de cincuenta familias y dos fuertes para defensa. (32, II 8-10)".

"El viaje de Bastidas para posesionarse de su nuevo cargo se dificultó considerablemente ya que fué casi imposible

conseguir gente para esta empresa, puesto que en aquellos años se habían iniciado nuevas conquistas en otras partes de las Indias, que llamaban más poderosamente la atención de los españoles establecidos en las islas. Por fin, en 1525 Bastidas armó su primera nave con ochenta hombres, entre los cuales estaban varios portugueses, y la envió adelante bajo el mando del capitán Samaniego. El mismo se quedó en Santo Domingo tratando de conseguir más personal y poco después habiendo contratado doscientos hombres más, siguió a Samaniego y llegó a la Bahía de Santa Marta el 29 de julio. Tomando formalmente posesión de la tierra, trazó luego el plano de las calles de la futura ciudad, indicó el lugar para edificar la iglesia de la Concepción de Nuestra Señora y nombró Cabildo. Como primer Alcalde de la nueva fundación designó a su teniente don Pedro de Villafuerte”.

La circunstancia de haber llegado “a un punto cerca de Gaira”, la hermosa Bahía de Santa Marta —una de las más bellas del mundo— el día en que la iglesia católica celebra la fiesta de esta Santa, decidió a Bastidas a bautizarla con el nombre que aún conserva la ciudad, bajo la protección visible de la Santa, como punto de partida en la escala para las futuras exploraciones al interior.

La ciudad fué fundada en el sitio que los caribes llamaban Citurna o Cetarma, que significa “tierra de nieve” al rededor del semicírculo que allí forma la bahía, cuya profundidad es suficiente para que los grandes trasatlánticos puedan anclar en la propia orilla y estar al abrigo de los vientos donde el mar ofrece en cualquier parte frente a la ciudad únicas e inapreciables facilidades para el baño, dones conque el Supremo Creador la dotó, anhelo de tantos turistas ávidos de sitios de interés, donde gozar y admirar los escondidos e inagotables tesoros de la patria, de esta patria que es nuestro “lindo país colombiano”.

Fiel Bastidas a su primitivo plan de ganarse las voluntades de los indígenas, tratándolos con humanidad y consideraciones, logró acordar paces con los Gairas, Tagangas, Bondas y Dorsinos, tribus que rodeaban el lugar y acopió considerable cantidad de oro en una entrada que hizo a Bonda y Bondigua, oro que se negó a distribuir entre sus compañeros, pues lo destinó para pagar en parte los gastos de expedición y armamento. Ocupaba los españoles en cortar madera y sacarla de la montaña para fabricar casas, y no permitía por ningún motivo que se tomase nada por la fuerza a los naturales.

¿Qué de extraño es que éstos, que habían recibido en son de guerra a los castellanos, se portaron ahora como aliados y

amigos fieles y que aquellos se manifestaran descontentos y disgustados, acostumbrados como estaban en todas ocasiones a servirse de los indígenas como esclavos”?

Por otra parte la disentería se había apoderado de la colonia; carecían de alimentos nutritivos y no tenían otros en verdad que “carne salada y casi corrompida” (1) El Gobernador Bastidas, a quien se acababa de confirmar el título, se hallaba en cama, cuando se tramó una conspiración para eliminarlo, acaudillada por su mismo teniente Juan de Villafuerte, quien con ocho compañeros más se introdujo en su habitación y le dió de puñaladas dejándolo por muerto. Retirados los asesinos dió Bastidas voces de auxilio, a las que acudió oportunamente para defenderlo el capitán Rodrigo Alvarez Palomino, quien increpó a los conjurados su ingratitude y cobardía a tiempo en que volvían a ultimarle. Este viendo que sus soldados no estaban todos de acuerdo con el atentado, depositó toda su confianza en Palomino, al cual nombró teniente general, encargándolo de su Gobernación y del castigo del motín, y Villafuerte, junto con su gente tuvo que escapar.

Esta huída resultó una hazaña extraordinaria, pues seguido por sus compañeros Villafuerte se dirigió a las montañas del sur, atravesó en continuas luchas el territorio de tribus belicosas y llegó a la bella región del Valle de los Reyes de Upar (Valledupar) para salir de nuevo a la costa por la región de la Ramada, donde esperaban encontrar una nave para continuar su fuga. Herido de un macanazo, agotado por el hambre, la fatiga y talvez el remordimiento, tuvo la sorpresa de encontrar allí uno de los soldados que Bastidas había enviado a varias poblaciones con el fin de aprender el idioma de los indígenas.

Villafuerte al fin, reflexionando sobre su criticable conducta, resolvió renunciar a su desesperada fuga y regresó a Santa Marta para entregarse a la justicia.

Tan negra acción excitó la indignación de los habitantes de la ciudad, quienes no sintiendo con esto simpatías por los asesinos, los hicieron abandonar la ciudad y se internaron en las selvas en número de nueve (9), bien corto por cierto para defenderse de los indios acostumbrados a batir cuadrillas más numerosas como la de Colmenares, pero las buenas relaciones que Bastidas había establecido con aquellos habitantes los protegió hasta que su mala conducta los hizo perseguir; algunos

(1) Descubrimiento y colonización de la Nueva Granada. — Por el Coronel Joaquín Acosta. — Segunda edición. — Bogotá. — Librería Camacho Roldán & Tamayo. — 1901.

volvieron con Villafuerte a Santa Marta, donde fueron tomados prisioneros y enviados a Santo Domingo a pagar su crimen con la vida.

Otros tuvieron el valor de pasarse de la Costa Firme a Santo Domingo, en donde hallaron la merecida muerte.

El teniente general de Bastidas, Alvarez Palomino y demás colonos le instaron para que fuese a Santo Domingo a curarse de sus heridas, las que antes que sanar se agravaron con el paso del mar y el primer descubridor de nuestras costas caribes entregó su alma al Señor al arribar a Cuba el 29 de julio de 1526, día de su protectora Santa Marta y primer aniversario de la fundación de la bella ciudad. Fué tan corta su Gobernación debido a la ambición desmedida por la codicia del oro.

Nació don Rodrigo Galván de las Bastidas en Triana, de la provincia de Sevilla, en 1460. Fué un esforzado navegante y conquistador de América”, hombre de buena fama, calidad y estima, según Fray Pedro Simón. Quintana, en una nota a la vida de Basco Núñez de Balboa, a quien acompañó en su primera exploración en 1501, dice que su memoria debe ser grata a todos los amantes de la justicia, y de la humanidad, por haber sido uno de los pocos que trataron a los indios con equidad y mansedumbre”; y el Obispo Fray Bartolomé de las Casas, que en esta materia no dispensaba ni los pecados veniales, dice de él: “Siempre le conocí ser con los indios piadoso”. Esta es también la opinión de nuestro cronista versificador don Joan de Castellanos:

“Según los que más saben de este cuento,
fué principio y origen de sus males,
no consentir hacer mal tratamiento
ni robos en aquellos naturales”. (2)

Desde entonces Santa Marta, con sus 540 tripulantes que trajo en cuatro buques armados, según otros cronistas, entre los cuales se hallaban cincuenta familias de agricultores, ha trabajado durante cuatro largos siglos por darle a la bella y legendaria ciudad el aspecto que actualmente ostenta con sus avenidas del Malecón, porques, plazas, hoteles de turismo, estadios, cuarteles, residencias episcopales, catedrales, mausoleos, terrazas y exposiciones. La vieja y arrugada anciana, que antes

(2) Elegías de Varones ilustres de Indias. — Por Joan de Castellanos. — Madrid. — Imprenta de los sucesores de Hernando. — Calle de Quintana, 33. — 1914.

resistió el asedio de 2.000 al mando de Golonzón (Guillermo Gauzón) y Juan Cuchillo, a fuerza de coloretos, zapatos de asfalto, polvo de cemento, corsets y varillas de hierro, aparece hermoseada, y la cuatricentenaria, que antes se veía triste y desmedrada con sus castillos en ruinas, hoy luce gentil, acogedora y alegre, pues "bien lo merecen sus canas y jorobas".

Era el 3 de diciembre del año colonial de 1635, cuando entró en el puerto de Santa Marta la armada de Guillermo Gauzón, de nacionalidad inglesa, acompañado del pirata Juan Cuchillo (tal era su fama de sanguinario) que venían huyendo de la Isla Española, donde maravillosamente los horrorizó el patriarca Santo Domingo, según la interesante relación del Padre Zamora.

Batió los castillos de San Juan y San Vicente, situados en cada uno de los acantilados de la Sierra que cierran la bahía, porque éste ya estaba formado en la primera plataforma por Vicente de los Reyes Villalobos, quien dió su nombre al castillo y quien había sido Gobernador antes de Sagarriaga, y echando en tierras sus 2.000 piratas robó y asoló cuanto pudo.

Habiendo visto la imagen del santo patriarca en su convento y reconocido de la defensa de su isla le cortó en venganza las orejas, las arrastró por las calles públicas y después hizo astillas su venerable bulto y los de las santas patronas Santa Ana y la titular Santa Marta, para cocer la comida, sirviéndole de cocina la iglesia mayor o catedral durante su permanencia. Luego que recogió cuantas riquezas pudo, tanto de los vecinos y otros particulares, incluyendo todas las alhajas de los templos, les alquitranó las vigas para que ardiesen a su satisfacción y se fué habiendo prendido fuego a toda la ciudad.

Los prevendados habían salido por el camino de Gaira, dejando que entraran los enemigos y acordándose el Provisor y Chantre D. Antonio de Buitrago, miembro del Cabildo eclesiástico de la ciudad, que habían dejado la custodia con el Santísimo Sacramento sobre el ara del altar mayor con la grave turbación que tuvieron, ardiendo en gran celo y heroísmo católicos, determinó volver a sacarle del poder de aquellos irreverentes herejes.

Acompañólo para esto el Teniente General Pedro Martín Hincapié, hijo del Maestre de Campo Antonio Martín Hincapié. Estando en el principio del combate llegaron a la iglesia y consumiendo el Provisor al Señor Sacramentado, recogió en piezas la custodia en una holanda y volviendo a tomar el camino de Gaira a caballo, a poco trecho de pasado el río Manzanares, alcanzó una bala de artillería la arzón trasera del Provisor

y partiéndole por la cintura, lo dejó cadáver y la bala se metió en el tronco de una añosa y corpulento algarrobo.

El teniente avisó la desgracia a los prebendados del eclesiástico Cabildo, y estos, después de pasada la tormenta, le hicieron suntuosas exequias, depositando su cadáver en el cementerio del pueblo de Gaira, que demora tranquilo y apacible en la pintoresca banía de su nombre.

Fuese finalmente el enemigo, y asegura el Padre Zamora, que en la embarcación donde metió las aiajas de los templos, se juntaron por disposición divina los ministros que vulneraron las imágenes y al salir del puerto "les cayó un rayo que los hundió e hizo que bajaran al infierno pasados por agua". (1)

A Guillermo Gauzón le corrompieron el apellido llamándolo comúnmente "Golonzón", cuyo nombre horroriza hasta hoy a los habitantes de Santa Marta, porque a muchos los dejó pobres para toda su vida.

Pero muy pronto Santa Marta se rehizo de tantas desgracias —como el ave Fénix— para seguir su marcha ascendente a través de los siglos bajo el visible favor de su protectora.

Fueron Gobernadores después de Bastidas, en orden cronológico, Rodrigo Alvarez Palomino, Teniente encargado por Bastidas, Pedro Badillo, García de Lerma, el Oidor Infante, nombrado por la Audiencia de Santo Domingo, el Adelantado de Canaria, Pedro Fernández de Lugo, Vicente de los Reyes Villalobos, Sagarriaga y otros, pero todos cual más, cual menos, pusieron su grano de arena para hacer prosperar su Gobernación hasta la época de la Independencia.

Desde el punto de vista etnográfico, Santa Marta ha sido un semillero de familias distinguidas, que en busca de expansión comercial han ido a poblar otras ciudades, especialmente Barranquilla; díganlo si nó, los apellidos Noguera, Campo Serrano, Manjarrés, Díaz Granados, Lineros, Goenaga, Alzamora, González, Guerrero, Travecedo, Padilla y tantos otros que se nos escapan.

Está bien que Santa Marta viva absorta en la contemplación de su pasado glorioso y que guarde con cariño, gratitud y reverencia, el recuerdo emocionado del héroe inmortal, a quien

"en tu regazo,
le dejaste siquiera ese pedazo
de las playas del mar para morir",

(1) Floresta de la Santa Iglesia catedral y Provincia de Santa Marta. — Por el Alférez Real José Nicolás de la Rosa. — (Pag. 90).

Según la manida expresión del poeta.

Da la sensación de que apenas parece estar detenida en el camino del tiempo, pero sus hijos trabajan por la realización de sus más importantes obras porque tienen siempre presente la sentencia latina: "Respice astra". Tended el vuelo hacia la altura.

En el turista que la visita y que obtiene la fortuna, por la gentileza de sus hijos, de compenetrarse con ella, deja una rara impresión romántica, en el espíritu observador y sentimental. Si se extinguieron muchos de sus hidalgos moradores, cubriéronse de orín las heroicas panoplias y la zarza invadió el palenque, como en las grietas de la encina centenaria, a cuya sombra se sentaba el Libertador en San Pedro Alejandrino a añorar sobre la ingratitud de los hombres, retoña allí la savia de la antigua estirpe y florece la raza preclara, donde de espaldas al mar, la agradecida estatua de su fundador Bastidas, mira la ciudad y a la enhiesta sierra nevada, de blancura im-poluta, presagiando en el escenario de la Historia de aquel, de quien dijera el poeta costarricense Luis Llores Torres:

"Político, militar, héroe, soldado y poeta,
y en todo grande como las tierras
libertadas por él.

Por él que no nació hijo de patria alguna,
sino que muchas patrias
nacieron hijas de él.

Tenía la valentía del que lleva una espada.
Tenía la cortesía del que lleva una flor.
Y entrando en los salones arrojaba la espada,
y entrando en los cambates arrojaba la flor.

Los picos misteriosos de los Andes,
no fueron más a sus ojos,
que signos admirativos de sus arrojos.

Era un soldado poeta,
era un poeta soldado,
y cada pueblo libertado,
era una hazaña del poeta
y era un poema del soldado".

Por eso no se puede penetrar en San Pedro Alenjadrino,
tumba del héroe máximo de América, sino poseídos de la más

profunda emoción patriótica. Aquel hombre prodigio —llamado Simón Bolívar— allí tuvo sus últimos momentos, sin que el sol de las llanuras ilimitadas boyacenses de Casanare, ni el de las de San Fernando de Apure, calentaran esa tumba, ni el apacible sauce del interior colombiano la cobijara con sus ramas; pero el mar, tormentoso como su vida, con el rítmico tumbo de sus olas, lo acompañó en sus últimos suspiros, libre ya del fragor de cien combates, a descansar en la paz del Señor, única paz verdadera y eterna.

TUNJA

Más tarde que Martín Galeano se despachó de Santa Marta, punto de partida en Tierra Firme para las exploraciones al interior, Gonzalo Suárez Rendón, para salir a fundar la ciudad de Tunja, a pasar de estar previsto el sitio y ser más corta la distancia a Santa Fé. Verificóse la partida a fines de julio de 1539, y el 6 de agosto del mismo año, primer aniversario de la fundación de Santafé, se practicaron las ceremonias prescritas en semejantes casos; se instaló el Cabildo, nombráronse Alcaldes, escribano y Alguacil Mayor y se repartieron los solares, despojando a Aquiminzaque, sucesor del viejo zaque Quemuenchatocha, de su cercado, pues la ciudad se fundó en “el mismo sitio descampado” (1) rodeado de barrancos y de lomas limpias, en donde los zaques tenían su residencia, a 163 kilómetros al nordeste de Santafé y como ésta sobre el mismo altiplano de la cordillera oriental.

Sus primeros Alcaldes fueron Juan de Pineda y Jorge de Olmeda y regidores, cabildantes o concejales, como hoy se dice, el capitán Juan del Junco, Gómez del Corral, Diego Segura, Pedro Colmenares, Fernando Vanegas, Antonio Bermúdez, Fernando Escalante, Diego Segura, Fernán Vanegas, Gonzalo Suárez Rendón, era también el segundo jefe del Reino, por ausencia de Quesada y había militado en Italia y halládose en la batalla de Pavía y en Africa.

Veamos cómo Jiménez de Quesada transfiere a Suárez Rendón los respectivos poderes para la fundación de la ciudad: “Yo, Gonzalo Ximénez, Teniente de Gobernador e Capitán General en esta Provincia de Santa Marta, por el ilustre y magnífico señor don Gonzalo Fernández de Lugo, Adelantado de las islas de Canaria y Adelantado y Gobernador perpetuo de la ciudad de Santa Marta y sus provincias, por su Magestad,

(1) Coronel Joaquín Acosta. — Obra citada.

digo que por cuanto yo, por si estas cosas que convienen al servicio de su Magestad y la buena gobernación y pacificación de este Nuevo Reino de Granada, he fecho fundar y poblar en la Provincia de Tunja y para la buena Gobernación de la dicha ciudad y provincia, una ciudad llamada la ciudad de Tunja, y para la pacificación y quietud de los indios a ella es necesario una persona tal para que la tenga a cargo y vea y haga en ella las cosas que más sean cumplideras al servicio de su Magestad, por tanto, acatando a la habilidad y fidelidad, suficiencia de vos el dicho Capitán Gonzalo Suárez, a quien yo encomendé la fundación de la dicha ciudad y la fundastes y tomastes la posesión della en servicio de Su Magestad, en nombre de esta provincia de Santa Marta, y que sois persona de bien y fielmente guardaréis el servicio de su Magestad, e acatando que en el oficio de Capitán que habéis tenido habéis servido a su Magestad en esta conquista de este Nuevo Reino y otras cosas que en vuestra persona concurren, por tanto por la presente nombro a vos el dicho Capitán Gonzalo Suárez por Capitán y Justicia Mayor de Tunja e provincias della, y que tiene por testimonios e límites desde donde se acaba el valle del Espíritu Santo, del que es señor Sorocotá y comienza en el valle de la Trompeta, del que es señor Turmequé, y por lo tanto hasta el valle de Onzaga e Soatá, que es los postero de lo descubierto por aquella parte, para que el paraje de Suagamoso y de alrededores dél, y por la travesía desde todo descubierto de aquellas partes de Suagamoso hasta el pueblo de Hondo y de Tunja y su paraje, que es también señor Sequencipa, entrando en esta travesía el pueblo de Somondoco, señor de las piedras, con todos sus caciques y señores que están en aquella comarca de las piedras, como son Umequirá y Tensuncha, el valle de San Juan y Ubieta y el valle de Muraci Icabuco, señor del valle de Zipa chiquito, con toda la otra tierra y señores que están dentro de la otra tierra de Tunja, en la cual dicha provincia podéis hacer y eiercer el dicho oficio de Capitán y Justicia Mayor, y vos doy poder cumplido según que en el tal caso se requiere, para que nodáis ir en descubrimiento de la dicha tierra y provincia adelante a todas sus partes que estuvieren por descubrir hacia el mar del Sur y hacia la mar del Norte. . . . (2)

Salió luego el Capitán Baltazar Maldonado, Alguacil Mayor, a hacer las demarcaciones de límites de la nueva población y la minuta de los pueblos para poder verificar el repar-

(2) Libro de Cabildos de la ciudad de Tunja. — 1539-1542. — Ediciones del Concejo Municipal de Bogotá.

timiento entre los fundadores; y Hernán Pérez de Quesada pasó a Tunja a ejecutarlo, no sin graves reclamos pues se le atribuía que había aventajado indebidamente a los soldados de Belalcázar, que habían logrado captarse su agrado con presentes, halagos y otros medios ilícitos y aún criminales.

Muy pronto terminó el Licenciado Jerónimo Lebrón, Gobernador de Santa Marta a la época de que hablamos, los aprestos de la expedición con la cual se proponía tomar posesión del Nuevo Reino de Granada.

Salieron de Santa Marta cien hombres en siete barcas a cargo del Capitán Alonso Martín, que debían cooperar por el río con los doscientos que por tierra traía el Gobernador para encontrarse en la boca del río Cesare, punto que había servido de reunión a Quesada. Los buques atravesaron, no sin peligro, la barra del río, después de haberse visto obligados a echar al agua parte de la carga; otros entraron por la Ciénaga, y con mil penalidades salieron al Magdalena, después de cortar bajo las aguas las raíces de mangles y otros obstáculos que embarazaban el paso. Eran hombres de acero.

El temor de zozobrar en las bocas del Magdalena los hizo hallar un camino más corto ya que entonces se transitó por primera vez. Reunidos los 7 buques, tuvieron que sufrir una serie de *guazábaras* navales desde Menchiquejo y Talahigua hasta Sompallón; los indios no escarmentaban en sus frecuentes derrotas, ni con los estragos que hacían los tiros de Pedrero en las más densas canoas bajas, repletas de indios desnudos, con que se cubrían las aguas del río a cada nuevo ataque. No podían ellos imaginar que siete barcos tripulados por cien hombres dejaran de sucumbir bajo los esfuerzos repetidos de millares de hombres, y de flotillas que se renovaban sin cesar.

A mediados de 1540 llegó Lebrón por tierra a la desembocadura del Cesare y continuó su jornada sin que nada ocurriera digno de mencionarse en la subida del río. Es lugar común decir que Lebrón traía las primeras mujeres españolas que entraron al Reino y también las primeras semillas de trigo, cebada y hortalizas que fueron sembradas precisamente en el sitio que hoy ocupa la plaza de ferias de la ciudad y en parte del que ocupa la Escuela Normal de Varones, en donde existe, a iniciativa de la Academia Boyacense de Historia, la Granja Jerónimo Lebrón.

Llegados a la Tora, hoy Barranca Bermeja, supieron que a las orillas de un vasto lago que comunicaba con el río y que quedaba al oriente, había muchas poblaciones que no descubrió el Licenciado Jiménez de Quesada en su primer viaje. Un pe-

queño grupo visitó algunas, cautivando algunos indígenas que sirvieron de baquianos para mostrar las trochas, ya casi borradas en el bosque, por donde habían transitado los descubridores cuatro años antes.

Es casi seguro que sin la extraordinaria actividad del Capitán Luis Manjarrés, quien fué el brazo derecho de Lebrón en esta expedición, el Gobernador se habría visto obligado a retroceder de las sierras de Atún sin haber pisado los umbrales del Reino. Llegó por fin a Vélez, a fines de 1540, en donde fué recibido por las autoridades municipales como legítimo Gobernador.

Al saber ésto Hernán Pérez de Quesada le despachó mensajeros con prohibición de que pasara adelante si no traía despachos reales como Gobernador del Nuevo Reino de Granada, pues en su opinión no bastaba el título de Gobernador de Santa Marta, expedido por la real Audiencia de Santo Domingo, para que él pudiera entregarle el mando de las nuevas y apartadas regiones descubiertas por su hermano el fundador de Bogotá. (1)

Alteróse Lebrón con el mensaje e invitado por Quesada para pasar a Tunja, en donde esperaba arreglar sus diferencias, verificó su marcha al frente de doscientos infantes y cien jinetes, pues aunque perdió un número considerable de soldados en la jornada de Santa Marta a Vélez, los vecinos de ésta última engrosaron sus filas.

A poca distancia de Tunja halló a Quesada acampado en la orilla de una quebrada, con un número igual de combatientes; unos y otros se dispusieron al combate, viendo que de nada servían las notificaciones de escribanos que iban y venían de uno a otro campo. Las lomas vecinas aparecieron cubiertas de indígenas, movidos por la curiosidad y quizá deseosos de que sus opresores se destruyeran entre sí. La prudencia tradicional de Gonzalo Suárez Rendón, Justicia Mayor del Reino provocó una entrevista de los dos jefes, y en ella la urbanidad y el respeto que mostró el astuto Quesada a Lebrón, y la firmeza con que insistió en que se oyese el parecer de los dos Cabildos de Santafé y Tunja y se atendiese su decisión, inclinaron la voluntad de Lebrón.

De antemano sabía Quesada cual era la resolución de aquellos ayuntamientos, cuyos miembros siendo de los más favorecidos en los repartimientos de indios, temían el advenimiento de una nueva autoridad que pudiera anularlos.

(1) Coronel Joaquín Acosta. — Obra citada.

Hubo pues de contentarse el Gobernador de Santa Marta con la razonable cantidad de oro y esmeraldas que le produjo la venta de sus caballos, esclavos, ropas, armas, etc., que por la escasez de esos artículos se vendían a precios extraordinarios y seguido sólo de veinticinco personas que quisieron acompañarlo se embarcó en el Magdalena, en Guataquí, como habían hecho casi dos años antes Gonzalo Jiménez de Quesada, Sebastián de Belalcázar y Federmán. Llegado a Santa Marta sin contratiempo, y sabedor de que de España venía nuevo Gobernador, se retiró a su casa de Santo Domingo a gozar de las comodidades que le proporcionaba su fortuna. Aumentáronse los vecinos de las tres ciudades y comenzáronse a sembrar las semillas traídas de España. El Capitán Jerónimo de Aguayo, dueño de las tierras en donde está ubicada la Fuente Grande (Fuente de Aguayo) cogió la primera cosecha de trigo en Tunja, que después se propagó rápidamente, constituyendo hoy uno de los primeros renglones de la agricultura. La primera mujer que hizo pan en el Nuevo Reino fué Elvira Gutiérrez, mujer del Capitán Juan de Montalvo.

Por la anterior relación se ve la íntima conexión que ha existido desde su cuna entre las dos hidalgas ciudades de Santa Marta y Tunja, hitos gloriosos en la colonización del Nuevo Mundo, a pesar de la inmensa distancia que las separa, pues la una se deja lamer por las sales del mar Caribe y la otra permanece azotada por las heladas brisas de la cordillera

Por el año de 1540 fué reemplazado Jorge de Olmeda, uno de los primeros Alcaldes ordinarios de la ciudad, por Diego Martínez de Ponte, también uno de los primeros pobladores que había venido en la expedición y que fué pedido por la mayoría de los regidores del primer cabildo tunjano, (1) a quien se le proveyeron huertas colindantes a las asignadas a Fray Vicente de Requejada, agustino, el primer párroco de la ciudad.

Desde ésta época los funcionarios españoles siguieron trabajando por el progreso de la ciudad, cual más, cual menos, hasta que la clarinada gloriosa del 20 de julio de 1810 anunció definitivamente que ésta adelantada colonia española deseaba ser un pueblo libre, independiente y soberano; la provincia de Tunja, de la Nueva Granada, en la América Meridional, declaró a todos los habitantes de la tierra, por la voz de sus representantes reunidos en la capital, “poniendo por testigo al Ser

(1) Libro de Cabildos de la ciudad de Tunja. — 1539-1542. — Volumen I. Ediciones del Concejo Municipal de Bogotá, como homenaje a Tunja en su 4º centenario.

Supremo de la rectitud de sus intenciones, que solo se dirigen al bien de la sociedad, que no reconoce ninguna subordinación al Gobierno de la Península, bien sea el que se ha establecido hoy con el nombre de Cortes y Regencia, o cualquier otro que se establezca en la sucesión de los siglos; que sólo reconoce y obedece al Gobierno que ella misma se ha dado para su régimen interior, y al General del Congreso de las Provincias Unidas de la Nueva Granada, en lo tocante a los intereses comunes y nacionales, bajo los principios establecidos en el acta de Unión acordada en 27 de noviembre de 1811, por los representantes de las mismas provincias y ratificada por sus mismos Gobiernos o Cuerpos Representativos". (2)

Firman esta declaración el 10 de diciembre de 1813. el Presidente del Colegio Electoral y Representativo ilustre Obispo Francisco Javier de Torres y Rojas, el tribuno del pueblo Acevedo Gómez, los doctores José María del Castillo Rada y José Joaquín Ortiz Nagle y el Padre Fray Ignacio Mariño, entre otros muchos delegados de las distintas partes de la provincia.

Al proceder así la Provincia de Tunja, estaba de acuerdo con las ideas del "ideólogo de la revolución" doctor Camilo Torres, cuando se dirigió al Oidor de Quito don Ignacio Tenorio en mayo de 1810: "No hay remedio. Los Reinos y Provincias que componen estos vastos dominios son libres e independientes, v ellos no pueden ni deben reconocer otro gobierno ni otros Gobernantes que los que los Reinos y Provincias se nombren v se den libre v espontáneamente según sus necesidades, sus deseos, su situación, sus miras políticas, sus grandes intereses, v según el genio, carácter y costumbres de sus habitantes". (3)

La ciudad celebró dignamente el cuarto centenario de la fundación con la inauguración de obras esenciales a su progreso como la nivelación v pavimentación de su bella v espaciosa plaza principal, donde la estatua ecuestre del "negrito caraqueño", obra perfecta del escultor italiano Giovanni Anderline, preside las actividades diarias de los habitantes de la ciudad; del edificio de Comunicaciones en la acera norte de la misma plaza; de un nuevo teatro llamado "Cultural" del nuevo parque

(2) Centenario de la Independencia de la Provincia de Tunja. 1813 Tunja. 1913.

(3) Citado por el doctor Diego Mendoza Pérez, en su discurso del 10 de diciembre de 1913 en la Academia de Jurisprudencia de Bogotá.

del "General Santander", entre otras muchas que prescindimos de enumerar en obsequio de nuestros lectores.

Entre sus hijos notables, que son legión, sobresalen el doctor Joaquín Camacho, quien nació "en la hermosa, tranquila y callada ciudad, de una ilustre familia española en el año de 1776 y desde sus primeros años fué uno de los más ardientes sostenedores de la independencia. Gobernó al país en su carácter de miembro del triunvirato ejecutivo formado por él, Fernández Madrid y Castillo Rada, del 5 de octubre de 1814 al 21 de enero de 1815". (1)

"Fueron tan pronunciadas las aristas con que se reveló en la época del terror que no pudo escapar a la cuchilla de don Pablo Morillo, y ciego, paralítico y agobiado por las enfermedades, fue conducido en brazos al Consejo Permanente de Guerra y en la misma forma llevado al cadalso, donde fue fusilado por la espalda el 31 de agosto de 1816, habiendo sido el tronco de una respetable y distinguida familia que reside, en parte en el Departamento de Boyacá". (2)

También son hijos los próceres José Cayetano Vásquez y Juan Nepomuceno Niño, en cuyo recuerdo acaba de arreglarse el célebre paredón en que fueron fusilados en ese mismo año (1816). De los escritores clásicos y místicos Sor Francisca Josefa de la Concepción y Fray Andrés de San Nicolás, llamado en España, "la biblioteca viviente que vino de América"; de dulces e inspirados poetas que la han cantado con sin igual cariño y ternura.

"Fiero nido de águilas domadoras del viento:
 en tus fastos florecen la Virtud y el Talento,
 y alternan en tus páginas con altos pensadores,
 monjes, guerreros, sabios y dulces trovadores.
 Tu despertar empieza: tu aristócrata ensueño
 quieres cambiar activa por el febril empeño.
 El porvenir te espera pues tu vigor es grande;
 bajo tu planta crujen las vértebras del Ande.
 Y si otra vez Colombia, con grito doloroso,
 reclama, oh noble villa, tu esfuerzo prodigioso,
 tu pecho de leona de nuevo lanzará
 el grito formidable que rugió en Boyacá". (3)

(1) Presidentes de Colombia. — Por Constantino Martínez Villamarín. — Tunja. — 1947.

(2) Constantino Martínez Villamarín. — Obra citada.

(3) Tunja, ciudad noble y antigua. — Alfredo Gómez Jaime.

Del Cantor de la Bandera, de la "Monja desterrada" y otras bellas poesías, quien cantó así a su patria chica:

"Que tengan otras tierras bellos campos,
ríos, flores, qué importa, aquí nací;
no ama también el águila su roca,
cual su humilde rosal el colibrí?" (4)

En fin, entre otros, de los inspirados y altos liridas José y Roberto Vargas Tamayo, cuya fama y producciones son bien conocidas en todo el país, lo mismo que de el excelso vate José Alejandro Ruiz, quien al cantar los timbres de su escudo expresó:

"Porque en la majestad de tu alma entraña
y como que conservas aún de España
el sello y el sabor del vino añejo;
tienes el esplendor del oro viejo,
porque en tu escudo legendario ostentas
el águila imperial de Carlos Quinto,
de testa coronada,
de leones ibéricos erguidos,
las torres y el toisón y la granada,
blasones por el Trono discernidos
como a noble ciudad privilegiada;
y porque eres gallarda y soñadora
bajo un cielo pacífico, y un manto
de sosiego te envuelve, y la sonora
voz del estruendo mundanal no llega
a romper la costumbre solariega
de tu oración al Dios tres veces santo". (1)

No faltó razón al Libertador y Padre de la Patria cuando llamó a Tunja "Taller de la Libertad y Cuna del patriotismo", ya que todos sus hijos le ofrecieron su vida y bienes terrenales para cooperar en la inmensa empresa en que consustanció su vida y escribir con los igneos rayos de su espada triunfal, el más bello poema de libertad de un continente.

El ambiente tranquilo y señorial de la hermosa y callada ciudad, que se hallaba en su cenit cuando las botas ferradas de héroe pisaron los duros empedrados de la colonial urbe, mo-

(4) Adiós a Tunja (desde el alto de Soracá). — José Joaquín Ortiz.

(1) Excelsior. — Oda a la Independencia de la Prov. de Tunja.

vieron al Libertador Presidente de la naciente República el 5 de enero de 1828, a dictar el decreto en que aplicaba a la Universidad de Boyacá todos los bienes y rentas necesarios al progreso y estabilidad de la primera Universidad boyacense, que el actual gobierno con sentido práctico y fiel a las patrióticas consignas del héroe, ha querido revivir, con el establecimiento de la Facultad Normalista de Ciencias Pedagógicas y Sociales.

¡Oh visionario sublime, que a través del tiempo vigilas desde el “Panteón Nacional de los Héroes” de la inmortal Caracas, el ritmo acelerado del progreso de tus hijas predilectas!

Pero si por todas las cualidades de ciudad hierática y moral ocupas un sitio privilegiado en el rol de las ciudades de Colombia, es más el orgullo de tus hijas por tener a 16 kilómetros de distancia

“el campo inmenso de las justa homérica,
palenque sublime donde los titanes
rompieron sus lanzas con la tempestad.
En tí ardió y fué gloria
la más esplendente batalla de América.
Por eso al nombrarte todo el Continente
recuerda la aurora de su libertad”. (2)

EPILOGO

Por los anteriores detalles histórico-literarios referentes a las dos legendarias ciudades que guardan imperecederos recuerdos, los amables lectores que me han hecho el honor de leerme, encontrarán en la vida paralela de Santa Marta y Tunja, un sinúmero de coherencias comunes a su importante lapso de cuatro siglos, capaces por si solos de reclamar de los buenos patriotas de todo el país el respeto y veneración que se merecen como eslabones de una misma cadena, en que se engarzan las fechas luminosas de la fundación de Cartagena la heroica, Santafé la madre solícita y acogedora, Popayán la ciudad Condal, Medellín, la ciudad industrial, Barranquilla “la puerta de oro” y Cali, la Sultana del Valle y demás capitales de “nuestro lindo país colombiano”, cadena que protege la seguridad nacional y que es una prenda cierta de nuestro futuro, que ya toca a nuestras puertas, engrandecimiento colombiano.

CONSTANTINO MARTINEZ VILLAMARIN
Profesor de Historia y Literatura colombianas.

(2) Boyacá. — Alfredo Gómez Jaime.

DISCURSO

pronunciado en la Sesión Solemne del 6 de agosto de 1951 por la señora doña Elvira Sarmiento de Quiñones, de la Academia Boyacense de Historia.

Venerables Sacerdotes, señor Presidente de la Academia de Historia, señor Alcalde Mayor de la ciudad, señores Académicos, señoras, señores:

La Academia Boyacense de Historia ha querido que en su nombre diga algunas palabras con ocasión de la gloriosa efemérides que hoy conmemoramos: el aniversario de la fundación de la ciudad de Tunja. En este acontecimiento resulta difícil hacer lucidamente su recordación, porque después de que tanto y tan valioso se ha escrito en torno al mismo, qué de nuevo podrá añadirse a lo que han dejado para la posteridad historiógrafos y letrados que por una u otra causa se han inclinado ante este hecho destacado de nuestra historia?

Con el fin de obedecer los reglamentos de nuestro Histórico Instituto y de contribuir, aunque en modesta actitud, a la celebración de esta fecha magna que a todos los boyacenses nos colma de emoción patriótica, presentaré como tema "*Una Acuarela de la Villa de Tunja y su Valor ante la Historia*", de modo muy somero, eso sí, para no abusar de vuestra bondad en demasía al escuchar tan desgarrada disertación.

Es primero la ciudad arcaica, la Hunza de los Zaques, de los hombres del carcaj y la macana, de los penachos de vistosas plumas, del corazón romántico y de profundas fantasías; la sede multiforme donde el hijo del sol domina por el atributo de sus poderes; la residencia del último monarca indio, fastuosa y colmada de majestad y de misterio; es el adoratorio pétreo, donde un pueblo con los brazos en alto implora el favor del astro benigno y dorado; es el paraje que moja sus bases en un pozo encantado, guardián ambicioso de ingentes tesoros; es el lugar a no mucha distancia de la sacra laguna, cuna y sepulcro de la madre Bachué; es el dolme aborígen tendido sobre la tumba de los héroes sin nombre que cerró todo un pasado nimbado de gloria.

Mirad aquí el adorno votivo y la petrografía eterna, donde el alma indígena dejara esculpidas enteras sentencias y una mitología que quizá pueda compararse con las suntuosas de Oriente. Y ved cómo aquí, en estas tierras benditas, se aduermen bajo la mudez arqueológica la ascendencia ilustre de Quimuenchatocha, de Aquimín y Tomagota, y cómo evocan el paso ocasional y discreto de Tundama, Sugamuxi y Gámeza y cómo dicen también tanto de Firavia y Tobazá! Todos ellos se fugaron para siempre, pero por el dorso de estos pardos barrancos, por la sierra brumosa y tendida, como que aún se escucha el canto lúgubre de su ritualidad sagrada, o el saludo a Zuameca en las mañanas de luminar intenso, o la imploración sobre el cojín ciclópeo, o ya bien, la despedida para lugar lejano con la sentida fórmula de *asuviró guachuca*.

La vida de aquella gente corre como suave remanso y ya, según su tradición, lleva catorce siglos de imperar en estos lugares. Pero de pronto se escucha cómo la lanza conquistadora rompe en mil astillas la flecha y la macana, y cómo cimenta el delinear de una urbe futura. Es que la rica entraña de los Andes se brinda al empeño tesonero de nuevos argonautas en conquista del vellocino de oro, quizá como los hijos de Júpiter, Neptuno y Apolo, y es que la luz del Cristianismo se dibuja en confín ya no lejano de la comarca virgen para iluminar conciencias y conquistar espíritus. Y es que también aquellos nuevos escrutadores del porvenir, saben —como dijera un escritor venezolano—, que “América es la tierra prometida de que les habló Moisés a sus huestes; el cálido nido a donde han venido a refugiarse las aves migratorias de la democracia y la libertad, porque ya en el viejo y cansado Continente no hay horizonte para sus alas ni fecundidad para sus huevos”.

Era, en síntesis, que en estas tierras —retazopreciado del trópico—, estaba una naturaleza pródiga, hermosa y fecunda; una población de apacibles moradores; unos filones de ricos metales y piedras preciosas y extensión de incontables promesas, cuya toponimia hace exclamar a Castellanos, el cronista poeta:

“Tierra de bendición clara y serena.
Tierra que dará fin a nuestra pena”.

Escuchad cómo se acercan los caballeros de la Conquista a este girón sagrado: son brillantes corazas, cotas retorcidas, simeras indomables, caballos sudorosos y espumantes, de crines desgñadas al contacto de los vientos helados y con cascos de trepidar intenso; son ojos de febril mirada al través de los

santuarios dorados y son domadores de los espacios y el tiempo....

Luego veréis cómo el enviado de la corona española, el muy Magnífico Capitán don Gonzalo Suárez, al compás del sollozo de una muchedumbre india y sobre el altar derruido de los que imploraran al sol, pone los perfiles primeros de la Capitanía General y Justicia Mayor en este solar del Nuevo Reino de Granada.

Pero el caballero andante que aquí tenéis no es de los Almagro, ni de los Alfínger, ni de los Valdivia, ni de los Bastidas, ejemplares humanos robustos de materia y ayunos de grandeza espiritual. Es un destacado hijo de Málaga (España), ilustre hijodalgo de notorias ejecutorias y de nobilísima ascendencia. Tiene un corazón compasivo para con el primitivo habitante y no es un improvisado en el arte de la guerra. Desde los diez y siete años sus oídos han escuchado el rastrillar de armas y sus ojos de adolescente se han pasmado ante el rodar de fragmentos humanos en repetidas y gloriosas jornadas. Ya en la Península italiana —de preferencia en la rendición de Pavía—, como soldado de la Compañía del Comendador de Alcántara, don Luis de Avila, entre las fuerzas que llevara Carlos V y a cuya coronación asiste; ora “en hábito noble y como caballero” en las filas del Capitán Pedro de Guzmán esgrime su espada contra el Gran Turco Solimán en Alemania y en Hungría; ora, al retornar a su patria y siendo ya Capitán, viene a la Gobernación de Santa Marta con la armada del Adelantado Pedro Fernández de Lugo; ya se embarca hacia Sevilla con Alonso Luis de Lugo y vuelve con un lucido séquito a Santa Marta, después de reunirse en Tenerife con el Adelantado don Pedro; o ya bien, por mandato de este mismo vá en diversas direcciones del Nuevo Reino a pacificar regiones y batirse con tribus belicosas y tenaces. Y en todas éstas y mucho más etapas, resalta su valor y su constancia, y en todos los contornos brilla su espada con fulgores de triunfo. Pero lo que es más, sabe del dolor humano, del valor de la vida y aprende cómo se ganan más batallas con el imán del espíritu que con la crueldad del bárbaro.

Así reciamente forjado su carácter de guerrero y batallador constante en los troqueles de la lucha con multitud de multitudes, encontraréis al Capitán Suárez Rendón en aprestos de la fundación española de ésta que pronto sería llamada la “muy noble y muy leal ciudad de Tunja”, para luego un día de luz y de paz, de encanto y promesa, el 6 de agosto de 1539, venir a este girón de la cumbre andina y consagrar el acto solemne,

“en una mano la imagen de Cristo y en la otra el pendón de Castilla”, mientras se levanta la hostia inmaculada y blanca en imploración de las gracias de Dios!

Y sigue imprimiéndose en rápido crescendo una fisonomía puramente castellano a la reciente fundación. Detenéos un instante para mirar cómo alternan por aquí en esta Villa de los privilegios —en el orden material—, la recia voluntad del sacerdote ibero, del fundador dinámico, con el artífice imaginativo y con el artesano tosco, para en valioso conjunto de energía física, levantar templos, monasterios y conventos, edificios oficiales, institutos de enseñanza, casonas señoriales, para así dentro de breve lapso, presentar el lugar de sus desvelos con un progreso que armonice o sobrepase quizá al de otras simultáneas fundaciones.

Basta para corroborar esta evocación, que paséis la mirada por aquellos soberbios monumentos de arquitectura colonial —quizá coordinados con la inspiración del aborigen—, que eternizan una edad en estos vetustos templos, en estas casas conventuales y en estas mansiones del señorío y la nobleza. Y vuestro espíritu viajará muy lejos con sólo admirar aquella joya del arte mudéjar, la Capilla del Rosario en la iglesia dominicana: su embovedado cubierto de preciosos arabescos, porcelanas y conchas; sus altos relieves que hermosamente enmarcan los misterios del Rosario y sus columnas que el fuego doró para siempre.

Y en el perfil espiritual y del pensar humano? Cuánto aceleró su paso y qué bien pronto se ufana la Villa de valiosa cosecha! Su ambiente se impregna muy de prisa de adentrado misticismo mezclado de fé pura y lírica andaluza y desbordante fantasía y escepticismo vasco y lances amorosos y refinamiento femenino en la gracia y el donaire y donosas consejas y leyendas quizá de sabor a tragedia.... Mas en toda esta urdimbre de modalidades hispanas, se entremezcla doliente la postrer agonía de una raza vencida.

Qué ciudad de las nuevas en sus primeros albores tuvo una santidad forjada en los claustros monacales, de tanta inspiración poética, de tanto fervor divino, de tan galano decir como la Madre del Castillo, cuya cuna fué arrullada por las brisas tunjanas y sus cabellos besados por las auras andinas? Cuál otra de las jóvenes urbes ostenta un bardo elegiaco, de gama inagotable, observador sin desmayos, cuya narración en verso es fiel trasunto de cuanto captó su espíritu en el Nuevo Reino, como lo fué el Pastor de la grey, don Juan de Castellanos? Y no es un retablo magnífico en el torneo de las letras el que

decoran los nombres de Alonso de Palma, Juan de Onofre, Antonio de la Cadena y Fernando de Mendoza?

Pero hay más. En este clima de inquietud intelectual veréis el paso de mano en mano de libros didácticos con la enseñanza del pasado, de la tierra, de las leyes, de los astros y las plantas. Veréis también el correr de la vida de misioneros ilustres —alma mater de estas conquistas—, transmitiendo el evangelio y la diafanidad del idioma nuevo a los escasos descendientes de la casta muisca.

Así está la Villa en su minuto de quietud inalterable y que se quedó para siempre....

Pero ya debéis pasar, señores, a mirar cómo despunta la aurora del siglo diez y nueve. Aquí en esta urbe se captan y difunden con rapidez pasmosa los preludios de independencia que proclamaran los Comuneros en el Socorro, Nariño en Santafé y Agueda Gallardo en Pamplona, y sus contornos se estremecen al conjuro de esperanzas mejores. En este fermento de entusiasmo inusitado se halla esta tierra gloriosa en 1810, para sumar su fervor libertario al de Acevedo y Gómez, Nariño, Torres y Camacho. Ya en el período de fusión étnica, despierta aquí la raza con destellos de heroísmo incomparable. El aborígen pasivo y abnegado, recibe la muerte con estoicismo sorprendente, y el mestizo, en ímpetus sublimes delira con la libertad y lucha con frenesí hasta alcanzarla. Y en estos parajes especialmente, las dos razas al confundirse, presentaron un tipo nuevo de vigor físico y espiritual magnífico.

Colmados están los anales patrios de hechos grandiosos que llenan de gloria este lugar consagrado por el valor y la inteligencia de sus hombres. Aquí está el Congreso de las Provincias Unidas, en cuyo seno resalta la figura insigne de Camilo Torres ejerciendo la Presidencia de esta Corporación. Su verbo elocuente que preconiza el civismo y la moral de los pueblos, es piedra angular donde se perfila la República. Y en etapa dolorosa de la Magna Epopeya surgen los mártires invictos de la libertad: Vásquez, Niño y Lineros, cuyo sacrificio aviva más y más el afán de independencia, porque la sangre de aquellos próceres vitaliza mayormente esta tierra, máxima productora de héroes.

Y se abre otra época costelada de hazañosos hechos que luego habrá de aprovecharse con las victorias de Vargas y Boyacá y cuyo signo seguro, áureo y fecundo, es la espada de Bolívar. Porque Tunja, como todas estas comarcas que son de Boyacá es valiente y generosa, patriota hasta el delirio, alma

incomparable de la libertad de un mundo!

Luego la República... Por estas callejas sombrías y tortuosas y por salones de líneas antiguas desfilan egregias figuras de hijos de Tunja en afanoso empeño de contribuir a dar fisonomía estable a la Nación que comienza. Acaso las pasadas contiendas ha debilitado su empuje y su coraje? Jamás! Porque Tunja, ya lo djimos como todo Boyacá, nació para la lucha sin conocer desconciertos; nació para el triunfo sin saber de la derrota! Mas es incansable está ungida por la gloria. Ahí la tenéis, señores, desde tiempos lejanos hasta los días que corren, prestando sus favores heróicos y continuos a la Patria amada, sin dejarla sola en ninguna circunstancia, ya de triunfos o alegrías, ya de peligros o amarguras. Firmes están siempre sus hombres del valor y del penar fecundos, con su espada y con su pluma y sus falanges femeninas, coordinadoras con ellos en la integración humana y dando a la Patria la prolongación más sublime de la vida. Por eso merece mejores recompensas, menos olvido y menos olvido también de lo que ella representa en el porvenir de Colombia, porque Colombia debe de estar segura de que en los ricos pebeteros del alma boyocense jamás falta el combustible del más recio patriotismo!

He dicho.

Al Convento de Santo Domingo de Tunja en su Cuarto Centenario

EPOPEYA

Por Fr. LUIS RAMON MIRANDA C., O. P.

Al llegar a la sombra de tus muros,
sagrado asilo de virtud y ciencia,
honda emoción eleva los sentidos,
y arroba la conciencia.

Vienen a la memoria cuatro siglos
de vida austera y místicas labores
de muchedumbre de abnegados frailes,
llamas de fé y de célicos amores.

Primera vez sentaron su morada,
donde hoy San Agustín el nombre ostenta;
lejos del burgo, do observar no atinen,
porque su voz al opresor afrenta.

Alfonso Carvajal los trajo entonces
a do, con lises, ilustró sus lares;
luego llevólos Arias Maldonado
y les donó sus casas y solares.

Allí fijaron su mansión los hijos
del gran Guzmán, tenaces sembradores
de la Verdad, do, en siglos de proezas,
dignos se hicieron de laurel y honores.

Llegaban de la España misionera,
caravanas de ardientes paladines;
y, en tus claustros, oh insigne monumento,
templaban de sus pechos los clarines.

Y, así, a la voz de la obediencia atentos,
se exparcieron por vâlles y montañas;
sin temer las distancias ni los climas,
los salvajes, las fieras y alimañas.

Y allí, donde la terca idolatría,
levanta audaz su sórdida cabeza,
asienta una capilla el misionero,
en que a explicar la fe de Cristo empieza.

De los nativos el lenguaje aprende,
mientras enseña el habla de Castilla;
y, conviviendo, hogares nuevos forma,
do la vida cristiana asombra y brilla.

El chocerío se convierte en pueblo,
donde una torre esbelta se levanta,
frente a una plaza, en cuyo centro mismo,
pila de piedra, en surtidores canta.

Frente a la iglesia, donde el fraile habita,
se oye el rumor de la primera escuela,
a do, el hijo del indio y del hidalgo,
de ciencias y artes, anheloso, vuela.

Se tala el monte; con lustrosos fierros,
rompen los bueyes faldas y praderas;
y, a los vientos de junio se remecen,
de trigo y de maíz, las sementeras.

Las gallinas, los pizcos, las palomas,
con su bullicio alegran los poblados;
pueblan y pintan campos y dehezas,
cerdos y ovejas, cabras y ganados.

En todo hogar, el gato guarda el queso;
el perro ladra y hace centinela;
la mula, el buey, y el burro llevan carga,
y, en su alazán, el hacendado vuela.

Se acabaron los odios de conquista,
y, una ambición en todo pecho late;
techo y mesa tener, y, en las veladas,
colaciones y queso y chocolate.

.....
De esta transformación, el alma ha sido
humilde fraile, de la veste blanca;
quien sembró caridad, fé y alegría,
do hoy, el tesoro de la paz, arranca.

Muchos de los primeros sucumbieron
de su labor al ímpetu afanoso;
y, el suelo que con sangre fecundaron,
les ofreció su postrimer reposo.

Otros volvieron a tu augusto claustro,
a elegir prior, o a reparar los bríos;
y tornaron a España, o, se quedaron
y fueron a labrar nuevos plantíos.

.....

Tu interior, entre tanto, semejaba,
un colmenar activo y rumoroso:
pues, mientras frailes iban y venían,
apenas daba la labor reposo.

En el coro los salmos resonaban,
y en el altar fulgían los oficios;
púlpito y confesión forman escuela,
de corrección, de piedad y sacrificio.

Para suplir las fallas que la muerte
en las celosas filas ha dejado,
nuevos pastores llegan de la Patria,
o los forma tu propio noviciado.

Espanoles y criollos, obedientes,
de la divina voz, al soplo vario,
vienen a tí, sedientos de martirio,
y reciben el santo escapulario (1).

Hav horas de silencio, en que las almas,
captan de Aquino la fecunda idea;
que se aferra a la mente en la disputa,
cuando el Regente la verdad plantea.

Es universitaria tu enseñanza
que, a seglares y a clérigos, ofrece
la ciencia, que el vivir les asegura,
y el título, que al ánimo enaltece.

.....

Pasando así, va lenta la Colonia.
Los siglos a los siglos se suceden,
v, tus hijos, obreros incansables,
en dirigir la sociedad no ceden.

Eres, oh Claustro, un sol, cuyos fulgores
van por los cuatro puntos cardinales;
y, alcanzan hasta Mérida y, los Llanos,
tierras de Opón, de Muzo y Macanales.

Por doquiera tus frailes te acreditan,
con su virtud y dulce apostolado;
y, en pueblos y en iglesias y en las almas,
muy hondos sus recuerdos han quedado.

.....

Llegó, por fin, la hora definida
para la libertad de las colonias;
que fueron, de la hispana Monarquía,
cual recia urdimbre de columnas jónicas.

La noble idea por doquier germina,
y las conciencias, presurosa inflama;
sale de tu recinto, convertida,
en huracán o en pavorosa llama.

.....

Suelta la patria de ominoso yugo,
cual pueblo libre su destino ordena;
mientras restaña la sangrante herida,
viendo a sus plantas rota la cadena.

Mas, la tarea es larga y enojosa,
porque en los pechos la pasión fermenta;
y, el libertario, en lucha fratricida,
la ansiada paz, empecinado auyenta.

En tanto, de tus hijos animosos,
no cesa la apostólica porfía;
el coro y el estudio, el ministerio,
llenan las horas íntegras del día.

.....

Uno de los mejores paladines
de la ambición se lanza por las puertas;
la iglesia tala, y, a los pobres frailes
destierra y, toma lo de "Manos Muertas".

La patria así pagó la ingente deuda
a sus mejores y preclaros hijos.
Mientras el impío de su hacienda holgaba,
duelos al fraile soportó prolijos.

Como muchos, oh Claustro venerable,
 tus frailes al exilio fenecieron;
 pero, algunos tornaron y, briosos,
 de tu iglesia, en contorno, se acogieron.

Al otro lado del perdido albergue
 junto a tu templo, pronto edificaron;
 y, como enjambre que el panal repara,
 la antigua brega, luego continuaron.

Y, aquí están, hoy, en su último refugio,
 cuatro siglos después de su comienzo;
 con una ilustre y dilatada historia,
 y, un acervo de méritos, inmenso.

El vasto campo, el porvenir son suyos;
 suyo el afecto de los pechos todos;
 un sol de gloria el surco les señala,
 de su labor a los diversos modos.

.....
 Al parar a la sombra de tus muros,
 sagrado Asilo de virtud ciencia,
 honda emoción eleva los sentidos,
 y embarga la conciencia.

Para acercarse a tí, como el Profeta,
 hay que llegar con la desnuda planta,
 y, henchidos de profunda reverencia,
 porque la tierra que se pisa es santa.

Santa por las cenizas que conservas,
 en tus entrañas, venerable osario;
 cenizas de varones que murieron
 en la cruz del deber, de su calvario.

Santa por el ayuno y penitencias,
 Regla y Constitución, actos corales,
 privaciones sin cuento, ministerio,
 martirio de los votos monacales.

.....
 Vense cruzar los largos corredores,
 en la quietud de silenciosa noche,
 sombras encapuchadas que musitan
 acaso una oración, quizá un reproche...

Son ellos, tus heraldos, los caídos,
 los que otro tiempo resguardó tu celo;
 los que te honraron con su santa vida,
 que llegan a visitarte desde el cielo.

.....
 Guardas, en tu tesoro, las más ricas,
 prendas, del arte y de la fe, sumario;
 la Virgen del Refugio portentosa,
 y la excelsa Capilla del Rosario.

En tabla vieja, do servían las viandas
 desde el torno a la mesa, a los hermanos;
 se apareció la celestial señora,
 siendo de allí, refugio a los tunjanos.

Hacia la izquierda del antiguo templo,
 hay un rincón de púrpura y de oro;
 do, un artífice anónimo ha dejado,
 del arte y devoción, regio tesoro.

De la tarde que muere a los fulgores,
 y en explosión de nácares y fuego;
 reviven los misterios del Rosario,
 y la Virgen sonrío a nuestro ruego.

Qué mano la esculpió? Por qué modelo?
 Qué gubia, qué pincel? Con qué porfía?.....
 Sólo sabemos que su augusta fama,
 cubre todos los ámbitos del día.

.....
 Y, aunque crónicas tienes tan gloriosas,
 que te agobian con lauros inmortales;
 hay una que a las otras oscurece,
 como el sol a los cuerpos siderales.

Hacia el sureste de tus sacros predios,
 humilde artista de la gente hispana,
 en lienzo vil, con tierras y con flores,
 una imagen pintó, triple y galana.

Andrés y Antonio, apóstoles de Cristo,
 ocupan los dos lados del conjunto;
 y, en el centro, la Virgen del Rosario,
 nos escucha y nos mira al mismo punto.

Antonio de Santana, a su encomienda de Suta, trasladó la imagen pía; y, en pajizo oratorio, los colonos algún tiempo la honraron a porfía.

Deshecho por los vientos y las lluvias, el lienzo y las imágenes borradas, hacia Chiquiquirá, fué remitido, con varios cachivaches y nonadas.

La ferviente terciaria María Ramos, que buscaba una imagen de María, tendió el lienzo al mural del oratorio, y, mostrarse a la Virgen, le pedía.

Un día ya lejano, fué atendida de la Ramos, la súplica ferviente; y, en ecloción de amor, surgió la imagen como aurora de luz resplandeciente.

Los pasmosos milagros dilataron su devoción por tiempos y naciones, y Colombia y sus hijos la coronan Reina y Señora de sus corazones.

Si inmenso honor te cabe, porque has sido de este pueblo, fanal de fe y cultura; qué gloria no tendrás, puesto que fuiste cuna y taller de célica hermosura? . . .

Y perfumas, con clásicas leyendas, tu historia a través de las edades; y, en las veladas, van de boca en boca, con el cariz de puras realidades.

Del covento anterior, (2) so la escalera, arranca un tunel que, bifurca ufano, y va al Topo, las Nieves, San Francisco, la Catedral, Ignacio y San Laureano.

Allí mismo, refiere la conseja, en las oscuras noches, silenciosas, del portón, por el ojo de la chapa, se distinguen escenas espantosas.

Prisioneros de fuego, entre cadenas,
 los usurpantes, pasan, arrastrados
 por los demonios; en azotes fieros,
 y en grito y maldición, desesperados....

En incógnito sitio de la iglesia,
 hay una vasta cripta, insospechable;
 sala capitular, cárcel, osario,
 do un tesoro, se oculta, imponderable.

Al occidente de la izquierda nave,
 está el altar del dulce Nazareno;
 con "El Judío de Tunja", cuya fama,
 el predio traspasó, propio y ageno.

Estatuizado allí, lo descubrieron,
 las beatas, después de azás buscarlo,
 segunda vez de haber vuelto al convento,
 cuando, logrado había fray Juan, quietarlo.

.....

Cómo seguir cantando tu epopeya,
 morada de perínclitos varones,
 sin espacio ni tiempo ni valía?
 Si rebozas de hazañas y blasones?

.....

Oh, glorioso Convento, do han llegado
 los años y los siglos a estrellarse,
 cual las olas del mar, a los cantiles,
 sin más que, por efímeros, trisarse.

Los que te odiaron, ya desaparecieron;
 de tus amantes la heredad mantienes;
 y, odios y amores, esperando vives,
 pues que, la suerte de lo inmoble, tienes.

Cuando todos los labios te bendicen,
 en este tu glorioso Centenario;
 faltar no puede, de tus propios hijos
 canción procera ni homenaje vario.

Por eso hoy, yo, de todos el postrero,

MCD 2018 de amor urgido, en mis anhelos fieles;

te hilvano el canto de las epopeyas,
y, en tu portal, desato mis laureles.

(1) Esta prenda traída por la V. Sma. al Beato Reginaldo, constituye la parte más notable del hábito dominicano.

(2) Hoy Comando de la Policía Nacional División Boyacá.

INFORME

que rinde a la Academia Boyacense de Historia, el Jurado Calificador del Concurso sobre temas de historia, correspondiente al año de 1951.

En la ciudad de Tunja, en el salón principal de la Biblioteca del Departamento, se reunieron los miembros del Jurado Calificador del Concurso abierto por la Academia sobre temas históricos, según Acuerdo del presente año, señores Ulises Rojas, Rafael Salamanca Aguilera y Juan C. Hernández, con el objeto de calificar los trabajos presentados al mencionado concurso, que previamente habían sido leídos y estudiados por cada uno de los nombrados.

Después de un análisis detenido y cuidadoso, el Jurado consideró la conveniencia de elevar a cuatro el número de premios, estableciendo dos primeros premios de \$ 100.00 pesos cada uno y dos segundos premios de \$ 50.00 m. l. cada uno.

Los trabajos presentados en número de diez, fueron los siguientes: *Simón Bolívar* por *Blanlibihol*; *Bolívar* por *Cláudio*; *Simón Bolívar* por *Mago*; *El Carácter de Bolívar* por *Patriota*; *Paralelo histórico entre Bolívar y Santander* por *Herman*; *Bolívar Gobernante e Internacionalista* por *Mauricio Villa*; *Estudio sobre el Libertador Simón Bolívar* por *Consalapar*; *Del Mantecal a Boyacá* por *Aursiga*; *Las ideas políticas del Libertador* por *Fedro*; *Algo sobre el Libertador Simón Bolívar* por *Henry de Babá*.

En forma unánime el Jurado resolvió conceder los premios a los siguientes trabajos:

Un primer premio de \$ 100.00 al estudio "Bolívar — El Genio" firmado por *Claudio*.

Un primer premio de \$ 100.00 al estudio "Algo sobre el Libertador Simón Bolívar" firmado por *Henry de Babá*.

Un segundo premio de \$ 50.00 m. l. al estudio "Las ideas políticas del Libertador" firmado por *Fedro*.

Un segundo premio de \$ 50.00 m. l. al estudio "Bolívar Gobernante e Internacionalista" firmado por *Mauricio Villa*.

Abiertos los sobres correspondientes se encontró que los

premios por su orden fueron obtenidos por los siguientes señores:

Eduardo Gómez Patarroyo, primer premio de \$ 100.00 por su trabajo "Bolívar — El Genio". Es alumno del Colegio de Boyacá.

Eliseo Salas Muñoz, primer premio de \$ 100.00 por su trabajo "Algo sobre el Libertador Simón Bolívar". Es alumno de la Escuela Normal de Varones.

Pedro Chocontá Rojas, segundo premio de \$ 50.00 por su trabajo "Las ideas políticas del Libertador". Es alumno de la Escuela Normal de Varones.

Gabriel Quiñones Sarmiento, segundo premio de \$ 50.00 por su trabajo "Bolívar Gobernante e Internacionalista". Es alumno del Colegio de Boyacá.

Los sobres restantes fueron incinerados por el Jurado y los trabajos firmados con pseudónimo quedan a la orden de la Academia.

El trabajo del señor Eduardo Gómez Patarroyo contempla al Libertador como un hombre con las características y prerrogativas del genio y lo estudia a la luz de la adversidad y del triunfo, en la enfermedad y en la gloria, como militar, político y creador de naciones. Es un estudio denso, bien escrito, que contiene conceptos originales y demuestra una acendrada vocación de investigador. El autor presenta además otro trabajo titulado "Bolívar y el amor" que el Jurado no consideró por parecerle suficiente el que ha sido premiado.

El trabajo del señor Eliseo Salas Muñoz profundiza en la magna producción del Libertador que es la Carta de Jamaica y relievra con mucho tino el sentido profético de las declaraciones contenidas en tal documento. Revela inteligente comprensión, buen criterio e información seria.

El señor Pedro Chocontá Rojas hace un magnífico estudio de las ideas políticas del Libertador y formula una crítica muy bien documentada a la versión que achaca al Padre de la Patria ideas monarquistas. Está escrito con corrección y sobresaliente estilo.

El señor Gabriel Quiñones Sarmiento realiza un buen estudio de Bolívar como gobernante e internacionalista. Hace citas muy oportunas que contienen e implican los ideales de gobierno del Libertador reivindicando a la vez, para éste, la, inspiración de la política panamericana y la visión del mundo presente y de la constitución de la actual sociedad de naciones.

Los demás trabajos presentados revelan interés por la historia y por la persona del Padre de la Patria; pero la mayor

parte no realizan las condiciones del concurso que señala como tema un aspecto solamente de Bolívar y no bocetos biográficos como los que presentan los pseudónimos Consalapar, Blandibihol y Mago, por más que la biografía de éste último merezca mencionarse como un apreciable esfuerzo de síntesis histórica.

El relato firmado por Aursiga y titulado "Del Mantecal a Boyacá", es más bien una producción literaria a lo largo de la cual se aprecia un entrañable acento lírico. Tampoco cumple las condiciones del concurso el trabajo de Herman titulado "Paralelo histórico entre Bolívar y Santander", el cual no obstante merece ser tenido como una pieza muy bien ideada. Debe señalarse, por último, el trabajo de Patriota denominado "El carácter de Bolívar", que merece con justicia una mención especial.

El Jurado deja cumplido así su cometido y al expresar su satisfacción por el éxito alcanzado por este concurso de la Academia Boyacense de Historia, felicita a todos y cada uno de los participantes cuyo esfuerzo destaca con justicia, invitándolos a proseguir en la tarea de investigación histórica que han iniciado con tan afortunados auspicios.

Se firma esta acta a 11 de octubre de 1951.

ULISES ROJAS, Presidente de la Academia Boyacense de Historia.

Rafael Salamanca Aguilera, Presidente del Centro Bolivariano de Boyacá.

Juan C. Hernández, Director de la Biblioteca del Departamento.



Dn. Eduardo Gómez Patarroyo,
autor del siguiente estudio histórico

Bolívar, el Genio

Las condiciones en que nació Bolívar en cuanto a lo que se refiere al ambiente de su país y en general de la América y del mundo fueron favorables, y dieron amplio campo de acción al genio que había en él. Bolívar nació en 1783 y solamente hacía dos años que el grito de rebelión de los Comuneros, había resonado como el anuncio y la primicia de la futura libertad americana, y no hacía mucho tampoco que el Cuerpo de Tupac Amaruc el heróico cacique Peruano, había sido cruelmente descuartizado por rebelarse contra las autoridades españolas. Además la clase a la cual pertenecía Bolívar, es decir la aristocracia criolla, en la que encontraba ya mucha cultura, y que estaba enseñada a dominar y a ciertos privilegios, era humillada y subyugada por incompetentes funcionarios españoles, quienes le quitaron los pocos privilegios de que gozaba aún: Los de educarse como quisiera, no permitiendo a los jóvenes de esta clase, recibir instrucción sino bajo ciertas condiciones y tan solo en grado limitado. El comercio del cual vivían y que los había enriquecido fue restringido hasta quedar sujeto a una sola compañía, la cual tenía el privilegio no solamente de comprarlo todo a las colonias sino de venderlo todo. Por esto a pesar de ser Bolívar de sangre española lo mismo que sus padres y antepasados, no oyó durante su niñez y su juventud sino quejas contra la opresión española en América,

y ellas transcurrieron en una época en que los triunfos de Napoleón y la Revolución Francesa, conmovían al mundo, y las guerras heroicas y las batallas gigantescas asombraban a la Europa de esos tiempos. Añádase a ésto los rumores de libertad que corrían de boca en boca en las colonias españolas, en las cuales empezaban a aparecer hombres de guerra, sedientos de independencia, como Nariño y Miranda, y tendremos el cuadro completo del ambiente en que creció nuestro Libertador. Era un ambiente caldeado en el que flotaban invisibles anhelos de una vida mejor e independiente, y en el que resonaban los ecos de la gloriosa Epopeya que fue la vida de Napoleón. Por tanto el genio de Bolívar se alimentó de libertad y de heroísmo provenientes de la atmósfera que lo rodeaba e hizo nacer en él anhelos de gloria para sí y para su patria, inmensos deseos de libertarla y ennoblecerla, de respirar un aire libre y vivir una vida hecha de nobleza y abnegación. Era un campo propicio para ejercitar su genio y sus capacidades, la escena que se presentaba ante sus ojos, era una obra digna de su genio, la que esperaba ser realizada allí a su alrededor en su patria misma. La misión del genio es ennoblecer a la humanidad, elevarla a un estado superior y por esto el genio es combativo y se alimenta de lucha. Su ambiente es el campo de batalla, ya sea en lo espiritual o en lo material, lejos de la lucha se consume y se marchita, y una existencia burguesa llena de monotonía le hace languidecer, y sus ojos brillan de entusiasmo cuando hay un ideal o una causa grande por qué pelear. Esto aconteció con el hombre de genio que era Bolívar, y fué ésta chispa genial la que le marcó el camino y le descubrió nuevos horizontes, nuevos ideales a qué consagrarse por el resto de su existencia.

El genio ardía en lo profundo de su sér y lo sostenía en los momentos cruciales, en las horas más difíciles de su existencia. Fué este fuego, que sólo se encuentra en los espíritus superiores y que los incita a rebelarse contra todo lo que signifique darse por vencido, el que le hizo exclamar en momentos de peligro para la causa libertadora, cuando el espantoso terremoto que diezmó la población de Caracas y por tanto las tropas republicanas, aquellas memorables palabras: "Si la naturaleza se opone lucharemos contra la naturaleza y la venceremos". En esta frase está encerrada toda una filosofía de fortaleza, de resistencia al infortunio, de superarse así mismo, y da la idea de una voluntad madura ya en el dominio de las situaciones. Tal vez es esta la clave del triunfo de Bolívar y tal vez es la clave de todos los triunfos.

Bolívar fue el genio de la rebeldía contra el destino, solamente su genio militar, pudo cambiar la derrota inminente en victoria y torcer así el curso lógico de los acontecimientos. Donde los demás veían ruinas él veía materiales para construir, donde era obscuridad absoluta para todos él descubría un resquicio por donde se filtraba la tenue luz de la esperanza.

Cuando en la primera campaña de Venezuela sus tropas estaban fatigadas de luchar y sufrían derrota tras derrota, Bolívar les gritaba: "El arte de vencer se aprende en las derrotas", frase que es una síntesis de su vida y de su acción, mostrándonos al hombre fuerte por excelencia, que estudiando cuidadosamente la derrota y sus causas, el fracaso y la manera de evitarlo, logró la obra grandiosa de la independencia de cinco Repúblicas. En otra ocasión y después de que Bolívar tuvo que huir de Venezuela, luego del primer intento de independencia, sólo, con la derrota pesándole en el alma y en el cuerpo como una carga despiadada y aplastante, ninguna palabra de desesperación salió de sus labios, ni una queja contra el infortunio. Desde Curacao, lugar a donde llegó después de la huida, escudriña el horizonte, mientras en su mente repasa la costa norte del continente, buscando una hendidura, una brecha, un punto débil por donde atacar nuevamente, por donde comenzar la lucha otra vez. No para mientes en que no tienen dinero ni tropas, únicamente su espíritu se concentra y acecha la ocasión, tanteando en la obscuridad la salida para continuar nuevamente el camino. Y después de cavilar y planear, el ansiado punto de partida para recomenzar es hallado, y Bolívar vuelve sus ojos hacia Nueva Granada. No importa que en esta tierra sea completamente desconocido, no importa que el escozor de la derrota, todavía le corra el alma y que las ciudades estén herizadas de bayonetas realistas, nada de esto detenía a Bolívar al contrario, era un acicate para la lucha, un reto a su valor y a su constancia al que no podía hacer caso omiso sin sentirse degradado interiormente. Y no solamente recomienza sino que lanza un manifiesto en el que reconoce sus errores en la pasada campaña y hace un llamamiento al pueblo granadino para que los evite en el futuro, y así como resistió al infortunio y a los reveses de la fortuna hasta quedar vencedor luchó contra la ignominia y la opresión por medio de la espada hasta quedar victorioso. Morillo se refiere a él en mensajes a Fernando VII. en las siguientes palabras: "Bolívar es un alma indomable que con una sola victoria de la más insignificante naturaleza es capaz de hacerse dueño de 500 leguas de territorio", y en otra carta dice: "Nada puede compararse con la infati-

gable actividad de este caudillo. En intrepidez y sus talentos le dan pleno derecho a ser la cabeza de la revolución y de la guerra" y termina diciendo: "El sólo es toda la revolución". Nada como esta frase resume el fuego de rebeldía que animaba a Bolívar "Era la revolución" pero la revolución justa, es decir la justicia contra la injusticia, la libertad contra la esclavitud y la opresión, la dignidad que no se humilla que no inclina la cerviz ante ningún tirano, que no transige contra la posición y la violencia, sino que las mira cara a cara y las reta y lucha contra ellas y las vence.

El genio era en Bolívar como un animal inquieto y rugiente, que habitara en su interior, que lo golpeaba, lo impulsaba, y lo lanzaba a la lucha, a la conquista de la gloria, sin darle tregua ni reposo, siempre gritándolo y azuzándolo, siempre enardeciéndolo.

El genio necesita poner en movimiento sus facultades, ejercer su poderoso influjo, agotarse y agotar a los demás hasta la consecución del triunfo, y no bien lo ha obtenido en un campo, cuando su mente y su imaginación trabajan en nuevos planes de más alcance y de más sabrosos frutos. Esta inquietud, este no vagar, esta actividad asombrosa del genio, los vemos en Bolívar; toda su vida es una continua inquietud, un ir y venir organizando tropas, madurando planes, escribiendo, leyendo, planeando. No bien ha terminado de libertar a la Nueva Granada cuando su mente ya busca la manera de independizar a Venezuela, luego de haberlo conseguido siguen Ecuador, Perú y Bolivia en una cadena de grandes victorias que se suceden con rapidez y no bien ha terminado de libertar al Perú cuando su cerebro estudia las posibilidades de una reunión de las naciones americanas en Panamá, y la manera de asentar las bases definitivas de la Gran Colombia, proyecto por el que luchó hasta que la muerte le dió su misericordioso descanso.

De la gran actividad de Bolívar nos da una idea Parra Pérez describiendo sus labores para organizar la segunda república de Venezuela: "Los trabajos del Libertador (escribe) fueron inmensos, y cubrieron todas las ramas de la administración pública. Era multiforme como Proteo. Además de formar un gobierno se interesó en recoger fondos, reorganizar el ejército y comercio, los impuestos y la inmigración. Ningún hombre de la historia ha mostrado mayor energía en la inteligencia más sabia y obtuvo más grandes resultados con tan miserables herramientas y elementos. El país existía realmente gracias a la voluntad del Libertador. No fue como Wáshington y San Martín, meramente el jefe de un ejército revolucionario; fue el

Padre de la Revolución”.

Si veis a Bolívar tendido en su hamaca no os engaños, su reposo es tan solo aparente, su mente es una colmena laboriosa en donde se edifican lentamente las bases de 5 futuras repúblicas y todo su ser está absorvido en sus pensamientos.

Aun enfermo el Libertador no descansa. En la campaña del Perú cuando Torre Tagle desertó de las filas patriotas, y las dificultades se sucedían para libertar definitivamente esta nación un tanto reacia a la independencia, Bolívar fue atacado de una violenta enfermedad que le hizo retirarse al puerto de Pativilca en la costa del Pacífico, allí quemado por la fiebre no era sino un montón de huesos y sus púmulo y su frente ardorosa eran más pronunciados que nunca, sin embargo el libertador era el de siempre animoso y activo y habiéndole visitado Mosquera su embajador en Buenos Aires, le preguntó: qué piensa hacer ahora su Excelencia? Bolívar se volvió hacia él con ojos asombrados y le contestó: “Qué? Conquistar por supuesto”. Y durante toda la enfermedad y mientras yacía en el lecho recibía despachos contestaba cartas de la Nueva Granada, de Venezuela, y su cerebro quemado por la fiebre seguía trabajando además de esto en los planes para la liberación del Perú y estando inválido y todavía vacilante las piernas por la debilidad, fue nombrado Supremo Jefe militar y civil del Perú, con poderes dictatoriales: Bolívar aceptó a pesar de su fatiga y de necesitar un merecido descanso, y aún escribía a Sucre: “Debo decidir con usted aquí sobre varios planes que es necesario que usted conozca, a objeto de poder aconsejarme y enterarse de la parte que le toca en ellos. Tengo un gran proyecto para terminar con esta guerra”. Y en otra carta le decía: “Estoy listo para todo, estoy en verdad poseído por el demonio de la guerra y me siento en situación de poner fin a esta lucha... el enemigo avanzará con 8.000 hombres y nosotros le opondremos en el camino de batalla un número aproximado. La victoria debe ser nuestra”. Y todo esto lo escribía un hombre que apenas podía ponerse en pie!

Es el precio del genio y de la gloria: La inquietud, una inquietud constante hacia el ascenso, siempre hacia la perfección. Esta fuerza poderosa que bullía en su interior se contagiaba a todos con quienes trataba, y de ahí la gran influencia que tenía sobre todos. La fuerza de su personalidad que se manifestaba por una gran dignidad y una agradable cortesía, era mucha e influía hasta en sus enemigos: Muestra de ello es la entrevista que tuvo con el general Obando, que a pesar de ser granadino comandaba una tropa de realistas con la cual milita-

ba en las regiones del Sur: al bajar el Libertador hacia el Perú para libertarlo y ya cerca de Popayán, Obando salió a su encuentro con bandera blanca y solicitó una entrevista con el libertador, ésta le fué concedida, sucumbiendo Obando, durante ella, al poderoso influjo y a la fuerte personalidad de Bolívar, hasta tal punto que terminó no solamente por rendirse con la tropa bajo sus órdenes sino por servir fielmente a la causa patriota. "Esta fue (dice Tomás Rourke) una victoria incruenta que Bolívar ganó y aunque no muy importante como acción militar, es muy interesante como ejemplo del tremendo poder de su personalidad". Más tarde Santander refiriéndose a este extraño magnetismo que despedía el libertador, decía: "El hombre es de una personalidad enceguecedora e hipnótica y yo mismo la he sufrido. Muchas veces al concurrir lleno de enojo y con proyectos bien formados, a su presencia, me sentí repentinamente desconcertado y lleno de admiración hacia él. Ningún hombre puede ponerse frente a frente con Bolívar".

Bolívar lo sabía y avivaba este fuego que sabía comunicar con el soplo encendido de sus proclamas, con palabras inspiradas, llenas de empuje: no desaprovechaba ocasión para arreglar a sus hombres; por entre los bosques, en medio del polvo y las fatigas del camino, su indomable energía tenía siempre palabras de aliento y de consuelo para ese ejército harapiento y enfermo; siempre infatigable para ayudar y aún sintiendo él mismo la muerte en el alma, su boca sonreía altiva ante la desgracia. Su genio tenía la tranquila majestad del mar, pero en sus profundidades siempre habitó la tempestad.

El genio, precisamente por su inmensa superioridad sobre el resto de los mortales, no es feliz ni podría serlo nunca porque así como su cabeza ceñida por el laurel del triunfo y de la gloria, sus sienes son heridas también por dura corona de espinas de la incomprensión, la envidia, las duras realidades de la vida y los bajos instintos de los hombres. La tortura del genio es la tortura de un dios inmolado y tiene la sombría grandeza de una noche estremecida por la tempestad y como ella una belleza sublime, ultra-terrena, iluminada por vívidos relámpagos y sacudida por los ecos sordos del trueno. Pero así como cuando se va la tempestad, los campos quedan envueltos en una extraña paz y una calma llena de frescura, así como la naturaleza parece reaccionar con dulzura pero con fuerza después del azote, así el genio que había en Bolívar salía de las amarguras que le deparó el destino, con una calma llena de nuevas fuerzas y un frío desprecio por el infortunio, y su mirada era la de un cóndor oteando el horizonte con la

majestad de un campeón experimentado e invencible que tiene la certeza de haber salido más fuerte, menos vulnerable, de entre las redes traidoras que le ha tendido la vida. Y entonces Bolívar era temible, se vigilaba hasta en el más mínimo de sus actos y sus planes eran concebidos con una precisión tremenda, con un frío y sereno cálculo que era el terror de sus enemigos. Entonces era mil veces más peligroso que vencedor. En la derrota su genio tenía algo de la salvaje belleza de una fiera acosada en la obscuridad de su cueva, cuando el menor movimiento puede ser la salvación o la perdición. En la victoria era noble y manso, nunca tan altivo, tan temible, como lo era derrotado.

Los genios son seres predestinados para una misión grande en la tierra. Dios tal vez compadecido de los hombres manda de siglo en siglo uno de estos hombres extraordinarios que dominan a los hombres y mejoran las condiciones de la humanidad. Bolívar era uno de ellos, su destino ya estaba palpitante en las estrellas cuando él vió la primera luz. Durante toda su vida se vió sostenido por una fuerza sobrehumana, por una voz interior que le decía en los momentos difíciles de su carrera: "No importa, terminarás por vencer". Pocos hombres en la historia hubieran podido sufrir los crudos embates del destino que tuvo que soportar Bolívar sin declararse derrotado y sin desfallecer en la brega. Todos los que le habían precedido en su empresa habían fracasado. Miranda orgulloso y altivo quien a pesar de su desición y arrojo, no pudo sufrir la indiferencia de sus compatriotas y tuvo que renunciar a la empresa; Antonio Nariño quien a pesar de su constancia y de su ardiente amor a la patria no pudo luchar y vencer a la adversidad como la venció Bolívar. Galán cuya cabeza rodó bajo el hacha del verdugo muy débil, aunque muy heróica, para hacer frente al poderío español. Todos ellos fracasaron en su noble empresa, todos, menos Bolívar menos ese hombre cuyo genio era un destello de la omnipotencia divina, el poder del ravo en un hombre, el ángel liberador que Dios había destinado para aliviar 5 naciones de la ignominia y la opresión. Qué otro hombre después de habersele arrebatado el triunfo que tuvo en sus manos por tres veces, después de haber sentido el sabor embriagante de la victoria y ya cuando sus desesperados esfuerzos iban a culminar, después de largos años de lucha en que el cuerpo y el espíritu habían quedado rendidos de fatiga, después de haber ganado batallas increíbles con su tropa de mendigos y hambreados, después de sufrir el hambre, la sed, el sol abrasador del trópico y el frío de los Andes, después de

todo ésto, digo, qué hombre hubiera tenido fuerzas para nuevamente comenzar la lucha, no sólo contra los españoles sino contra la indiferencia de su pueblo, las envidias, y la escasez de los medios, viéndose en el destierro por tercera vez, sin un centavo después de haber sido rico, en la miseria después de haber conocido la opulencia, denigrado por los hombres después de haberse codeado con reyes y haber cortejado a princesas, enfermo de fatiga y con la conciencia del fracaso de tantos sacrificios, teniendo que resignarse a mirar desde el destierro con los brazos cruzados y los ojos llenos de lágrimas cómo el enemigo arrasaba todo lo que se había conseguido entonces, qué hombre hubiera proseguido la lucha en esas condiciones? seguramente ninguno, solamente Bolívar, solamente ese genio, que después de tantos fracasos no había sido vencido, que después de tener que escribir a los amigos: "No tengo un sólo peso y mi lavandera, alma paciente, se rehusa a lavar mi única camisa". Qué después del fracaso total por tercera vez viendo que Morillo pisoteaba su obra, tiranizaba a su pueblo y anulaba la labor de 10 años de lucha, después de todo eso, seguía pensando en el triunfo, todavía seguía con sus sueños de libertad y de gloria, todavía guardaba dentro de su pecho la resolución tenaz de libertar a América, idea que en esas condiciones habría hecho sonreír amargamente a otro que no fuera Bolívar, y aún más, mantenía intactas y aún fortalecidas por la derrota sus resoluciones. Era su misión y la cumplió con brillo.

El genio del Libertador tuvo un vasto alcance, no solamente fue militar: también fué político. Como político el Libertador tuvo actuaciones magistrales teniendo como tenía un profundo conocimiento de los hombres y de la manera de gobernarlos. Sabía mandar de acuerdo con las necesidades del momento y cuando las circunstancias lo exigían, sabía investirse de soberana autoridad y tomaba drásticas medidas. En su manifiesto de Barranca se expresa en las siguientes frases que dan a conocer elocuentemente su sencilla pero eficaz y enérgica filosofía de gobierno, y las relevantes dotes que tenía para el mando: "Es necesario, que un gobierno se identifique, por decir así, con las circunstancias, tiempos y hombres que lo rodean. Si son prósperos y tranquilos, el gobierno puede ser moderado y protector; pero si son calamitosos y turbulentos el gobierno debe mostrarse terrible y armarse de una firmeza igual a los peligros, sin tener en cuenta de leyes y constituciones hasta que la paz se restablezca". La práctica de estos sencillos principios fue la clave del éxito como gobernante, y la declaración de ellos mucho antes de que pudiera pensarse que

algún día llegaría a gobernar, lo defiende contra quienes lo atacan diciendo que asumió la dictadura por ambición de poder. Cuando Bolívar asumió la dictadura lo hizo en primer lugar, por que el pueblo y el congreso se lo pidieron y en segundo lugar por convicción, no por ambición, sabiendo como estaba su pueblo y la ignorancia y atraso en que se encontraba y que necesitaba para su bienestar y seguridad y para el mantenimiento del orden, la paz y el progreso, que se le gobernase en ocasiones con energía y decisión. Parte de estas convicciones eran herencia de las enseñanzas de su maestro Simón Rodríguez, que fué el hombre que más influencias ejerció en su juventud y por consiguiente en su vida. Como diplomático Bolívar fué notabilísimo también, su aguda inteligencia y su penetración parecían adivinar los pensamientos y se daba cuenta de la clase de hombre que tenía adelante con una sola rápida ojeada; estas cualidades le fueron utilísimas en la guerra, cuando se adelantaba a los movimientos del enemigo, presintiéndolos, pero en la diplomacia le fueron de inapreciable valor; sabía sacar partido de las treguas y de las victorias, disimulando hábilmente las ventajas que podía obtener de un pacto para que el enemigo lo firmara cuanto antes. En su entrevista con Morillo es en donde se ven patentes los notables talentos del Libertador como diplomático y su admirable conocimiento de los hombres. En aquella ocasión empezó por presentarse sencillamente vestido y solamente acompañado por unos pocos oficiales, Morillo que se hallaba rodeado de toda una compañía de Húsares brillantemente uniformado exclamó al saber la modesta escolta de Bolívar —¡Por Dios! mi ex-enemigo me ha sobrepujado en cortesía—, e inmediatamente despidió a los Húsares. Este fué el primer golpe de mano maestra para deslumbrar a Morillo. Luego en la comida y durante la charla que sostuvieron los dos guerreros, Bolívar hizo gala de amena conversación y no desaprovechó ocasión de demostrar a Morillo su superioridad y de hacerle ver por todos los medios la legitimidad de la causa que él sostenía; tuvo tanto éxito en su empeño que pocos días después del encuentro Morillo renunció al mando y regresó a España. Fue esta una gran victoria diplomática del Libertador y de ella escribía después: “La entrevista tuvo por efecto desalentar a Morillo, diciéndolo a dejar el país, para ser reemplazado por La-Torre, oficial menos activo, menos capaz, menos soldado. . . . estaba yo convencido que podría dominar a Morillo si tenía con él una entrevista”.

Más tarde en su entrevista con San Martín el 26 de julio

de 1822 empleó tácticas parecidas y demostró en toda su plenitud sus brillantes dotes de diplomático, logrando se cumplieran como él quería los puntos que iban a tratar en la entrevista; a saber, el protectorado bajo el cual iba a quedar Guayaquil, la clase de gobierno y la organización que tendrían las naciones Americanas y en especial Perú, y la guerra en el Perú contra los realistas que quedaban allí. Bolívar logró que Guayaquil se anexara a Colombia, que el Perú tuviera un gobierno democrático y no realista como pretendía San Martín y que las tropas quedaran bajo su mando para continuar la guerra.

En estos casos en que una entrevista era de gran importancia para la perfección y cabal realización de sus planes y de su obra inmortal, Bolívar estudiaba cuidadosamente los pasos que iba a dar y las cosas que iba a decir. En el caso de su entrevista con San Martín Bolívar sabía que éste quería la anexión de Guayaquil a la Argentina y que deseaba un gobierno monárquico para el Perú, y viendo que la grandeza de Colombia sería mayor si lograba que Guayaquil se le anexara y que el gobierno monárquico no convenía en ninguna nación americana y sería causa de revoluciones futuras en el Perú, empezó por ganarse las simpatías del pueblo adelantándose a San Martín en llegar a Guayaquil, en donde hizo amplia propaganda por su anexión a la Gran Colombia; luego cuando San Martín llegó, envió una comisión al puerto que le dió la "Bienvenida a la República de Colombia" golpe audaz que descontroló a San Martín; y a continuación en la entrevista con el héroe del Sur logró imponer con habilidad y elocuentes palabras sus puntos de vista haciéndole presente que la voluntad del pueblo era la de unirse a Colombia y mostrándole las inconveniencias de un gobierno monárquico en una nación en que el pueblo no aceptaría testas coronadas. Todo ésto con brillantes exposiciones del pro y el contra de las cuestiones que se trataban y sazonado todo con la cortesía y las maneras fáciles y elegantes que le eran habituales y que en la diplomacia le fueron tan útiles. San Martín rendido ante la evidencia de lo que el Libertador le decía y dominado por éste y por sus convincentes discursos y actuaciones, dejó el campo libre a Bolívar y renunció al mando en el Perú marchándose a Europa. Todo esto conseguido de una manera amistosa sin una sola discusión agria sin herir a su interlocutor. En otra ocasión en que necesitaba someter tropas rebeldes que, encabezadas por Riva Agüero y formadas por patriotas hostiles a la labor de independencia, entorpecían la labor libertadora en el Perú, logró obtener una entrevista con el coronel Gutiérrez, comandante del ejército del cabecilla rebelde y en

ella convenció a Gutiérrez de tal manera que éste llegó a prometerle que tomaría prisionero a Riva Agüero y se lo entregaría y él mismo pasaría bajo el mando de Bolívar.

La misma sagacidad demostró en el armisticio del 25 de noviembre de 1820 en Ciudad Trujillo, en el que las ventajas fueron todas para los patriotas y hábilmente aprovechadas por Bolívar. De este armisticio escribió el Libertador: "Fue una excusa para ganar tiempo y así poder regular la guerra a mi antojo. El convenio fue ventajoso para nosotros, fatal para los españoles. Sus fuerzas sólo podían disminuir las nuestras aumentar y organizarse". Sería interminable si hiciéramos el recuento de las ocasiones en que el genio del Libertador se abrió paso en la política y la diplomacia con golpes magistrales que controlaban al adversario, y de las ocasiones que su genio tramaba y llevaba a cabo planes audaces que el enemigo no sospechaba.

El pueblo sabía de esta habilidad y esta sagacidad y penetración de Bolívar para gobernar y para conducir los asuntos de Estado, y en los momentos peligrosos para la República era el nombre que estaba en todos los labios, invocado con confianza y con veneración, porque el pueblo sabía que él lo comprendía y lo sabría conducir. Por tres veces el pueblo por medio de sus representantes, confirió a Bolívar el mando supremo, la autoridad total, es decir la dictadura, una en Venezuela cuando su primer intento de libertarla; la segunda después de la convención de Ocaña, donde se recibieron centenares de cartas pidiendo se dejara el mando a Bolívar y ya que esta Convención no tuvo éxito ninguno, la Asamblea reunida por el General Pedro Alcántara Herrán en Bogotá el 13 de junio de 1828 respondió al pedido del pueblo dando el poder supremo y exclusivo a Bolívar; y la tercera en el Perú cuando expulsó de él a los últimos españoles.

Son estos, episodios que tal vez no se podrán encontrar en la vida de ningún mandatario; que el pueblo pide la dictadura, que una asamblea representativa de una nación revolucionaria y amante de la libertad, confiera a un hombre nada menos que la dictadura el terror de los pueblos libres. Se necesita la confianza ciega del perro en su amo, y una fé total y decidida en las dotes de un hombre para abandonarse y abandonar sus destinos tan irrestrictamente en las manos de un hombre. Y el pueblo nunca se equivocó con Bolívar porque el instinto popular para elegir sus guías rara vez se equivoca.

En el campo político, Bolívar fue de una visión extraordinaria, llegando a ser un verdadero profeta de los destinos

de su patria y aún del continente, y entre sus documentos encontramos predicciones que se han cumplido con una pasmosa exactitud. En el famoso documento que publicó en Jamaica, uno de sus mejores escritos, sugirió muy diplomática y también muy proféticamente a Inglaterra que si ayudaba a la independencia Americana podría adquirir en pago de esos servicios las provincias de Panamá y Nicaragua en donde podría construir sendos canales que le darían el control del comercio mundial y la reafirmarían como primera potencia comercial: el texto del documento que se refiere a esto dice así: "Los británicos podrían adquirir en pago de su ayuda (de la independencia) las provincias de Panamá y Nicaragua, formando con estos países el centro del comercio del mundo, por medio de canales que, conectando los dos grandes océanos acortarían las dos grandes distancias y harían permanente la vigilancia y el control de Inglaterra sobre el comercio del mundo". Si Inglaterra hubiera atendido esta sugerencia, su poderío marítimo no habría decaído y sería todavía la reina de los mares y el centro del comercio o por lo menos no habría llegado a las precarias situaciones que últimamente ha tenido que atravesar. Estados Unidos y no Inglaterra ha sido la nación que se ha encargado de confirmar las palabras del Libertador, y su poderío y preponderancia comerciales se deben en gran parte al Canal de Panamá. En cuanto al canal de Nicaragua no tiene nada de particular que se realice en un futuro no muy lejano, ya que la conformación del terreno y la corta distancia que hay entre los dos océanos lo hacen muy factible.

En otra parte de este interesantísimo documento, dice con una visión de admirable alcance refiriéndose al destino de América del Sur, que ésta se dividirá en 15 o más repúblicas y preveé con asombrosa precisión el destino de las varias colonias entonces existentes. Anuncia que Méjico tendría déspotas por presidentes durante varios períodos sostenidos por una alianza de la aristocracia y de los militares, y a veces sería gobernado por monarquías. Esto se cumplió exactamente después: Méjico ha soportado varios déspotas y dos monarcas: Iturbide y Maximiliano. Y continúa prediciendo: "En algunas grandes secciones las monarquías son inevitables", el Brasil y Méjico confirmaron sus palabras. "Chile (escribe) a causa de su posición geográfica y de sus elementos raciales, preservará sus costumbres y mantendrá un gobierno estable más consistentemente que los demás" y la historia se ha encargado de darle la razón, Chile ha sido de los países más ordenados en su gobierno y la nación menos revolucionaria de América del Sur. Refi-

riéndose a los destinos del Perú dice "que sufrirá grandes disensiones y turbulencias políticas" porque "posee dos elementos siempre enemigos de un régimen justo y liberal: oro y esclavos. El primero todo lo corrompe, el segundo está corrompido en sí mismo. El alma de un esclavo raramente se eleva hasta la comprensión ordenada: O se levanta en furioso tumulto o permanece dócilmente encadenada". En esto, los hechos también han confirmado las palabras de Bolívar, el actual régimen dictatorial del Perú habla muy elocuentemente, y también la dictadura de Sánchez Cerro. Más aún, no solamente el Perú ha sido en muchas ocasiones "enemigo de un régimen justo y liberal" para consigo mismo, sino que ha tenido gestos de injusticia y terrible avaricia para con sus vecinos; sin ir muy lejos Colombia ha tenido que sufrirles y el Ecuador es actualmente víctima de su desenfrenada codicia y deslealtad, que muy bien pueden ser fruto de su riqueza, la que en muchas ocasiones aumenta la codicia, y de la esclavitud que sufrió y que está sufriendo bajo las dictaduras. A continuación, afirma el Libertador su falta de fé en la forma federal de gobierno para los países de Sur América y su creencia en un gobierno democrático con una fuerte autoridad central. Los resultados de la Constitución de 1863 que establecía un gobierno Federalista, su fracaso, y el cúmulo de revoluciones que trajera al país le dan plena razón al Libertador y lo mismo en el resto de Sur América en donde poco éxito han tenido los gobiernos federalistas y a excepción de Venezuela y Brasil todos los gobiernos han tenido que ser Centralistas.

En otro de sus escritos afirma el Libertador su fé en los destinos de América y dice que llegará un día en que ésta se unirá en un congreso o asamblea con representantes de todos sus países, para constituir un frente unido y de mutua defensa contra las naciones de Europa o el resto del mundo que osaran atacarla, y para rechazar la introducción de las viejas filosofías de Europa: Y la unión Panamericana que cumple con los fines que el Libertador le había profetizado y que está organizada en la forma en que él lo anunció está siendo una afirmación más de la prodigiosa visión de Bolívar, y sus palabras se han cumplido ¡siglo y medio después de haber sido escritas!

Como acabamos de ver el alcance de Bolívar en el campo político fue el de un profeta genial, su mirada no se extendía a unos cuantos pasos a su alrededor sino que abarcó amplios horizontes, una mirada era la mirada del gavilán y del águila que a centenares de metros sobre el suelo distinguen la presa escondida entre las malezas. Era un visionario genial, su genio

tenía resplandores deslumbrantes que le permitían ver e iluminar muchos de los acontecimientos futuros agazapados en la sombra, que se escapaban a la mirada miope de los demás. Su amor y su té en los destinos de América y de su patria llegaron hasta tal perfección que se elevaron hasta la profecía, hasta distinguir claramente el futuro y lo que éste depararía a América. El genio de Bolívar tuvo algo de las visiones sublimes de Isaías y algo de los milagros de Moisés al libertar a su pueblo del yugo de la esclavitud y mostrarle la tierra prometida.

El genio es el hombre de acción por excelencia y como "el que obra es el que sufre" como dice con gran acierto Federico Nietzsche, los hombres de genio han sufrido mucho, especialmente las mordeduras de la envidia y los celos de muchos de sus contemporáneos. Bolívar como todos los grandes hombres de genio fue víctima de la envidia y la mala voluntad de hombres celosos de su obra y de su gloria. Con muchos de sus mismos oficiales Bolívar tuvo diferencias y libró grandes batallas esta vez de personalidad contra personalidad, de astucia contra astucia, de voluntad contra voluntad; esta terrible guerra psicológica amargó gran parte de su existencia especialmente sus años postreros. Entre estos oficiales celosos de su gloria se contaban, Mariño el guerrillero venezolano, Del Castillo, Montilla, Piar y Bermúdez. El primero se negó en repetidas ocasiones a prestar ayuda a Bolívar en sus primeras campañas en Venezuela, cuando el Libertador se vió en tan apuradas circunstancias, y cuando Mariño se decidió a prestarle ayuda fue demasiado tarde y las tropas Neogranadinas fueron deshechas. Del Castillo se sublevó en una ocasión contra Bolívar en Cartagena, entorpeciendo sus planes nada más que por el placer de verle fracasar y porque no se le había confiado el mando de las tropas. Fue cuando Pablo Morillo estaba por desembarcar en la Nueva Granada: Bolívar desesperado no pudiendo tomar a Cartagena y falto de recursos renunció irrevocablemente el mando de las tropas y se embarcó para Jamaica. Pero en aquella ocasión Del Castillo fue duramente castigado por su envidia y testarudez y murió a manos de Morillo después del terrible sitio de Cartagena en el que el hambre fue espantosa, llegando a tener que comer ratones y otros animales para poder subsistir. Montilla y Bermúdez se negaron en HAITI a emprender la expedición a la Nueva Granada bajo el mando de Bolívar; el primero se embarcó para EE. UU. y el segundo prefirió permanecer en la isla.

Más tarde Bermúdez, cansado de su permanencia en Haití se unió a la expedición con Mariño y Piar, y en un momento

en que Bolívar tuvo que ausentarse y los dejó solos al mando del ejército, a su regreso se encontró con una verdadera insubordinación y le acusaron de incompetencia en la conducción de las tropas y de cobardía personal. Bermúdez llegó a ultrajarlo amenazándole con la espada y tuvo que ser contenido por sus compañeros. Aquellos oficiales se rebajaron hasta decir mentiras a la tropa y urdir sucias intrigas de taberna: sólo Bolívar supo mantener su rango y su dignidad. Como consecuencia de esto la expedición que el Libertador con tanto trabajo había logrado organizar en Haití, fracasó ruidosamente.

Empezaba con este hecho la cadena de intrigas y bajas pasiones que debían hacer sufrir tanto al Libertador durante el resto de su vida. Empezaba a manifestarse el genio y empezaban los celos, empezaba la gloria y empezaba la envidia. Es cierto que Bermúdez reconoció su falta y se reconcilió más tarde con Bolívar, sirviéndole lealmente por el resto de su vida; pero por esta vez el mal estaba hecho y la expedición había tracasado. En cuanto a Mariño siguió haciéndole mal ambiente al Libertador durante el resto de su vida, y aunque muchas veces se vió forzado a servirle, en cuantas ocasiones se le presentaran de hacerle daño las aprovechó sin vacilar. Piar era un gran militar y un buen oficial, pero alentaba una ambición desmedida y en ocasiones quiso proclamarse jefe, diciendo que era superior al Libertador y que sabría mandar y conducir las tropas mejor que él. Durante la campaña de Bolívar en Venezuela, después de haber organizado una segunda expedición en Haití, intrigó con los mulatos para que éstos se sublevaran contra Bolívar, y siendo rubio y de ojos azules, llegó hasta decirles que él mismo era mulato y por lo tanto debían seguirlo: trató también de que Bermúdez y otros oficiales se rebelaran contra el Libertador, pero esta vez Bermúdez ya se había amistado definitivamente con Bolívar y en lugar de prestar oídos a tan viles palabras, contó todo al Libertador quien hizo prender inmediatamente a Piar. Un consejo de guerra en el que Bolívar no quiso tomar parte juzgó a Piar y le condenó a muerte por entorpecer la acción de los patriotas y como saboteador y traidor a la causa. Bolívar firmó la sentencia con lágrimas en los ojos a pesar de ser el reo uno de sus más encarnizados enemigos y dijo al Consejo antes del juicio: "Si el tribunal aplica el máximo de la pena, confío profundamente que se me dejará el camino abierto para la conmutación". Sin embargo todo fue en vano, el tribunal fue inflexible y Piar fue ejecutado como lo merecía. Así acabó otro de los envidiosos del Libertador que se estrelló contra su firmeza y contra la inmortalidad.

dad de su obra. Más tarde la ingratitude y perfidia de sus conciudadanos llegaron hasta decretar la expulsión de Nueva Granada al hombre que los había libertado, al hombre que había consagrado su vida a la libertad, a la nobleza, y a la gloria, y en Bogotá la turba estudiantil quemó el retrato del "Tirano" como decían con gritos insensatos los hijos de aquellos fieros guerreros que lucharon al lado de Bolívar, y que seguramente se estremecieron en sus tumbas y maldijeron esa juventud ingrata e indigna de la libertad conseguida con sangre y sudor. Y se le calumnió y se le infamó, comandados los calumniadores por muchos de los que le habían visto luchar por la grandeza de la patria.

Estas bajas pasiones, envidias y ruines sentimientos colmaron de hiel en especial los últimos años del Libertador, pero éste se mostró siempre superior a los bajos sentimientos y a las pasiones rastreras. Su gloria así se lo exigía y su orgullo y dignidad de hombre superior también, y Bolívar se mostró digno de su gloria y de los dones con que la naturaleza lo colmó. Estas pasiones mezquinas no le daban al tobillo aunque sus harañazos no dejaran de causarle dolor. Ni una palabra insultante o dura se escapó de sus labios para hablar de sus perseguidores; por el contrario, fueron frases llenas de nobleza y de palabras de perdón. Hasta el último momento y ya en el lecho de muerte cuando dijo: "He sido víctima de mis perseguidores que me han conducido a las puertas del sepulcro. Yo los perdono" y agrega "Y si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la unión yo bajaré tranquilo al sepulcro".

Es la eterna historia de la humanidad, los hombres que verdaderamente valen han sido siempre víctimas de la envidia y de la intriga, el hombre de genio ha sido causa de los celos de hombres ambiciosos que se amargan al ver triunfar a un hombre superior a ellos y a quien nunca podrán igualar porque no tienen ni sus capacidades, ni sus medios para tocar a las puertas de la inmortalidad. Como dice Nietzsche "cuando no nos sentimos a la altura de una cosa difícil o superior a nosotros, no toleramos que se haga mención de ella ante nosotros". Esto es en síntesis la mueca de la envidia, y se encuentra sobre todo en el rostro de los hombres de ambición desmediada y sentimientos ruines. El genio los anonada, se sienten pequeños e insignificantes en su presencia, y ella los turba porque no se sienten a la altura de él, porque no comprenden ni su grandeza ni la belleza de su vida, o tal vez porque las comprenden demasiado y sienten rabia y celos de ellas, y entonces dedican todos

sus esfuerzos a quitar al hombre superior de su camino; él los molesta y eclipsa su insignificante personalidad; él es un obstáculo para sus ambiciones egoístas y sus planes siniestros, y se aprovechan de su generosidad y de alma noble para calumniarlo y tratar de degradarlo. Pero estos hombres mezquinos no saben que al contrario de menguar su gloria la aumentan, y que con sus calumnias ciñen sus sienes con la corona del mártir,, y nimban su cabeza con la aureola incandescente del genio superior a su época, y del que sin embargo se sacrifica por ella y su engrandecimiento, esplendores estos que son los que tornan más bello y más sublime al Cristo en el calvario y a todos los hombres que como El han sido víctimas de la injusticia. No saben estas almas mezquinas que las generaciones futuras mirarán con mayor respeto y veneración y elevarán más el pedestal del hombre que después de haber dedicado su vida a una causa noble y al engrandecimiento de su patria ha sido perseguido; y que su gloria será todavía mayor y su genio despedirá fulgores más vivos, más claros, más luminosos. Bolívar perseguido, Bolívar herido por la ingratitude y la calumnia, es más grande que Bolívar mimado por la gloria.

Hunzahúa, Fundador Chibcha de Tunja

Por JULIO ROBERTO GALINDO.

Era Ramiriquí la capital del Imperio Chibcha. El Soberano y señor del cacicazgo, descendiente de Chía (la luna) astro en el que se había convertido un lejano antecesor, sentía el peso de los años, y deseoso de dejar a las futuras generaciones una obra que recordara sus nombre y sus hazañas, encomendó a su sobrino y heredero al trono, Hunzahúa, la misión de buscar sitio para fundar una nueva capital, que tuviera un manantial de aguas cristalinas y quedara más cercano al sumo sacerdote del Imperio, el señor de Iraca o Suamox.

Por la misma avanzada edad del Ramiriquí, prácticamente era Hunzahúa el gobernante; de temperamento autoritario y violento, el pueblo le admiraba por su apostura y valentía, pero le odiaba, en silencioso rencor, por los sistemas despóticos y la refinada crueldad con que imponía sus órdenes. Ambicioso y tenaz, aprovechó la orden del anciano Cacique para ligar su nombre al futuro, y después de vagar por muchos días y por muchas noches, halló al fin el paraje anhelado por su tío, para la nueva ciudad que, en su propia memoria llamó Hunza, (Tunja) a donde en solemne ceremonia se trasladaron los Jeques, Sacerdotes y Güechas (Jefes Militares) del vasto Imperio de los Chibchas.

Contigua al palacio del Cacique y dentro del mismo cercado se levantó la "Cuca", habitación privada del heredero al trono; pero como según disposiciones del legislador Bochica o Menqueteva, esos herederos no podían sentir amor sino hasta la llegada formal al gobierno, solo dos mujeres conocía Hunzahúa: su madre Faravita, hermana del Cacique, y su hermana, la princesa Noncetá. (1)

Los árboles y tupidos maizales del cercado eran cortina para ocultar el mundo; la naturaleza y la juventud hervían en el corazón de Hunzahúa quien no tenía más confidente que su hermana, compañera de juegos y de soledad; juntos habían visto brotar las flores en el cercado y el mecer de los nidos en las ramas; habían contemplado los pajarillos unir los picos

temblorosos tras el abanico de las alas, y en las aguas cristalinas del Guaía (2) el río nativo, la juguetona carrera de los peces, pero nada decían a su inocencia esos grandes misterios de la vida, y por eso tal vez en natural imitación, los dos hermanos se acariciaban también, mientras la cabellera de Noncetá, desflecada por el viento, formaba un columpio de seda sobre los hombros de su hermano. Así también los vió en Hunza el maizal que contornaba el cerco del bohío, y así los sorprendió una mañana la cuidadosa madre, Faravita, encargada de velar por la inocencia del heredero imperial.

Se celebraba una gran fiesta en la nueva capital del imperio Chibcha; todos los caciques y grandes señores, toda la nobleza indígena y el pueblo todo, esperaban la aparición de Súa, el padre sol que desde las tierras de Ramiriquí debía llegar por los dominios del Cacique Soracá; los primeros fulgores de Suamena (la mañana) doraban a Hunza, y mientras desde las sagradas piedras (cojines de Tunja) el pueblo del Imperio, con las rodillas en tierra y los brazos extendidos, saludaba al eterno dispensador de luz y de calor, abajo, en el llano, Faravita y Noncetá preparaban la chicha, —la dorada fácora que suavisa los rigores del sol— para la celebración de los festejos públicos.

Las dos mujeres solas en el llano, guardaban silencio, y mientras con la sana o pala revolvían la masa de la chicha, Faravita preguntó a su hija si eran ciertos los rumores de besos que había sentido en el maizal; Noncetá inclinó la cabeza y daba vueltas con los dedos a su negra cabellera, como queriendo ocultar la alborada de rubor que, al igual de la luz de la mañana, teñía de rojo sus mejillas, y siguió muda en un leve temblor de confusión; nueva pregunta y nuevo silencio, pero a la tercera vez Noncetá prorrumpió en llanto y en frases entrecortadas por los sollozos confesó a la madre la amarga realidad de sus amores.

Faravita presa de maternal dolor quiso castigar a Noncetá con la misma pala de revolver la chicha, pero la niña en carrera daba vueltas en torno a la vasija, aprovechando su agilidad, superior a la de la anciana madre, por lo que ésta, en un arranque de ira lanzó la pala y rompió la olla; la chicha empezó a regarse, y de la misma tierra brotaba agua aumentando así el líquido amarillento que anegaba el pasto, mientras Noncetá, como una flecha viviente, atravesaba bohíos y labranzas, rubricando con su suelta cabellera el itinerario de la fuga.

De los cojines descendía ya el cortejo imperial; Hunzahúa y su augusto tío, el Cacique Ramiriquí, encabezaban la

marcha, y cuando se disponían a la iniciación de los festejos, empezó a circular de boca en boca el descubrimiento del secreto, el amor criminal del heredero. Hunzahúa llegó al bohío real mientras un eco de angustia salía del maizal del cerco: era Noncetá que tendida sobre el suelo lloraba amargamente, con la cabeza apoyada en ambas manos; Hunzahúa llegó quedo, y de pie, en el más doloroso de los silencios, oyó de labios de su hermana la confesión que había hecho a Faravita revelándole sus íntimos amores.

Hunzahúa miró a todas partes y al contemplar las mazorcas tan fuertemente comprimidas por la coca, levantó a su hermana, la estrechó contra su corazón diciéndole al oído "me marchó lejos", y salió presuroso del cercado; miró después el llano y vió reflejar, más amarillos por el sol, los temblores del charco, (hoy Pozo de Donato) y recordando entonces que las sagradas leyes del Bochica castigaban a los incestuosos enterrándolos vivos, en un pozo, con el agua al cuello, pensó que ese pozo que veía crecer a sus miradas era el pozo fatal de su tormento.

Ya las protestas, los gritos y las amenazas de la multitud llegaban a Hunzahúa; ya miles de manos crispadas por la cólera se acercaban para aprisionarlo, y comprendiendo que su pecado le hacía perder el derecho al trono, emprendió la fuga; siguió al occidente para no darle la cara al sol que le miraba, y en veloz carrera pasó por los cojines sin hacer reverencia alguna, desacato éste que exacerbó más aún los ánimos de la muchedumbre que enloquecida seguía en su persecución. Hunzahúa llegó a la cima del cerro, conocido hoy con el nombre de San Lázaro, y en un arrebató de temerario valor volvió la cara; el sol caía a su rostro más ardiente que nunca, y pensó que el gran Súa le azotaba así con un ramal de rayos, pero esperó porque adelante, a distancia de la multitud enfurecida subía la cuesta su hermana Noncetá, despreciada también por el imperio.

Ya los dos, en lo más elevado de la cima, miraban la muchedumbre que trepaba, cuando Hunzahúa, puestos en alto los brazos, maldijo así a la ciudad de Tunja: "Estéril quedarás ciudad querida: ya nunca más ni flores ni árboles verán tu suelo! La tierra que te sostiene será desnuda y barrancosa para que no puedas extenderte, y porque fuiste ingrata y cruel con Hunzahúa, tu fundador, desde hoy y eternamente, no tendrás más compañero que el viento ni más abrigo que el frío! Adios Hunza! Para siempre, adiós"!

Los bosques y maizales inmediatamente empezaron a se-

carse, y Hunzahúa volvió la espalda para lanzar al aire la flecha que debía señalar el camino de la marcha. La flecha llegó a Susa a donde continuaron la fuga, pero el sol subía más y más en el espacio y les seguía azotando las espaldas con su ramal de luces, por lo que en Susa construyeron una cueva a donde no pudieran entrar ni Súa ni Chía que a todas horas los perseguían; en esa cueva nació el fruto del amor de los dos hermanos, pero no era ser humano; era una masa petrificada, sin alma y sin aliento, por lo que pensaron pedir perdón al supremo Dios Bochica, en el mismo sitio de su grandiosa obra, el salto de Tequendama.

Ya en las orillas del río Funza o Bogotá, de un tronco seco improvisaron balsa, y los dos hermanos, sentados, se dejaron llevar de las aguas; las filas de árboles a manera de guardia de honor, se inclinaban impulsadas por el viento al paso de los remeros, y al mirar el vaivén de las ramas en el mismo sentido de la corriente, y sentir sobre las espaldas la lluvia de hojas secas, más miedo sintieron aún porque pensaron que todo era castigo del Gran Dios que así los perseguía, azotándolos con hojas, a falta de rayos de sol entre la selva. Pero confiaban en el perdón de Bochica, el Dios bueno, el de las doctrinas misericordiosas.

Cerca al abismo que forma el Tequendama, más estrechamente se abrazaron los hermanos en un impulso de terror y espanto; y cuando creyeron que aparecería Bochica, de la niebla surgió el arco iris, Cuchavira, dios de la maternidad y los castigos, quien los convirtió en las dos inmensas piedras que encajonan las aguas del Tequendama.

Y desde entonces están ahí Hunzahúa y Noncetá, al borde del abismo, separados perpetuamente por la corriente, condenados, por haber amado pecaminosamente, a escuchar los últimos lamentos de los suicidas y a sufrir, petrificados, el castigo de una eterna flagelación de espumas.

(1) Veredas de Ramiriquí. Según la etimología Chibcha, Faravita significa "extremo del valle" y Noncetá, "juventud de arroyo" o "agua fresca".

(2) Guaia: "madre agua".

RAZA NEGRA

Por MANUEL GUZMAN IZQUIERDO.

En el contingente que presta su servicio militar por primera vez en la ciudad de Facatativá en el presente año de 1950, se encuentran algunos muchachos de raza negra que dan la impresión de estar recién llegados del Africa. Se podría apostar que esos individuos no han sufrido aún el menor contacto con indios ni con blancos en las distintas etapas de procreación que han sufrido en las generaciones corridas desde la llegada a la América, de sus antepasados. Tan distintos son de los que con mayor o menor razón nos consideramos descendientes de los conquistadores españoles o que aceptamos a regañadientes tener alguna sangre indígena.

Tan engreídos nos encontramos con nuestra ciudadanía americana-europea que a veces nos parece que los negros no tienen ningún derecho sobre la América. Y es un gran engaño por que el negro aunque parezca que acaba de pisar la América, nos resulta tan digno de su ciudadanía americana como el que más. No la obtuvo gratuitamente. Quizá a ninguna raza le costó tanto obtenerla. Del Africa, en donde se encontraban sus antepasados como población nativa, fueron arrancados brutalmente sin consultar para nada su voluntad. En los barcos en que cruzaron el océano para llegar a nuestras costas vinieron con menos consideraciones que las que se tenían entonces para trasladar el ganado que de Europa se traía para implantar la industria ganadera. Se cometía con ellos al ser desembarcados en América la monstruosidad de venderlos como si fueran simples ganados; se les marcaba en seguida por los compradores con fierros calientes; se les llevaba a los climas más mortíferos que hubiera, sólo porque en ellos había empresas mineras que requerían su trabajo; se les empleaba en los quehaceres más duros de la agricultura sin que tuvieran derecho a jornal y se les vendía y revendía cada y cuando que los titulados amos lo tuvieran a bien. Comiendo mal, vistiendo mal, durmiendo como cerdos o perros habida cuenta del lecho que se les suministraba, trabajando mucho y recibiendo azotes para contener en ellos sus ímpetus de libertad, vegetaron por siglos los africanos y luego sus descendientes. Vino luego la guerra de la indepen-

dencia y se les ocupó como soldados en favor de la libertad absoluta de los blancos americanos. Desde entonces merecían su libertad. Se les negó con distintos pretextos y siguieron todavía por treinta, por cuarenta y aún por más años, rodando como esclavos. Cuando al fin se dijo acabar la esclavitud, siguió para ellos un tratamiento —el de raza inferior— que les impide, por lo menos en algunas naciones, el derecho a penetrar en determinadas partes y a disfrutar de determinadas cosas aun cuando tengan los recursos suficientes para proporcionárselas.

En Colombia, afortunadamente, para la raza negra las cosas cambiaron completamente y hoy esa raza se encuentra en el mismo pié de igualdad que la raza blanca.

Es innegable, sin embargo, que para nosotros los blancos o semiblancos, haya en las regiones en que es escaso el elemento negro, un sacudimiento o sorpresa ante la presencia de elementos bien caracterizados de esa raza. Si tenemos en cuenta las revistas nacionales o las extranjeras en las cuales se publican fotografías de individuos africanos de raza negra, digamos del Senegal, no podemos menos de pensar y decir al ver entre las gentes nuestras alguno de esa raza: este es del Senegal. Acaba de llegar Y no hay tal. Nació en América, y sus antepasados por varias generaciones nacieron en América. Lo de la pureza de su raza es otra cosa.

Muchos blancos o semiblancos afectan sentirse dispuestos a mirar a los individuos de raza negra como si fueran de condición inferior a los blancos o semiblancos, solo porque, en América por lo menos, quienes se hallen de esa raza, tienen, necesariamente, entre sus antepasados, a individuos que pasaron por la triste condición de sufrir la esclavitud. Grave error, porque entónces se les desprecia precisamente por ese pasado que pide de nosotros el reconocimiento de que ellos valen mucho, porque sufrieron mucho. Y en ese mucho sufrir radica precisamente el derecho que tienen a ser mirados como meritorios ciudadanos.

Por más que esos individuos de la raza negra proclamen a grito entero por su configuración y su color, que tienen un origen perfectamente africano, debemos mirarlos y tenerlos como a nuestros verdaderos hermanos en las mismas condiciones con que vemos a los blancos de indudable ascendencia europea. Si alguna diferencia podemos admitir es la de que los blancos de Europa fueron los autores de la monstruosa institución de la esclavitud y la de que los negros fueron quienes la sufrieron.

Como compensación que le sobrevino a los descendientes de los africanos venidos a América, podemos señalar que hoy en esos descendientes se encuentran individuos de elevada condición social que pueden disfrutar de cosas que si hubieran seguido en Africa, jamás hubieran alcanzado. Eso disimula la brutalidad con que fueron arrancados de su tierra de origen.

Aceptemos con todo gusto que esos individuos de raza tan distinta a la nuestra y que pasaron por la humillante condición de la esclavitud, son nuestros compatriotas. Bien ganaron la ciudadanía que pueden alegar. La merecen como los que más.

PROPOSICIONES

aprobadas por unanimidad en la Sesión Solemne del 12 de octubre de 1951.

La Academia de Historia de Tunja se honra en presentar en esta efemérides gloriosa su homenaje de gratitud y de cariño a nuestra Madre Patria que hoy hace 459 años sacó para la Historia, de en medio de los mares, a nuestro Continente Americano, para hacer de él como un altar en que España ofreció su propio espíritu, consagrado para siempre a Cristo, y donde perpetuamente exaltaremos la grandeza de Colón, el sublime terciario Franciscano que en las playas de América clavó en un día como hoy el estandarte de la Reina Isabel al lado de los brazos abiertos de la Cruz, simbolizando la civilización cristiana con que nos rescató de la barbarie, nos sublimó a los esplendores de una nueva vida y completó la tierra.

ERNESTO REYES, Pbro. — JOSE M. PAEZ.

PROPOSICION

La Academia Boyacense de Historia, teniendo en cuenta:

1o. — Que el doctor Rafael Azula Barrera, actual Ministro de Educación, no sólo se ha distinguido por su incansable celo y dinamismo en la organización y fomento de todo lo que se relaciona con las actividades propias del ramo que hoy tiene a su cargo a cuyo servicio ha puesto su brillante inteligencia y vasta ilustración, sino que ha mostrado un solícito desvelo y un patriótico entusiasmo por el adelanto cultural de Boyacá, de que son prueba, entre otros muchos ejemplos, el interés que ha tomado por instaurar en esta ciudad la Facultad de Ciencias Pedagógicas y Sociales, no obstante la campaña de gratuita oposición que han emprendido los que han estado empeñados en desacreditar a esta hidalga y noble ciudad.

2o. — Que debido al esfuerzo y a la influencia del señor Ministro se consiguió la apropiación en el presupuesto nacional de la partida de \$ 60.000 para adquirir la casa del fundador de la ciudad, en donde funcionará la Academia Boyacense de Historia, y

3o. — Que ya por sus eruditas conferencias, ya por sus brillantes escritos como el referente a la monografía de Leiva ha honrado a nuestro Departamento y se ha hecho acreedor a la gratitud y admiración de los boyacenses, en especial de los tunjanos

RESUELVE:

Consignar en este clásico día y en esta solemne sesión de la Academia en su propio nombre y en el del pueblo Boyacense la expresión de su más justo reconocimiento y recomendarlo a la gratitud de todos sus conciudadanos;

2o. — Declaralo miembro honorario de la Academia Boyacense de Historia y señalar su nombre entre los benefactores de esta institución.

Copia de esta proposición será enviada en nota de estilo al doctor Azula Barrera y publicada en el Repertorio Boyacense.

IGNACIO A. VARGAS TORRES, *Ramón C. Correa, Constantino Martínez Villamarín.*

La Academia Boyacense de Historia en su sesión solemne de esta fecha, deja pública constancia de su agradecimiento por la labor altamente cultural y benéfica que para este Departamento han venido desarrollando los señores *Luis Alberto Acuña* y *Luis Duque Gómez*, desde hoy miembros de la Academia.

El maestro Acuña, autor de la maqueta y arreglo del Paredón de los Mártires de Tunja, acompaña al doctor Luis Duque Gómez en la restauración de la casa de don *Juan de Vargas*, donde, a iniciativa de los mismos, se proyecta el establecimiento del Museo Etnológico de Boyacá, obra que seguramente vinculará aún más a tan distinguidos hombres de ciencia, al adelanto intelectual de esta región del país.

JULIO ROBERTO GALINDO

LA ACADEMIA BOYACENSE DE HISTORIA

hace público reconocimiento de la patriótica labor desarrollada por el señor Personero Municipal de la ciudad don Juan Carrasco con el laudable fin de conservar y restaurar la histórica casa solariega del escribano del Rey don Juan de Vargas.

ULISES ROJAS. — RAMON C. CORREA.

La Academia Boyacense de Historia deja expresa constancia en el acta de esta fecha solemne de que gracias a las actividades del señor Gobernador del Departamento doctor Carlos Arturo Torres Poveda y de su Secretario de Obras públicas doctor Pablo Hernández Rojas, la ciudad de Tunja tendrá próximamente magníficos servicios de luz, agua, aeródromo y se terminará y dará al servicio el moderno hospital de la ciudad. La Academia reconoce y les agradece como factores decisivos del verdadero progreso de Tunja.

Transcríbase a los doctores Torres Poveda y Hernández Rojas y publíquese en el "Repertorio Boyacense".

Presentada a la consideración de la Academia por el suscrito miembro hoy doce de octubre de mil novecientos cincuenta y uno.

CONSTANTINO MARTINEZ VILLAMARIN.

La Academia Boyacense de Historia, en consideración a que el 22 de abril del presente año se cumplió el 50. centenario del nacimiento de la Reina Católica Isabel de Castilla, expresa su complacencia y gratitud en la fecha clásica por excelencia de la Historia de América, por la grandiosa obra llevada a cabo en todo el haz del territorio del Nuevo Mundo, según la textual cláusula consignada en su testamento al decir: "Item, por cuanto al tiempo que nos fueron concedidas por la Santa Sede Apostólica las Islas e tierra firme del Mar Océano, descubiertas e por descubrir, nuestra principal intención fué al tiempo que lo suplicamos al Papa Alejandro Sexto, de buena memoria, que nos hizo la dicha concesión, de procurar inducir e traer los pueblos dellas e los convertir a nuestra Santa Fe Catholica, e enviar a las dichas Islas e Tierra Firme Prelados e religiosos e otras personas doctas e temerosas de Dios para instruir los vezinos e moradores dellas en la Fe Catholica, los enseñar e doctrinar buenas costumbres, e poner en ello la diligencia debida, segund mas largamente en las letras de la dicha concesión se contiene; por ende suplico al Rey mi Señor muy afectuosamente, y encargo y mando a la dicha Princesa mi hija e al dicho Principe su marido, que ansí lo fagan e cumplan e que este sea su principal fin, e que en ello pongan mucha diligencia, e no consientan ni den lugar a que los indios vecinos e moradores de las dichas Indias e Tierra Firme, ganadas e por ganar, reciban agravio alguno en sus personas ni bienes, mas manden que sean bien ejustamente tratados, e si algund agravio han rescibido lo remedien e provean por manera que no exceda en cosa alguna lo que por las Letras Apostólicas de

la dicha concesión nos es infungido e mandado..... Yo la Reina”.

Presentada a la consideración de la Academia hoy doce de octubre de mil novecientos cincuenta y uno, por el suscrito miembro,

CONSTANTINO MARTINEZ VILLAMARIN